memorias secretas de patria y libertad

PROHIBIDO
PROHIBIDO
PROHIBIDO

y algunas confesiones personales

manuel fuentes wendling

memorias secretas de patria y libertad

y algunas
confesiones
personales

manuel fuentes wendling

EVE
Estrella Verde Ediciones

Memorias Secretas de Patria y Libertad

© 1973 by Manuel Fuentes Wendling

Inscripción en el Registro de Propiedad Intelectual Nº 41.734

Primera edición privada: diciembre de 1973
Segunda edición digital: octubre de 2016

Por disposición del autor la segunda edición de este libro queda liberada para su reproducción y distribución sin fines comerciales.

ESTRELLA VERDE EDICIONES

Prólogo a la edición digital

Este libro fue prohibido en 1973 por la Junta Militar de Gobierno chilena. Desafiando tal medida, y consciente que el país estaba bajo estado de sitio, edité 120 ejemplares. Eran fotocopias encuadernadas y numeradas. Las obsequié y vendí como "edición privada". Tal hecho causó la ira del ministro del cual dependía la oficina de censura de los medios de comunicación, imprentas, nuevas publicaciones y libros.

El mismo ministro pidió a la Guarnición Militar de Santiago, bajo cuyo control estaba la capital, se incautasen todos los ejemplares impresos en mi poder y se obtuviesen las identidades de quiénes ya los habían recibido, para retirárselos.

Accediendo a la solicitud formulada expresamente por el Ministerio Secretaría General de Gobierno, el mando militar de Santiago ordenó al Servicio de Investigaciones, la policía civil, que cumpliera con dicha petición.

Cuatro integrantes de la Sección Policía Política de Investigaciones llegaron hasta mi casa y ante mi denegación a entregar libros y nombres fui detenido y llevado al Cuartel Central de dicha institución donde, luego de horas sin ser atendido, solo se me exigió formular una declaración por escrito. En ella reiteré mi negativa de ceder los ejemplares en mi poder y dar información de quienes ya lo habían recibido o comprado. Por gestión de mi abogado recobré la libertad. Este me narraría después que la orden original incluía ponerme en un calabozo hasta que aceptara entregar libros y nombres.

En conocimiento de mi situación, la embajada de un país sudamericano me ofreció asilo político. Lo rechacé.

La historia de la prohibición la narré en detalles en el Capítulo II del segundo libro. Recrea las circunstancias en que ocurrió el hecho. Se reproduce en esta oportunidad como elemento de contextualización. Incluye algunas notas

Veintiséis años después, en 1999, la Editorial Grijalbo-Mondadori publicó un nuevo libro, bajo mí autoría, con similar título. La visión que di de Patria y Libertad en el nuevo texto, si bien tomaba antecedentes del primero, fue más amplia, realista e irreverente y con nueva información surgida después de 1973. La diferencia entre esta primera versión, que usted puede leer ahora, con la segunda, la hizo el agregado de "**Algunas confesiones personales sobre la Guerra Fría**[1] **en Chile**", lo cual no agradó a algunos exmilitantes, exdirigentes y "exayudistas" de Patria y Libertad; tampoco a sectores de la derecha; y, menos, al Partido Demócrata Cristiano. La molestia se originó al incorporar antecedentes recopilados entre 1975 - 1976 por el Senado de los Estados Unidos[2] y el relevante testimonio

---

[1] Período 1945-1991 de enfrentamiento ideológico, militar, económico e informativo, entre Estados Unidos y la Unión Soviética. La Guerra Fría se manifestó más radicalmente en Chile cuando en 1947 el Partido Comunista hizo expresa adhesión a las políticas internacionales impulsadas por la Unión Soviética, a las cuales adhirió desde su fundación, en 1922, y posteriormente al ingresar a la Tercera Internacional Comunista (Kominter). Esta estructura mundial fue creada en Moscú por Vladimir Lenin, en 1919, para extender al mundo el ideario marxista y disponer de grupos de apoyo en cada país del planeta.

[2] "Comité Selecto del Senado de los Estados Unidos", encabezado por el senador Frank Church. Sesionó entre 1975 y 1976 para investigar operaciones en el extranjero de las agencias de inteligencia norteamericanas. Se incluyó las realizadas en Chile
Ver:
http://aarclibrary.org/publib/church/reports/vol7/html/ChurchV7_0010a.htm
Testimonio del exembajador Edward Korry, dado en Santiago al Centro de Estudios Públicos (CEP). Ver revelaciones: https://goo.gl/pGwU4K .
Ver documentos: https://goo.gl/45CEkq

proporcionado por el exembajador de dicho país en Santiago, Edward Korry. El conjunto de datos prueba los aportes subterráneos de millones de dólares proporcionados por el gobierno y parlamento estadounidense a los partidos políticos y/o grupos y movimientos no marxistas, en los períodos 1963 - 1970, para evitar el ascenso de un gobierno izquierdista en el país, y 1970 - 1973 destinado a contener políticamente los excesos del gobierno marxista de entonces y contribuir a su desestabilización. Un "grupo de extrema derecha", se señala, recibió financiamiento. La pregunta era y es: además de Patria y Libertad ¿había acaso otro grupo que calificase en dicha categoría? También se incluyó el dinero soviético entregado al Partido Comunista para apoyar sus actividades y las candidaturas de Salvador Allende[3] [4].

En agosto de 2013, haciendo uso de la Ley Nº 20.285, Sobre Acceso a la Información Pública, conocida como Ley de Transparencia, solicité antecedentes de mi detención a la Policía de Investigaciones de Chile. Pero sus autoridades los negaron amparándose en la misma norma y otras que permiten resguardar información considerada SECRETO DE ESTADO. Fue suficiente respuesta. Aquí se incluye el texto completo del Oficio que me fue remitido.

Desde 2014 la Biblioteca Nacional dispone del ejemplar Nº 12 que indexó a mi ficha bibliográfica. Mantendré la reserva de la identidad de quien fue su propietario.

---

[3] Los aportes de la URSS al Partido Comunista los publicó el CEP en un trabajo de investigación en los Archivos de la URSS de las historiadoras Olga Uliànova y Eugenia Fediakova.
Ver investigación: https://goo.gl/RM8HGw
Ver documentos: https://goo.gl/gtWEjF

[4] Testimonio en el CEP del general (R) Nikolai Leonov, Vicedirector del Comité de Seguridad del Estado (KGB) de la URSS. Ver: https://goo.gl/S10x3P

La portada de la presente edición digital, la primera que circula públicamente en casi medio siglo, es una copia impresa original similar a la que fue presentada a la Oficina de Censura. Se utilizó en la versión de carácter privado para evitar el error de pensar que el texto también estaba autorizado. La portada que usted observará en el interior, al inicio del texto del libro, es aquella "autorizada" y que exhibe el sello de la Junta Militar y el del censor y su rúbrica.

Finalmente es necesario señalar que las primeras páginas y la última, correspondientes a la dedicatoria, créditos, prólogo y contraportada del libro original, fueron realizadas con máquina de escribir ante la probabilidad de que hubiese alguna "sugerencia" que acatar como condición para ser aprobada la totalidad del escrito. Se presentaron a la censura en hojas como textos anexos. Luego de la prohibición hubo que adecuar manualmente su tamaño ya que no se podía involucrar a la que pudo ser la impresora en la confección de matrices para fotocopias.

Melipilla, primavera de 2016

M.F.W

La prohibición

Este texto corresponde al Capítulo II
de la versión 1999, revisada y con notas,
de "Memorias Secretas de Patria y Libertad".

Disuelto el movimiento, sin actividad remunerada alguna y con la única disponibilidad de una fracción de 5 mil dólares, obsequiosamente donados en Quito[5] por el arquitecto chileno Jorge Fuenzalida Cibié como "aporte a la causa" y destinados a sufragar el regreso a Chile de Pablo Rodríguez, John Schaeffer y el mío, los caminos que ante mi vida se presentaban no eran muchos: buscar trabajo en un medio de comunicación o empresa privada, o en alguna instancia de gobierno, o bien materializar la idea atesorada desde la caida del gobierno marxista: escribir

[5] Pablo Rodríguez, John Schaeffer, Benjamín Matte, Juan E. Hurtado y yo, el 29 de junio de 1973, día del "tanquetazo", nos asilamos en la embajada de Ecuador y una semana después viajamos a Quito. No estábamos vinculados al frustrado alzamiento militar de ese día, pero dos oficiales habían conversado con nosotros y eso nos relacionaba. La noche del 28 de junio, por mandato de la Jefatura Nacional del movimiento, intenté disuadirlos de sus planes. Aceptaron detener la rebelión. No cumplieron. Tampoco lo hicieron con ellos unidades militares supuestamente comprometidas. El 12 de julio, cuando ya residíamos en Quito, se publicó en el diario "La Tercera", de Santiago, una inserción firmada por nosotros el 29 de junio donde dijimos: "…intentamos en unión a una heroica unidad de nuestro Ejército derrocar al Gobierno marxista de Chile". Añadimos: "Nos adherimos a este movimiento…de origen estrictamente militar". Y agregamos: "Asumimos históricamente la responsabilidad de lo que ha sucedido". La Corte de Apelaciones ordenó clausurar el diario por considerar que la publicación constituía un llamado a la subversión. Al regreso, luego del golpe de Estado, Rodríguez hizo nuestra defensa ante los tribunales. Fuimos absueltos. De lo contrario se habría tenido que encausar a los cuatro miembros de la Junta de Gobierno.

la historia de Patria y Libertad. Podía ser un texto interesante y elemento auxiliar para los historiadores a quienes corresponderá analizar en el futuro qué nos sucedió como país y porqué llegamos a una crisis como la de 1973.

Era la primera quincena de octubre. Hablé con Pablo y Roberto Thieme sobre la idea del libro. También con otros exmilitantes. Todos me dieron apoyo moral, aunque advirtiéndome de sus dificultades para brindarme ayuda económica. El movimiento me entregaba un subsidio, ayuda, sueldo, salario, o como quiera llamársele, que me alcanzaba con estrechez para las necesidades básicas de mi hogar. En varias oportunidades se lo representé a Rodríguez, solicitando se me otorgara una cantidad adicional. Su solidaria respuesta fue siempre un "¡Ordena mejor tus gastos!". La verdad es que no solo había hecho eso. También lograba maravillas con el escaso dinero proporcionado mes a mes, y sin la regularidad de un sueldo. En diciembre de 1972, angustiado por la falta de recursos, vendí mi auto BMW. Pero no se piense, erróneamente, en un carro de lujo. Era un modelo Isetta–300[6], vehículo biplaza híbrido de fabricación italo– alemana. Había pertenecido a Keith W.Wheelock[7], funcionario de la embajada norteamericana en Santiago. Lo conocí por presentación del periodista Germán Gamonal en 1968, durante las elecciones complementarias de un senador

---

[6] Ver imágenes en: en https://goo.gl/4wb9OZ

[7]Ver biografía de Keith W.Wheelock en: http://www.towntopics.com/feb1809/stratton.php
La izquierda marxista le atribuye vínculos con Patria y Libertad como "agente de la CIA". Era un funcionario de información y enlace con la Agencia Nacional de Seguridad de su país. Renunció a la carrera diplomática en 1969, año en que abandonó Chile. Dificilmente pudo relacionarse con Patria y Libertad, ni en su gestación inicial como Frente Cívico, creado en septiembre de 1970, ni en su versión como Frente Nacionalista, fundado en marzo de 1971.

en las provincias de Bio-bio, Malleco y Cautín. Le adquirí el vehículo en 1969 cuando dejó su cargo en Chile.

Desde mi regreso al país, en esa equivocada calidad de “héroe” asumida luego de una batalla política supuestamente ganada, nadie tuvo la delicadeza de preguntarme cómo arreglaría mis finanzas. Ahí me di cuenta, por primera vez, de mi estado de absoluto abandono. En tanto los demás dirigentes y militantes regresaban a sus vidas cotidianas y se aplicaban al reinicio de sus negocios y/o actividades profesionales, evidentemente interrumpidas por el accidente histórico–político de la Unidad Popular, en mi calidad de periodista “marcado”, entre otros, con los estigmas de “anticomunista”, “extremista”, “fascista” y ”ultraderechista”, no presentaba exactamente el mejor perfil profesional para aspirar a algún medio de comunicación.

No quería parte del botín de guerra que otros se llevaron. Menos una sinecura nacional o internacional. No me interesaba. Simplemente anhelaba reiniciar mi vida laboral en términos normales. Pero advertía con una muy disimulada angustia, lo reconozco, obstáculos para reencontrarme con mi profesión. Luego de la muerte y entierro[8] del movimiento ya no disponía del estipendio asignado por mi “full time” a la política, y mi orgullo – y si en la vida no se posee ¿para que se tiene dignidad? – me inhibía a “pedir trabajo”, reflexionando, erróneamente, que a quienes han luchado por la tan amada Patria, por lo menos en los tiempos modernos deberían ofrecerles un trabajo digno y no bienes, como se recompenzaba en el siglo XIX.

Pensé, entonces, que en tanto la situación en el país no alcanzare algún nivel de normalidad y yo aclarase

---

[8] Pablo Rodríguez disolvió Patria y Libertad el 13 de septiembre de 1973. Un mes después nos reunimos una treintena de exdirigentes y exmilitantes para escuchar el discurso de despedida del líder. Nunca más nos encontramos.

cómo reiniciaría mi existencia junto a mi familia, la mejor oportunidad parecía estar en escribir la historia del movimiento respecto del cual se había tejido toda una maraña de situaciones siniestras. Al apoyo moral recibido por tan encomiable como nueva aventura se sumó un simple análisis: el perfil de Patria y Libertad a pesar de su disolución – por muchos interpretada como una estrategia para volver a surgir algunos meses después –, era muy alto. Tan alto que muchos amigos y conocidos, e incluso desconocidos, hacían amplios y hasta exagerados despliegues de obsecuencia y pleitesía pensando, incorrectamente, por cierto, que la posición de todos los líderes del grupo nacionalista era muy cercana al régimen militar el cual se alzaba, precisamente, enarbolando banderas con cierto tufillo nacionalista.

La presunción de nuestra influencia entre los militares obedecía a una forma de pensamiento lineal natural: habiendo sido el nuestro un grupo sustentado en principios nacionalista que siempre proclamó a las Fuerzas Armadas como la única solución a la crisis política, social y económica del país, nadie dudaba que triunfantes éstas, nosotros, como vanguardia contra el régimen marxista, ocuparíamos un sitial de honor en su gobierno. ¡Sonaba lógico! Aunque suele suceder que no siempre lo lógico es cierto ni lo cierto aparece como lógico. Pero, además, quienes pensaban en nuestra glorificación olvidaron una verdad histórica: las vanguardias, sean legítimas o meros instrumentos, habitualmente terminan "quemadas", "sucias", y a la hora de los triunfos su lugar lo ocupan aquellos "limpios", la mayoría actores de segundo plano, de acción soterrada, oblicua o anónima. Al final ellos resultan ser los manipuladores de las situaciones históricas y, por supuesto, sus primeros beneficiados. Y así ocurrió.

Cuando decidí escribir el libro hice un balance: descontado el pasaje Quito– Buenos Aires[9], algunos mínimos gastos efectuados en la capital argentina y otros realizados luego de mi regreso a Chile, me quedaban menos de 300 dólares de mi parte de la donación de Fuenzalida Cibié[10]. Según mis cálculos tal monto, con suerte, me permitiría subsistir financieramente hasta antes de la Navidad de ese año 1973. El lanzamiento de lo que se llamaría "Memorias Secretas de Patria y Libertad. Y algunas confesiones personales" debía hacerse la primera semana de diciembre. Alberto Lahosa, un entrañable amigo, por entonces gerente de producción de los talleres gráficos donde se producía el diario democratacristiano "La Prensa"[11], me advirtió de la necesidad de obtener una autorización gubernamental para publicar.

– Manuel – me dijo –, no vaya a ocurrir lo impensado: que le prohiban su libro.

Le hice caso.

Desde el inicio de su régimen los militares impusieron una total censura a los medios de comunicación y a los libros. Se requería de expresa autorización para editar e imprimir textos y en los diarios y canales había a lo menos dos militares destinados a la función de ejercer

[9] La estadía en Buenos Aires, como el pasaje de regreso a Chile, de mi esposa y mío fueron costeados por un grupo de chilenos residentes en esa capital, encabezados por el ingeniero Juan Schoennenbeck Boehm. Gloria viajó expresamente de Santiago para trasladar documentación de identidad chilena en blanco donada por una funcionaria del Servicio de Registro Civil e Identificación de Curicó, para uso "cuando fuese necesario".

[10] Pablo Rodríguez, con acuerdo de los otros cuatro asilados, repartió US$ 2.000 entre los tres dirigentes que viajabamos de regreso a Chile para ingresar en forma clandestina y entregar solidariamente US$ 3.000 al movimiento en Chile. El traspaso en moneda nacional lo hizo en Santiago el empresario en combustibles, Jorge Tacchi.

[11] Con aportes nunca declarados públicamente, la Democraciacristiana adquirió parte de las oficinas y prensas rotativas de "El Diario Ilustrado", antiguo matutino conservador, cambiándole el nombre a "La Prensa", diario implacablemente opositor al gobierno de Salvador Allende.

revisión. En la sede de la Junta de Gobierno, el entonces Edificio Gabriela Mistral[12], una oficina de "prensa" a cargo de uniformados tenía la tarea de "revisar" los textos que se quisiese publicar. Nadie conocía, como siempre ha ocurrido históricamente en situaciones como las vividas en ese momento por el país, cuáles criterios se aplicaban para censurar o prohibir, si es que existía alguno.

Pero ¿de qué podía preocuparme si era del mismo lado de los censores? En todo caso, como una forma de avanzar y también observar reacciones – no fuera a ocurrir que le pareciera antipático mi libro a algún funcionario revisor – , lo primero que hice fue diseñar la portada y presentarla impresa a la correspondiente oficina. Una semana después me fue devuelta autorizada, con sello de la "Junta de Gobierno" y firma y sello del censor: "Capitán de Ejército Juan Carlos Herrera Villana". Si pues; el capitán había mandado a confeccionar un timbre personal para refrendar su rúbrica donde fuese necesario, posiblemente en un afán de exhibir méritos en su institución o pasar a la posteridad con tan particular tarea. Esto despejaba las dudas de una eventual prohibición y daba seguridades al impresor para hacer los linotipos[13] a medida que fuese entregando los capítulos. Con tal programa, y una vez

---

[12] Complejo de 2 edificios construido durante el gobierno de Allende en pleno centro de Santiago para la realización, en 1972, de la III Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo (UNCTAD). Terminada ésta fue transferido al Ministerio de Educación que la denominó como Centro Cultural Metropolitano Gabriela Mistral, en homenaje de la poetisa. Luego del golpe de Estado y bombardeado el Palacio de la Moneda, sede histórica del gobierno chileno, la torre central de 23 pisos del referido conjunto fue ocupada por la Junta Militar, que cambió su nombre a Edificio Diego Portales, en memoria de un ministro del siglo XIX, considerado personaje trascendental en la fundación del Estado chileno. Desde el año 2009, se le restituyó su nombre original como Centro Cultural Gabriela Mistral.

[13] Barra tipográfica compacta, de estaño, conteniendo en uno de sus extremos la línea de un texto conforme la medida y características que se le han ordenado a la máquina que las produce: la linotipia.

obtenida la autorización del texto, sería cosa de días la impresión de un millar de ejemplares.

El 22 de octubre de 1973 me senté a la máquina de escribir y comencé a redactar la historia de Patria y Libertad. Dedicando dieciséis horas diarias pensaba terminar la tarea en un mes. Y lo logré. Con mucho café y asistencia de mi médico personal, Norberto Saiz Reccius.

A inicios de noviembre, a eso de las 7 de la tarde, se presentó en mi casa Víctor Fuenzalida. Había sido militante del movimiento y, la verdad, no sabía de él desde mi regreso del exilio. Su visita no me sorprendió por tratarse de un compatriota[14] de lucha, pero me dejó atónito el mensaje del cual era portador.

– Manuel – , me dijo con voz calmada y algo melodramática, mientras se sentaba en un sillón del living de mi casa. – Tengo la misión de informarte que tu libro va a ser prohibido.

Me desconcerté. Un torrente de ideas se agolpó en mi mente y lo único que atiné a preguntar fue ¿por qué? tratando de mantener una calma tras la cual ocultaba creciente angustia, una mezcla de contenida rebeldía y el deseo de sacar a patadas a mi distinguido visitante. Y no era para menos. Se me estaba prohibiendo un texto antes de terminar de escribirlo.

– Exactamente no lo sé. Pero creo que por ahora podría resultar **in– con– ve-nien– te** – , respondió de manera engolada mi interlocutor, entrecortando la última palabra para darle énfasis.

A pesar de la tensa atmósfera generada por la noticia, el mensajero mantenía su compostura y me era imposible desentrañar algo de sus sentimientos a partir de algún gesto de su rostro, marcado por cicatrices de un antiguo accidente que le servían de útil careta para cumplir su misión. Sin entender a quién tenía al frente

[14] Denominación de trato entre los militantes de Patria y Libertad.

ahora, me atreví a formular la pregunta del millón de dólares:

– ¿Puedo saber quién envía el mensaje? –

– ¡No! –, dijo cortante –. Y agregó con exactitud, claridad y sin titubeos: – Solo te puedo decir que se trata de amigos de alto nivel. Ellos quieren evitarte pérdida de tiempo, gastos innecesarios y una frustración.

Recobrándome del golpe emocional producido por la noticia, reaccioné con más firmeza. Al menos tenía los elementos básicos de información: el enviado era un exmilitante del movimiento; me anunciaba anticipadamente que el libro sería prohibido; y, se negaba a informarme quién o quiénes enviaban la advertencia.

– ¿Sabes? –, le espeté con aplomo y seguridad: – me tiene sin cuidado el anuncio de prohibición. Dile a tus mandantes que continuaré escribiendo mi libro, les guste o no. Y si lo prohiben, alguna vez les pesará en la conciencia**.** Lo que jamás ocurrió.

Acto seguido, y haciendo gala de la mayor descortesía acumulada en ese momento, invité a Fuenzalida a abandonar mi casa.

Con el ánimo por los suelos regresé al living y me desplomé en un sillón tratando de descubrir de donde venía el golpe bajo. ¿Por qué se prohibía contar la historia de Patria y Libertad? ¿Quién o quiénes no querían que se contara? ¿Cómo se podía prohibir un texto desconocido? ¿O era solo un intento para amendrentarme e inhibirme a terminar mi proyecto?

Faltándome tres capítulos para finalizar los dieciocho programados[15], opté por continuar escribiéndolos sin considerar la advertencia y confiado en que conocido el contenido por la Oficina de Censura las cosas cambiarían.

[15] Finalmente los publicados fueron diecisiete.

Acortando textos y disimulando la angustia ante mi familia, el 21 de noviembre terminé de escribir. Ese mismo día, y tal como lo había hecho con los anteriores, entregué a la imprenta el último capítulo. Dos días después sostenía en mis manos las pruebas de páginas que, debidamente ordenadas y engrapadas, llevé hasta la oficina de censura del edificio Gabriela Mistral donde fueron recibidas sin proporcionarme comprobante alguno. El capitan Herrera, mismo oficial del Ejército receptor y autorizador de las portadas de mi "obra", me indicó que no antes de diez días tendría una respuesta.

Hice tiempo pacientemente. Al comenzar diciembre me presenté para saber del destino de mi escrito. La respuesta fue: "aun falta el informe". Para hacer el cuento corto, a mitad de ese mes un suboficial, esta vez, de la Armada, me comunicó solo de voz la prohibición. El libro no podía imprimirse ni circular. Ante mi insistencia por conocer la causa de la drástica medida obtuve un cortante "¡Aquí no se dan explicaciones!". Acto seguido dijo "Con permiso", se dio media vuelta e ingreso por la puerta de donde había salido.

Me quedé helado. Se había cumplido a cabalidad la advertencia de Víctor Fuenzalida y las presunciones de mi amigo Lahosa. No solo mi orgullo sino también mi autoestima se fueron al fondo de un imaginario precipicio. A este "héroe" de la resistencia al marxismo la tan Honorable Junta Militar de Gobierno le había prohibido su escrito, convirtiéndolo, paradojalmente, en el primer autor silenciado por el régimen militar[16], un

[16] No sería la primera vez. En 1979 un informe de la Central Nacional de Informaciones (CNI), sucesora de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), dijo que en la trastienda de una revista femenina, fundada por mí y cuyo directorio editorial presidía, estaba el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Se pidió, una vez más, a la Comandancia de la Guarnición Militar de Santiago que fuesen incautados todos sus ejemplares (eran 50.000 repartidos en 2.000 peluquerías). Lo que desconocía el coronel de Ejército firmante del informe es que la publicación había sido autorizada por la Dirección Nacional de Comunicación Social, anexa a la Secretaría General de Gobierno que, a

extraño honor que nunca me sirvió para nada. De paso había quedado casi en la inopia y con una magnífica deuda a la imprenta. La situación se advertía más negra si se consideraba mi estado de cesante. Para peor, era diciembre – mal mes para buscar trabajo –, y se acercaba la Navidad. La sensación de estar podrido, que todo ser humano tiene alguna vez en su vida, se apoderó de mi ya aporreado espíritu. El desánimo fue total.

Mientras esperaba ascensor, no recuerdo si en el cuarto o quinto piso del edificio de la Junta Militar, pensé en una muy personal adaptación de la criolla doctrina del "tira pa´rriba"[17] mezclada con filosofía sufí, que alguna vez aprendí en los años 60 siendo "lolo"[18]: "Las cosas están bien cuando están bien y están mal cuando están mal. Nunca trates de revertir lo que está bien para que esté mejor porque, lo más probable, es que la "embarres"[19] y se ponga mal. Tampoco trates de empeorar las cosas cuando están mal ni apliques aquella lógica tan patética de "¡Por último se va todo a la mierda!"[20] Porque quedarás más mal. Por tanto, si las cosas están bien, déjalas bien. Si mal, déjalas mal. Porque lo que está mal tiende a ponerse bien y lo que está bien a estar mal..." Contraviniendo todo lo antedicho mi situación de mal pasó a peor.

No había retirado aun mi cédula de identidad desde la custodiada entrada al edificio gubernamental, cuando ya tenía ideado el paso a seguir: hacer una edición clandestina del libro en fotocopias. Era una forma de

---

su vez lo había comunicado a la Intendencia de Santiago. No se cumplió la orden. Pero nadie pagó los daños por tan grosero error y esta vez si debí vender mi casa. Al Coronel informante le costó su ascenso a General. Se publicará un documento con detalles del tema.

[17] En Chile: dar ánimo.

[18] Joven de los años 1960. Derivado masculino del nombre del filme "Lolita"(1962) una adaptación de la novela homónima del escritor ruso-norteamericano, Vladimir Nabokov.

[19] En Chile: echar a perder, malograr cualquier asunto o proyecto.

[20] En Chile: enviar lejos, desatenderse de un asunto.

salvar mi dignidad de periodista, escritor y exdirigente político. Y, tan importante y trascendente como lo anterior, se convertía en un mecanismo para obtener algun ingreso en mi desnutrida economía doméstica. Porque si bien podía haberme sentido como un salvador de la Patria, lo cierto es que ni el supermercado de mi barrio en Tomas Moro con Colón, como ninguna tienda, negocio, almacén o quiosco se dignaría a reconocer tal título, permitiéndose todos la falta de delicadeza de cobrarme.

Con una capacidad artesanal de la cual natura me proveyó, la colaboración de una querida amiga y el indirecto apoyo de la IBM – este aviso es gratis –, el 19 de diciembre circulaban 120 ejemplares fotocopiados a partir de las pruebas de imprenta del libro. Estaban numerados con un viejo timbre fechador al que le extraje las cintas de días y meses. Precio de cada ejemplar: 40 dólares equivalantes en moneda nacional. Era la novedad del año. Tenía el sabor de esas piezas únicas buscadas por los coleccionistas. Así lo creía. El 001 se lo regalé a mi esposa. El 002 se lo envié al entonces presidente de la Corte Suprema, Enrique Urrutia Manzano, y hasta el 015 a otros dignatarios y diplomáticos que, con la cortesía propia de las personas receptoras de una “papa caliente”[21], no emitieron ni un quejido como respuesta de recepción. Los restantes se vendieron con extraordinaria lentitud. No se quién tiene el 120, aunque me asiste la certeza que ningún uniformado tuvo el honor de recibirlo, al menos de mi parte.

Los “apoyos morales”, que a veces los siento como los “triunfos morales” con los cuales en Chile tratamos de atenuar las derrotas, particularmente en el deporte internacional, no fueron un torrente que desbordara mis expectativas. Provinieron de algunos exmiembros de Patria y Libertad, de amigos y parientes, como mi madre

[21] En Chile: situación comprometedora.

y mi única hermana. El resto se corrió por la tanjente[22]. Muchos, sabiendo del caso, no se dieron por enterados de la censura que pesaba en mi contra. Tampoco compraron el libro. Incluso no fueron pocos los que, habiéndome alentado a escribirlo y luego de la prohibición a fotocopiarlo, a la hora de comprarlo simplemente miraron para otro lado o lo encontraron muy caro. Y ni hablar de los "nacionalistas" civiles del gobierno, esos de segunda línea en la lucha contra Allende, "apernados"[23] desde el primer momento al régimen militar. Ni siquiera se dignaron recibirme en sus militarizadas oficinas del Edificio Gabriela Mistral. Oportunistas razones tendrían para hacerlo.

Un muy adecuado consejo del abogado Jorge Rogers Sotomayor, el "último falangista", como se autoproclamaba, y quien junto a Eduardo Frei Montalva, Bernardo Leighton y otros fundara la Falange Nacional en la década de los años 1930, la misma que dio origen en 1957 al Partido Demócrata Cristiano, evitó una demanda en los tribunales de justicia contra la Junta Militar.

– ¡No! ¡Por ningún motivo! –, exclamó Rogers. – Sería un desastre. Ningún juez a tres meses del golpe militar está en condiciones de aceptar una demanda contra quienes ostentan el poder total. Desgraciadamente los errores de un gobierno los repara casi siempre el gobierno que le sigue. Y este, según mi parecer, tiene para muchos años[24]. Mi consejo es callar y aceptar o transformarse en un héroe que se inmola en función de sí mismo y por quien nadie va a dar un centavo de atención. Acepte, mi amigo, la pérdida y reinicie su vida. Tiene una familia que atender.

También le hice caso.

---

[22] En Chile: evadió el tema.

[23] En Chile: convenientemente instalados.

[24] Rogers, un certero analista político, no se equivocó.

Nunca descarté la posibilidad de demandar a quien resultare responsable del daño hecho en esa oportunidad - y en otra ocasión posterior - , a mi escuálido patrimonio. ¿O acaso mis derechos humanos valen "hongo[25]"?

La Navidad de 1973 fue alegre. Sin dinero, pero alegre. El saldo del año, mirado con el optimismo que me caracteriza, era muy bueno: no habíamos perdido nuestra casa, me reencontré con mi familia, teníamos salud y mi esposa estaba embarazada. Quizá una cuenta muy gruesa pero alentadora. En tal momento de mi historia personal, todo eso era infinitamente superior, en calidad y contenido, al significado que pudiese darle a la prohibición del libro y a la falta de un trabajo.

La venta de los 105 ejemplares, saldo luego de las "promociones", dio para enfrentar los gastos domésticos de finales de diciembre. Y me preparé para unas vacaciones donde todo se suspende en el país. Incluso la caballerosidad de alguna gente. El jardín de mi casa, en la calle Jarama, de Las Condes, me proporcionó el descanso que requería.

Pero no había transcurrido la primera quincena del caluroso enero de 1974, cuando una mañana, a eso de las 11.00 horas, estando en el antejardín, se presentó una persona preguntando por mí. Era más bien alto, de contextura gruesa y de mediana edad. Se identificó como abogado de la Secretaría General de Gobierno. Desde la toma del poder por los militares ejercía la titularidad de ese ministerio el coronel de Ejército Pedro Ewing Hodar.

– Señor Fuentes – , dijo con manifiesta amabilidad luego de identificarme positivamente con él e invitarlo a pasar al interior de la casa. – Vengo a hablar con usted acerca de un libro que, sino me equivoco, publicó a pesar de estar prohibido.

[25] En Chile: de insignificante valor.

Luego extendió su discurso tratando de explicarme que nada había en mi contra; que él cumplía con visitarme porque lo responsabilizaron de mi "caso" del cual debía informar pronta y directamente al coronel Ewing; que él me conocía por la lucha contra Allende; que valoraba el papel de los nacionalistas en esos días; y, que solamente se trataba de un primer encuentro donde su propósito era obtener alguna información.

– ¿Qué desea saber específicamente? – , pregunté mirándolo fijo y tratando de comprender lo que estaba ocurriendo en ese momento.

– Cuántos son los ejemplares que editó, cómo los editó, quién le ayudó a editarlos, cuántos están en su poder, quiénes tienen los demás ejemplares y si usted tendría la amabilidad de entregarnos los que están en su poder –, expresó casi sin respirar.

Fue una respuesta instantánea, concreta, sin titubeos, como quien repite un libreto largamente estudiado. Confieso que contuve mis deseos de mandarlo a la cresta[26] en ese mismo momento. Respiré profundo y señalé:

– Con el mayor respeto que me merece, no le responderé de inmediato. Primero lo conversaré con mi abogado. Y hoy, o en los siguientes días, me contactaré telefónicamente con usted. Le agradezco su visita.

Acto seguido me levanté y lo invité a marcharse.

Luego de reflexionar opte por llamar a Jorge Villalobos, abogado y exmili-tante de Patria y Libertad y con quien cultivé siempre un grado de sincera amistad a distancia. Le narré la visita y le comenté mi decisión de no entregar nada, absolutamente nada, ni un dato, ni menos los ejemplares en mi poder, pidiéndole de paso asumiera mi representación desde ese momento. Apoyó mi posición y aceptó mi solicitud. Me advirtió, sin embargo, que Ewing podía hacerme pasar, por lo menos, un mal rato, y se ofreció, si era necesario, actuar

[26] En Chile: al peor y más lejano lugar del planeta.

como intermediario con su colega de la Secretaría General de Gobierno. Me comprometí a llamarlo para informarle de cuánto sucediese.

Para no dilatar las cosas, sobre la marcha me comuniqué con mi matinal visitante.

– Quiero que le haga saber al señor Ewing –, dije tras el auricular en tono sereno, desagradable y firme––, que no le voy a entregar ni un libro ni la lista de quienes lo tienen. Y desde este momento cualquier situación respecto del tema en particular, u otras materias, le ruego las hable directamente con mi abogado, el señor Jorge Villalobos.

Sin dar margen a un tan innecesario como indeseado diálogo, agregué un lacónico "Muchas gracias" y corte la comunicación. Respiré profundo y me dije a mí mismo: "¡Aquí se arma la grande con los milicos[27]!". Y dispuesto a enfrentar una situación extrema preparé mi ánimo y le informé de los hechos a mi esposa, como yo, partidaria ferviente de las Fuerzas Armadas y de su acción el 11 de septiembre.

A media tarde llamé a Villalobos. Su voz a través del auricular denotaba nerviosismo al atenderme con un apresurado "¡Qué bueno que me llamaste!", que me impidió sintetizarle lo dicho por mí a su colega del gobierno aquella mañana.

– Manuel – me dijo –, acabo de hablar con el abogado que te visitó. No le pareció para nada bien tu respuesta a la Secretaría General de Gobierno. Incluso me expresó el colega que Ewing había exclamado iracundo que de no entregar los libros y la lista de quienes lo tenían, estaba decidido a enviarte a la Isla Dawson junto a los presos políticos. Yo me limité e reiterarle los mismos dichos expresados por ti.

¡A Dawson me quería enviar Ewing! Un islote gélido e inhóspito situado al sur de Punta Arenas y bajo el control de la Armada Nacional. Allí habían ido a parar

---

[27] En Chile: genérico para designar a militares.

con su humanidad los principales líderes de la izquierda. Y al mismo lugar quería enviarme el "señor ministro". ¡A mí! un "precursor" del régimen militar. A mí, que cuando los señores militares le "hacían ojitos"[28] a los políticos para lograr los ascensos en el Senado, ya me confrontaba en la sociedad chilena contra la izquierda comunista advirtiendo sobre lo que ocurriría con un gobierno marxista; a mí, que había entregado mis mejores esfuerzos en la defensa pública de los principios de libertad y democracia. A mí, un aparecido con uniforme, me amenazaba con enviarme a la Siberia chilena.

– Sabes Jorge – le acoté –, esto llega a un límite intolerable. Si te volviese a llamar ese imbecil de la Secretaria General de Gobierno, repítele que no le entrego ni la lista ni los libros y que si quiere el señor Ewing me manda a Dawson o donde sea. Pero que asuma las consecuencias políticas nacionales e internacionales de sus actos, ahora o a futuro. Porque si así tratan a los que se supone son sus partidarios ¿qué puede pensar el mundo de cómo están tratando a los opositores?

Mi amigo no pudo cumplir el segundo cometido. Días después me informó de la inexistencia de reacciones. Simplemente el otro abogado no llamó. Todo había ocurrido rápido. En los días siguientes hubo cierta calma en el ambiente y la llegada de una atenta postal me llenó de optimismo. No era para menos. Decía:

"Londres, 16 de enero de 1974.

Querido Manuel:

Creo que esta tarjeta, que reproduce la primera edición de las obras de Shakespeare, es la más adecuada para hacerte llegar mis recuerdos. 'Tu' obra, según he sabido, fue prohibida. No desesperes que siempre los inmortales hemos sido

[28] En Chile: coquetear.

incomprendidos. Después de tus días se te hará justicia".

Te abraza

P. Rodríguez"

Me emocioné casi hasta las lágrimas, casi. ¡Pablo! ¡Pablo Rodríguez Grez! Nada menos que el "Jefe[29]" se había acordado, por allá lejos, de este humilde servidor de la causa democrática. Y, además, "sabía[30]" que mi libro estaba prohibido. ¡Qué bueno! exclamé para mis adentros. ¡Con ésto la pelea la tengo ganada! Cuando regrese ¡de seguro se la juega por mí y por el libro!

Pero mi apreciación era inexacta. No interpreté bien, entonces, la frase: "*Después de tus días se te hará justicia*". Ahí estaba la clave. El libro no tendría en Pablo a un defensor. La verdad es que a su regreso no me dio ni la hora[31]. Olímpicamente, como ya ocurriera con otros militantes de Patria y Libertad, evadió el tema. Para siempre. Tenía sus razones[32]**.**

Empezaba febrero de 1974. Una mañana, como a las 7, mientras aun permanecía en cama, fuertes sonidos metálicos en la puerta del jardín nos sobresaltaron. Mi esposa se levantó y fue hasta el living. Se perfilababa un extraño panorama que luego me describió: estacionado en el antejardín de nuestra casa permanecía un automovil negro y cuatro individuos, tres más bien

---

[29] En la nomenclatura de Patria y Libertad, Pablo Rodríguez se autodesignó como "Jefe Nacional", el mismo cargo que ocupó José Antonio Primo de Rivera en la nacionalista Falange Nacional española de los años 1930. Incluso usó muchas veces para escribir el pseudónimo "José Antonio"

[30] ¿Se enteró en Europa? ¿O antes de salir de viaje?

[31] En Chile: no prestar atención.

[32] Pocos sabían – entre los que no me contaba - que luego de disolverse Patria y Libertad en septiembre de 1973 y despedirnos en octubre siguiente, el abogado Pablo Rodríguez – quizá para mantenerlo lejos – recibió la comisión gubernamental de difundir en España la buena nueva del establecimiento de un gobierno militar en Chile. ("Patria y Libertad. La vanguardia Juvenil contra Allende". José Díaz Nieva. Págs. 219-230. Ediciones Barbarroja, Madrid. 2013). También viajo a Francia e Italia y probablemente, la capital británica estaba en su itinerario.

jóvenes, vestidos con cierto cuidado, y uno de más edad, con gruesos bigotes y ropa desgreñada. Este, con una moneda o algo metálico, golpeaba la reja y, simultáneamente, trataba de abrir su puerta. Los otros observaban con atención en actitud de espera. Gloria entreabrió uno de los paneles de vidrio y preguntó qué necesitaban.

– ¡Somos de Investigaciones! –, gritó con voz rasposa y tan enérgica como inculta, contrapreguntando, a la vez: – ¿Es la casa del señor Manuel Fuentes?

– Si – , replicó ella, pensando que algo fuera de programa y nada bueno comenzaba a suceder.

– ¿Podríamos conversar con él? – , dijo el hombre ubicado en la entrada de la reja, cuya voz ya comenzaba a denotar signos de un impaciente autoritarismo.

– Le voy a avisar porque está durmiendo – , replicó Gloria y regresó a nuestro dormitorio algo agitada. Y, en tanto con señas me indicaba que me levantara, me describía la situación en voz baja, reiterando: ¡Son de Investigaciones! ¡Son de Investigaciones!

No tenía claro qué ocurría aunque mi intuición, agudizada por el intensivo ejercicio de la sobrevivencia profesional y política, me había puesto en alerta. No descartaba se tratase de algo relacionado con el libro. Ya en pie y desde el mismo ventanal usado por mi esposa, sin perder la calma, y anticipándome a la razón de su presencia, dije en tono enérgico:

– Soy Manuel Fuentes. ¿Tienen alguna orden de allanamiento?

– ¡No! Solamente queremos conversar con usted acerca de un libro que escribió –, contestó el policía de más edad.

– Un momento –, respondí, en un esfuerzo por ganar tiempo. Rápidamente fui hasta la biblioteca y cerré con seguro su puerta. Regresé y abrí la entrada principal de la casa indicándoles:

– Entren. La reja está sin llave.

Cuando ya ingresaban al living, agregué con cierta ironía:

– Considérense mis invitados.

Olían a policía política. Los ademanes grotescos del obeso que dirigía el grupo lo delataban como de la "escuela antigua", en tanto que en los otros tres se advertía un estilo algo más refinado, quizá de policías egresados de Academia.

– ¿En qué puedo serles útil? –, pregunté casi con un tono burlesco, mientras me ajustaba el cinturón de la bata.

Dos de los más jóvenes policías se habían sentado. El tercero permanecía de pie ante el ventanal que daba al jardín y el regordete se mantenía entre el living y la entrada, como olfateando el ambiente, recorriendo con los ojos cuanto había en la sala. Se volvió hacia mí y exhibiendo un documento dijo:

– ¡Mire!...Hemos recibido esta orden de la Guarnición Militar de Santiago para incautar todos los ejemplares de un libro que usted escribió. Por favor ayúdenos. Nosotros solamente cumplimos órdenes. Si tiene algunos aquí en su casa le agradeceremos los entregue y también nos diga quiénes tienen los demás –, dijo con cierta voz de autoridad.

Previendo en diciembre que por un arranque de histeria de alguien en el gobierno se ordenara la incautación del libro, saqué los ejemplares de mi casa. Quedaron a buen recaudo en las oficinas de un amigo con el cual dificilmente se me podía establecer conexión. También incluí el listado de quienes lo habían recibido como obsequio o por adquisición.

– Si usted quiere saber si hay libros en esta casa, tendrá que averiguarlo echando abajo la puerta de la biblioteca. En tal circunstancia también deberá asumir la responsabilidad de un allanamiento con destrucción de mis bienes y sin poseer una orden judicial –, repliqué, a sabiendas que en estado de sitio, como se encontraba el

país, lo expresado resultaba un mal chiste dado que todas las garantías constitucionales estaban suspendidas.

No titubeé un instante en mis dichos, complementados con un tono de voz bastante insolente y muy acorde a las circuntancias. El gordo me miró con rostro alterado. Se advertían sus dientes apretados y una mueca de disgusto en su rostro, señales claras y reflejo del deseo reprimido de imponer su disciplina policial a un individuo que, en bata y zapatillas, osaba enfrentarlo a las siete diez de la mañana.

– ¿Y me puede entregar la lista de los que ya lo tienen? –, pregunto con un tonillo de voz más suave.

Ahí advertí que al menos esa primera vuelta la había ganado.

– ¡No! –, contesté lacónicamente.

– Entonces va a tener que acompañarnos –, dijo en forma despectiva y como advirtiendo que esa era la consecuencia de mi altanería.

– ¿Me está deteniendo sin orden judicial? –, pregunté nervioso al observar que las cosas se tornaban algo más complicadas que una simple visita matinal.

– No – , dijo el gordo en tono calmado, haciendo esfuerzos por mantener sus manos tomadas por atrás y mientras continuaba escudriñando el living.

– Lo que ocurre es que debe hacer una declaración en el Cuartel de General Mackenna – , agregó.

– ¿Usted, entonces, me está "invitando" a su Cuartel General? –, pregunté, acentuando la pronunciación del verbo invitar.

– Si quiere entiéndalo de esa manera. No hay nada en su contra de parte nuestra. Solo queremos darle una respuesta a la Guarnición de Santiago que, por lo demás, nos tiene más arriba de la coronilla[33] con misiones que no son de nuestra competencia – , señaló quejándose mientras se acomodaba en un sillón.

---

[33] En Chile: expresión de fastidio.

– Está bien. Pero tendrán que esperarme a que tome mi baño matinal y desayune – , agregué con una aparente calma que solo ocultaba la sensación de pánico experimentanda en ese momento. Aunque sabía que mis dichos constituían una pequeña provocación, no causó en los inesperados visitantes reacción alguna. Mi esposa les ofreció un café, pero no aceptaron.

Pasadas las 8 de la mañana viajaba con destino al Cuartel Central de Investigaciones en el negro auto sin patente. Conducía uno de los jóvenes policías. A su lado le acompañaba el gordo, a quien durante el trayecto lo identificaron como "Inspector", sin mencionar su apellido. Atras los otros dos detectives me flanqueaban. El automovil rodaba a baja velocidad, en un trayecto a esa hora con mayor frecuencia vehicular de lo habitual. Debíamos cruzar practicamente Santiago desde Colón - Tomás Moro, en Las Condes, sector oriente, hasta el norponiente del centro de la capital.

Unas seis cuadras antes de llegar a nuestro destino, en las vecindades de la Estación Mapocho, un transporte del Ejército nos cortó el paso y en menos de un minuto estabamos rodeados por seis soldados portando fusiles automáticos y un teniente apuntándonos con su pistola exigiendo bajarnos con las manos en alto y ordenando ponerlas apoyadas en el automovil. La falta de placa patente en este indujo sospechas en la patrulla militar la cual, finalmente, terminó escoltándo el traslado "de un detenido por orden de la Comandancia de la Guarnición", como lo expresó en voz alta el inspector policial al oficial uniformado, en tanto le exhibía el mandato escrito que lo acreditaba.

En casa, antes de salir, le había indicado a mi esposa que informara de la situación al abogado Villalobos. Este se contactó con la policía para ratificar si estaba allí, confirmando mi detención en cumplimiento de lo ordenado por la autoridad militar.

Ingresé al edificio de Investigaciones casi a las 9 de la mañana. Salí a las 3 de la tarde. O alguien se olvidó que estaba esperando en una calurosa, maloliente y oscura oficina o trataron de molestarme. Lo cierto es que recién pude declarar al cabo de cinco horas gracias a gestiones de mi abogado ante personeros civiles y militares. Para agilizar el trámite de levantar un acta de mi declaración dije al policía asignado que le escribiría la declaración y se la firmaría. En el breve texto señalé que efectivamente era autor del libro que se había ordenado incautar; que lo había publicado bajo la modalidad de “edición privada”; y, que no entregaría ni los libros, a buen resguardo en “algún punto del territorio nacional”, ni la nómina de quienes ya lo habían recibido. Rubriqué el escrito. El policía me indicó que ya no era necesaria mi presencia y regresé a mi casa. En bus.

——oo——

POLICIA DE INVESTIGACIONES DE CHILE
Sección de Acceso a la Información Pública
Jefatura Jurídica



Santiago, 25 de Septiembre de 2013

Señor:
Manuel Fuentes Wendling
[redacted]

Con fecha 09.AGO.013, nuestra Institución recibió su petición de acceso a información pública, cuyo número de folio asignado por el Sistema de Gestión de Solicitudes corresponde al número **AB010W-0000233**, en virtud del cual da a conocer situación vivida en el 1974, solicitando antecedentes referentes a su detención en el señalado año, por funcionarios de esta Institución, así como instructivos u oficios que digan relación con su libro "Memorias Secretas de Patria y Libertad".

Al respecto, cabe señalar que eventualmente la información de antigua data respecto a dichas materias, es mantenida por la Jefatura Nacional de Inteligencia Policial, por tanto al amparo de la Ley Nº 19.974 "Sobre el Sistema de Inteligencia del Estado y Crea la Agencia Nacional de Inteligencia".

En razón a lo anterior, se adjunta Resolución Exenta Nº 153, de fecha 24.SEP.013, de esta Jefatura Jurídica por medio de la cual se niega el acceso a la información solicitada.

Saluda a UD.,



LORENA CUEVAS HERNÁNDEZ
Comisario (J)
Jefe Sección de Acceso a la Información Pública

LCH/dlb.
Distribución:
- Interesado (1)
- Archivo (1)/

POLICIA DE INVESTIGACIONES DE CHILE
Jefatura Jurídica

RESOLUCIÓN EXENTA N° 153 /

SANTIAGO, 24.SEP.013

VISTOS:

a) El Principio de Probidad Administrativa y Transparencia, establecido en el artículo 8° de la Constitución Política de la República.

b) La disposición Cuarta Transitoria de la Constitución Política de la República.

c) La Ley N° 20.285, Sobre Acceso a la Información Pública y la regulación que contempla el ejercicio del derecho de acceder a la información Pública.

d) La Ley N° 19.974, Sobre el Sistema de Inteligencia del Estado y Crea la Agencia Nacional de Inteligencia.

e) El Decreto Supremo Nro. 13, de fecha 02.MAR.009, que establece el Reglamento de la Ley 20.285 Sobre Acceso a la Información Pública.

f) La solicitud presentada por el señor **Manuel Fuentes Wendling,** de fecha 09.AGO.013, ingresada bajo el Sistema de Gestión de Solicitudes, folio N° **AB010W-0000233**, por medio de la cual, solicita información respecto a su detención por parte de Oficiales Policiales de esta Institución, en el periodo comprendido entre enero y febrero de 1974, solicitando copia de la declaración prestada entonces en dependencias institucionales, como asimismo cualquier Orden, Disposición, Instructivo, que diga relación con su libro "Memorias Secretas de Patria y Libertad", que obren en poder de esta Institución.

CONSIDERANDO:

1.- Que, conforme lo dispone el artículo 8° de la Constitución Política, los actos y resoluciones de los órganos de la administración del Estado, sus fundamentos, los documentos que les sirvan de sustento o complemento directo y esencial, y los procedimientos que se utilicen para su dictación, son públicos y sólo una ley de quórum calificado podrá establecer la reserva o secreto de aquellos o de éstos, cuando la publicidad afectare el debido cumplimiento de las funciones de dichos órganos, los derechos de las personas, la seguridad de la Nación o el interés nacional.

2.- Que, la disposición Cuarta Transitoria de la Constitución Política de la República, dispone que las leyes actualmente en vigor sobre materias que conforme la propia Carta Fundamental deban ser objeto de regulación por medio de una ley de quórum calificado, se entienden que cumplen con ese requisito, mientras no se dicten los respectivos cuerpos normativos.

3.- Que, el artículo 5° letra d) de la Ley N° 19.974, publicada el 02.OCT.04, Sobre el Sistema de Inteligencia del Estado, dispone *"El Sistema estará integrado por: d) Las Direcciones o Jefaturas de Inteligencia de las Fuerzas de Orden y Seguridad Pública"*.

4.- Que, bajo el Título VII de la ley en comento "De la obligación de guardar secreto", el artículo 38° señala *"Se considerarán secretos y de circulación restringida, para todos los efectos legales, los antecedentes, informaciones y registros que obren en poder de los organismos que conforman el Sistema o de su personal..."*.

5.- Que, por otro lado, el artículo 10 de la Ley N° 20.285, Sobre Acceso a la Información Pública, aplicable a las Fuerzas de Orden y Seguridad, dispone que toda persona tiene el derecho a solicitar y recibir información de cualquier órgano de la administración del Estado, en la forma y condiciones que la misma ley señala. El acceso a la información comprende el derecho de acceder a las informaciones contenidas en actos, resoluciones, actas, expedientes, contratos y acuerdos, así como a toda información elaborada con presupuesto público, cualquiera sea el formato o soporte en que se contenga, **salvo las excepciones legales.**

6.- Que, dichas excepciones, están enumeradas en el artículo 21° N° 5 de la Ley 20.285, sobre Acceso a la Información Pública, contempla la causal de reserva y secreto, cuando se trate de documentos, datos o informaciones que una ley de quórum calificado haya declarado reservados o secretos, de acuerdo a las causales señaladas en el artículo 8° de la Constitución Política de la República.

7.- Que, en este caso, las normas de la Ley N° 19.974 "Sobre el Sistema de Inteligencia del Estado y Crea la Agencia Nacional de Inteligencia", se entienden para estos efectos de quórum calificado, por aplicación de la disposición Cuarta Transitoria, y del artículo 8°, ambas de la Carta Fundamental.

R E S U E L V O :

1°.- SE NIEGA, el acceso a la información requerida, en virtud a lo dispuesto en el artículo 21° Nro. 5, de la Ley 20.285, Sobre Acceso a la Información Pública, el artículo 8° y la disposición Cuarta Transitoria, ambas de la Constitución Política de la República, y lo dispuesto en la Ley N° 19.974 Sobre Inteligencia del Estado, toda vez que la información solicitada por don **Manuel Fuentes Wendling**, se encuentra al amparo de la citada ley de inteligencia del Estado.

2°.- NOTIFÍQUESE, la presente Resolución al peticionario, a través del correo electrónico indicado en su formulario de solicitud de acceso a la información pública, fuenteswendling@hotmail.com



JOSÉ LARREGLA BURDILES
Prefecto
Jefe Subrgte. de Jurídica

JLB/dlb
Distribución:
- Solicitante (1)
- Jejur (1)
- Archivo (1)/

Catálogo Bibliográfico

Vista completa del registro

Seleccione formato: Formato estándar Tarjeta catalográfica Cita Nombres de etiquetas Etiquetas MARC

Registro 45 de 49

Ejemplares en:	Todos los ejemplares
Autor	**Fuentes Wendling, Manuel**, 1944-.
Titulo	Memorias secretas de Patria y Libertad : y algunas confesiones personales / **Manuel Fuentes Wendling.**
Edición	Primera edición de carácter privado
Area de Publicació	Santiago de Chile : [Editor no identificado], 1973.
Descripción	150 páginas ; 18 cm.
Nota	Título de la cubierta. Se fotocopiaron 120 ejemplares numerados. En biblioteca ejemplar no. 12.
Tema - Autor corp.	Frente Nacionalista Patria y Libertad (Chile)
Tema - Geografico	Chile Política y gobierno 1970-1973
No. sis.	001060309

memorias secretas de patria y libertad

y algunas confesiones personales

manuel fuentes wendling

JUAN CARLOS HERRERA VILLANA
Capitán
... de Prensa



A mis hijos Viviana
y Francisco Javier

Es propiedad del autor.
Derechos reservados para
todos los países.
(c) Inscripción Nº 41.734

PRIMERA EDICION
(de carácter privado)
20 de diciembre de 1973
Se fotocopiaron
120 ejemplares
numerados

EJEMPLAR Nº ________/

A manera de prólogo

Gústele o no a algunos Patria y Libertad fue una realidad en Chile y, en mayor o menor grado de importancia, cumplió un rol en los duros y muchas veces amargos días de la histórica resistencia opuesta al régimen marxista que encabezó Salvador Allende.

Se pudo discrepar de sus ideas u opiniones, de su forma para analizar la realidad nacional,de las soluciones planteadas y de los métodos de lucha que empleó. Pero es imposible afirmar hoy que este movimiento,ya disuelto, jamás existió o careció de figuración nacional.

Los hombres y mujeres que reconocieron filas o simpatizaron con Patria y Libertad no cabe duda que constituyeron solo una fracción de esa inmensa mayoría de chilenos que entregaron lo mejor de sus energías para combatir un gobierno sustentado, desde sus inicios, en una minoría e inspirado en una doctrina totalitaria como lo es el marxismo-leninismo. Sin embargo, el mérito de

los nacionalistas radicó en que fueron los primeros en advertir el peligro que se cernía sobre Chile y , más tarde, los más decididos, audaces y vehementes para encararlo.

Su actitud clara y honesta, su lenguaje franco y directo le valió a Patria y Libertad y sus dirigentes el ataque sistemático, artero y canallesco de los marxistas que, sin medir recursos, distorsionaron su pensamiento e imagen pública, y la crítica velada e incomprensión de los partidos democráticos los cuales, por la acción desplegada por este movimiento, creyeron ver en un instante lesionados sus muy particulares intereses políticos.

Al escribir este libro no me ha animado otro espíritu que no sea el de entregar una visión personal de lo que fue este conjunto de hombres y mujeres y las razones, causas y circunstancias que los llevaron a adoptar actitudes que, muchas veces, se salieron de los moldes tradicionales de nuestra vida política.

Como dirigente de Patria y Li -

bertad me correspondió vivir y protagonizar algunos de sus momentos más difíceles, en la mayoría de los casos no ajenos a una espectacularidad que nunca se deseó, todos los cuales tuvieron siempre por inspiración el bien de Chile y de su pueblo. Pudimos cometer errores y apresuramientos pero de una cosa estoy convencido: no nos equivocamos.

En estas páginas se encontrarán también varios pasajes que he denominado "Confesiones Personales". Ellas son un desahogo que me he permitido y al que creo tener cierto derecho como luchador y militante activo de la causa democrática y libertaria.

Las opiniones o juicios que aquí se vierten respecto de personas,instituciones o circunstancias solo me comprometen a mí y de ellas me hago absolutamente responsable.Puede que interpreten o disgusten a terceros lo cual, en el primer caso me agradaría y en el segundo no me causaría asombro ni inquietud.

Finalmente quiero agradecer a

Gustavo Morán, Roberto Zúñiga, Roberto Allende, Manuel Katz, Antal Lipthay, Helga Thieme, Alberto Gosselin, Ana Rodríguez, Alberto Lahosa, Juan Eduardo Vicuña y a la señora Raquel Grez vda. de Rodríguez. Todos ellos, de una u otra manera, hicieron posible la realización de este libro.

M.F.W.

FE DE ERRATAS

Pág.13 línea 18 dice provaron; debe decir provocaron.
Pág.41 línea 2 dice me dijo éste que; debe decir me dijo que éste.
Pág.46 línea 1 dice últimos tres; debe decir tres últimos.
Pág.57 línea 8 dice llearon; debe decir llevaron.
Pág.74 línea 17 dice Haló; debe decir Aló.
Pág.80 línea 6 dice que bueno; debe decir que era bueno.
Pág.133 línea 12 dice no los preocupáramos; debe decir no nos preocupáramos.
Pág.139 línea 12 dice "Innsbruck "; debe decir " Bremen "

I°

Cerró la puerta de su oficina del undécimo piso de aquel céntrico edificio y con paso ligero y decidido se dirigió hasta el ascensor. Ordenaba una carpeta llena de documentos cuando se abrió la puerta de éste. Mientras ingresaba a su interior consultó la hora en su reloj: cinco y cuarenta de la tarde. Pensó que en veinte minutos debía llegar a la universidad. Aquella cliente lo había retrasado más de la cuenta..., casi siempre le ocurría lo mismo. A último momento siempre se presentaba alguien con alguna consulta o problema y su deber era atenderlo. Formaba parte de su profesión por la cual se sentía cada vez más atraído. Desde niño, recordó, al margen de sus inquietudes poéticas y su afición por escribir, quiso ser abogado, título que lucía con orgullo nueve años... su

automóvil estaba en el estacionamiento. Tendría que ir a buscarlo. De seguro llegaría atrasado... Mañana, a las ocho y media, tenía que estar en los tribunales...

La voz del ascensorista, anunciando el primer piso, lo sustrajo de sus cavilaciones.

Salía del edificio, abstraído en mil pensamientos, cuando dos personas lo detuvieron. Reconoció en uno de ellos a su amigo Roberto Zúñiga. Para él representaba mucho más que un cliente al que asesoraba judicialmente, incluso desde antes de recibir el título. Era su amigo y, en más de una oportunidad, su consejero personal. Veintitantos años mayor que él, le prodigaba cariño, respeto y admiración por tratarse de un hombre de esfuerzo que, al cabo de trabajar intensamente, gozaba de una cómoda situación económica, un buen ganado prestigio e infinidad de amistades, todo lo cual no le había hecho perder su bonhomía y sencillos hábitos.

—Lo veníamos a buscar —le dijo amablemente tomándolo por un brazo—. El señor Martínez, con quien me encontré hace algunos minutos, considera que puede conversar hoy mismo con don Jorge —añadió en tanto el recién mencionado extendía su mano y emitía un maquinal "mucho gusto".

Hacía poco más de un mes que a su amigo Zúñiga se le había puesto en la cabeza concertarle una entrevista con el ex Presidente de la República, y por segunda vez candidato, Jorge Alessandri. No perdía ocasión para insistirle en el tema cada vez que ambos conversaban. "Ud. tiene mucho que hacer ahí", le decía con frecuencia. Pero él rehusaba aceptar cualquier gestión en tal sentido, arguyendo que no tenía tiempo y no le interesaba la política. A lo más su participación en ella se limitaba a aspectos universitarios. De Alessandri tenía una opinión positiva, y consideraba que su Gobierno pudo ser muy bueno sin la intromisión de la politiquería, principal obstáculo en la realización de reformas que le habrían evitado a Chile muchos conflictos y tribulaciones. En la próxima elección de seguro le daría su voto. Pero de ahí a trabajar activamente por su candidatura no lo

estimaba posible. Zúñiga, sin embargo, volvía a la carga diciéndole "ahí en medio tiene que estar usted dando a conocer sus ideas, mostrando la realidad que se vive hoy".

—Lo lamento —respondió—, hoy no puede ser. Debo estar en la universidad en un cuarto de hora. Me esperan para una licenciatura y ya estoy algo atrasado.

—Que lo reemplace alguien —acotó Zúñiga en tono convincente —agregando— no puede perder esta oportunidad. Es importante que converse con don Jorge. El está ahora en su oficina, que queda bastante cerca.

Luego de algunas vacilaciones accedió a las reiteradas insistencias de su amigo y, previo llamado telefónico a la universidad avisando su atraso, a los pocos minutos los tres se encaminaban a la oficina del candidato presidencial.

Dos horas conversó con Alessandri y una con sus más cercanos colaboradores. Del primero se llevó una buena impresión, confirmando la opinión que ya poseía. De los segundos consideró, como comentaría más tarde, que se trataba de un grupo de "viejos acartonados".

Pese a todo, esa tarde y durante la conversación con el ex Mandatario, le ofreció su respaldo, comprometiéndose, además, a integrar el grupo de abogados de la campaña.

En esa forma, sencilla como suelen ser la mayoría de las cosas, y a instancias de su viejo amigo Zúñiga, el joven abogado Pablo Rodríguez Grez, a fines de 1969, dio el primer paso que lo acercaría a la política. No pensó jamás que meses más tarde se transformaría de un profesional prestigiado en los medios judiciales y conocido y apreciado en el ambiente universitario, en un hombre de figuración pública aplaudido por una mayoría a la cual dio en un momento de derrota fe y esperanza, y repudiado por una minoría que vio en su decisión y valentía el peor escollo a sus propósitos de tiranizar a Chile.

Pablo Rodríguez y su, quizás, breve pero agitada trayectoria política están íntimamente ligados a la resistencia que muchos chilenos opusieron, de variada forma, al avance del marxismo en nuestro país, aunque con una gran ventaja respecto de esos otros: fue el primero en hacerlo.

Por eso éstas páginas, que pretenden resumir uno de los tantos capítulos de esa resistencia, y en concreto el correspondiente a los nacionalistas, no podía comenzar sin mostrar cómo este abogado surgió en la escena nacional y comenzó a participar en una lucha que se prolongó por tres odiosos años.

Difícilmente él podía prever las consecuencias que surgirían de su entrevista con Alessandri. Carecía de ambiciones políticas y su intención, al ofrecer su concurso a este candidato, no significaba más que contribuir, como lo estaban haciendo grandes sectores ciudadanos, con una causa que se levantaba en calidad de la contrapartida más definida a las fuerzas marxistas aún sin candidato, pero aglutinadas en un conglomerado denominado Unidad Popular que, de triunfar, nadie dudaba llevaría al país a una situación nunca vivida antes.

Hasta el 3 de septiembre de 1970 su papel no fue de figuración destacada y se limitó, casi exclusivamente, a aspectos legales de la campaña y, con posterioridad, a preparar e instruir debidamente a aquellas personas que el día de la elección actuarían como vocales o apoderados en las mesas de sufragios.

Un hecho inesperado, ocurrido el mismo día 4 de septiembre, sin embargo, lo sacó de su papel hasta ese momento secundario para trasladarlo a uno protagónico.

Cuando aquel día recién comenzaba el cómputo de la elección se le designó, junto a su colega Jorge Ovalle Quiroz, militante y dirigente de la Democracia Radical, representante de la candidatura Alessandri en un foro programado para esa noche a las 23 horas en el Canal 13 de televisión. En dicho foro participarían también personeros de las otras dos postulaciones.

Por razones núnca del todo aclaradas, a la hora prefijada por los organizadores del foro sólo se encontraba Rodríguez representando a Alessandri. Ovalle no aparecía ni apareció por lado alguno.

Fue así como esa noche ante las cámaras de televisión se observó una contienda bastante desigual: tres portavoces de la Unidad Popular contra uno sólo del alessandrismo. Los democratacristianos Renán Fuentealba, Juan Hamilton, Luis Maira y Luis Badilla se retiraron a poco de iniciarse el programa y luego de leer una patética declaración de Radomiro Tomic, en la cual, implícitamente, éste reconocía su derrota en tercer lugar.

El dominio de sí y la limpieza política con que Pablo Rodríguez planteó sus argumentos sumado a la claridad de sus ideas, contrastaron notablemente, durante el desarrollo del foro, con la beligerancia del socialista Erick Schnake, la grosería del mapucista Alberto Jerez y la demagogia del comunista Jorge Insunza. Esto fue suficiente motivo para que en miles de chilenos, a esa hora víctimas de la desesperanza, desorientación y derrotismo por la estrecha lucha entre Alessandri y Allende, surgiera un asomo de esperanza al ver que, aun en horas difíciles, se levantaba un hombre dispuesto a continuar combatiendo.

El 5 de septiembre dos tercios de los chilenos no atinaron a entender exactamente lo que había acontecido el día anterior, aunque las cifras, dadas a conocer por el Ministerio del Interior esa madrugada, eran muy claras.

Allende obtuvo casi 40 mil votos de ventaja sobre su oponente más inmediato, Jorge Alessandri, sin alcanzar, eso sí, la mayoría absoluta, lo cual, atenido estrictamente a la Constitución Política del Estado, significaba que el proceso electoral no estaba concluido, puesto que correspondía al Congreso Nacional, reunido en sesión plena, resolver quién sería el futuro Presidente de la República de entre los dos candidatos con las primeras mayorías relativas. Tradicionalmente, y ya había sucedido en 1958 entre Alessandri y Allende por un margen casi igual de

votos, el parlamento otorgaba el mejor derecho al primero.

Las cosas, sin embargo, ahora se mostraban diferentes. El análisis era simple: por un lado Allende tenía más votación que, individualmente, cada uno de sus contendores. Su millón y tantos votos indicaba que igual número de electores preferían, por una u otra razón, un gobierno de corte y estilo marxista. Pero, del lado opuesto un millón ochocientos mil sufragantes lo rechazaban, lo que saltaba a la vista desde el instante en que respaldaron dos candidaturas no marxistas. En consecuencia, se planteaba el absurdo que si el Congreso Nacional elegía a Allende como Presidente, éste haría un gobierno no deseado por la mayoría nacional.

La situación descrita había sido considerada por el legislador al redactar la Constitución, ya que en ella se dejaba abierta la alternativa de que fuese el Parlamento la última instancia en caso de que ningún candidato obtuviera la mayoría absoluta.

Consciente de la gravedad del momento que vivía Chile y ajustándose a lo expresado por la Carta Fundamental, Alessandri manifestó públicamente que si era designado Presidente por el Congreso Pleno, renunciaría para dar paso a una nueva elección en la cual se dirimiría la disyuntiva de democracia o marxismo.

Esa declaración de inmediato tuvo eco en la ciudadanía, surgiendo espontáneamente una fuerte corriente de opinión pública destinada a respaldar a los parlamentarios no marxistas —democratacristianos, nacionales y radicales— que votaran el 24 de octubre, día de reunión plena del Parlamento, por Alessandri, en el bien entendido de que éste mantendría su actitud de renunciar.

Pero ningún partido democrático estaba en condiciones de conducir a esa opinión pública.

Internamente el Partido Nacional estaba dividido frente a la actitud que debían asumir sus parlamentarios en el Congreso. Después se conocería que Sergio Onofre Jarpa sostuvo, en la Comisión Política de esa colectivi-

dad, la tesis de votar a favor de Allende, posición que se perdió por 8 votos contra 9.

En el Partido Demócrata Cristiano ocurría algo similar, con el agravante, sólo conocido con posterioridad, que Radomiro Tomic antes del 4 de septiembre ya había comprometido, sin consultar por supuesto a sus bases, la actitud de los parlamentarios de su partido ante el Congreso al sellar con Allende un Pacto Secreto en cuyo punto Nº 3 se señalaba que "si Alessandri llegaba segundo, el candidato que ocupara el tercer puesto reconocería dentro de las 24 horas al ganador, por el solo hecho de tener éste un mínimo de cinco mil votos de ventaja sobre Alessandri".

A todo esto se agregaba el hecho que la dura contienda preelectoral desunió a los elementos no marxistas los cuales, difícilmente, podían restañar las heridas dejadas por el fragor de la lucha partidista.

Por lo tanto los días transcurrían y esos chilenos que no deseaban para su país un régimen marxista, ignorantes de los sordos manejos de los políticos, observaban con estupor que nadie tomaba la iniciativa tendiente a contener la embestida publicitaria del marxismo. Comunistas y socialistas, principales sostenedores, conductores y artífices de la campaña de la Unidad Popular, aprovechando el peligroso silencio de los no marxistas, buscaban consolidar su situación al punto de amenazar con el desencadenamiento de una guerra civil si no se les reconocía un triunfo constitucionalmente impugnable.

Fue ante esta sucesión de hechos que Pablo Rodríguez, tomando como base lo declarado por Alessandri, conversó con otros abogados, entre los cuales se contaba a Carlos Cruz Coke, Edgardo Gundián, Miguel Angel del Mauro, Jorge Patricio Villalobos y Eugenia García, sobre la probabilidad de crear un movimiento independiente de partidos políticos que sirviera de elemento aglutinador de esa opinión pública sin conductores que se rebelaba contra la idea de tener en su patria un gobierno marxista.

Para infinidad de hombres y mujeres independientes, esta segunda elección podía significar la reelección de Eduardo Frei. Elegido Alessandri por el Congreso, Frei entregaba el mando. Como se produciría la renuncia casi automática de Alessandri, asumiría en calidad de Vicepresidente de la República el presidente del Senado, el cual convocaría a nuevas elecciones en el plazo de 60 días, donde, perfectamente, podía postular Frei.

Otros, en cambio, creían que el candidato de unidad democrática debía ser Edmundo Pérez Zujovic. Personalmente era partidario de esta tesis.

El 10 de septiembre, en conferencia de prensa, Pablo Rodríguez anunció la creación del Movimiento Cívico Nacional Patria y Libertad. Su único objetivo era promover una nueva elección. El primer llamado a la ciudadanía se condensó en una declaración que textualmente decía:

"Se ha constituido, ante el clamor de la inmensa mayoría de los chilenos, un movimiento cívico independiente, que bajo el nombre de "PATRIA Y LIBERTAD", aspira a preservar el régimen democrático en nuestro país.

"La situación creada con ocasión de la última elección presidencial nos ha colocado al borde de un Gobierno marxista, el que sería dominado, incontrastablemente por el Partido Comunista y sus agentes internacionales.

"El triunfo electoral del marxismo por una mayoría relativa ínfima revela, con meridiana claridad, que nuestro pueblo ambiciona seguir viviendo en un régimen que garantice y proteja la libertad individual, los derechos de expresión e información y, en general, los derechos esenciales de la persona humana. Ningún Gobierno comunista de la tierra ha respetado estas prerrogativas fundamentales, destruyendo, despiadadamente, toda manifestación libre y espontánea del pueblo. ASPIRAMOS A QUE CHILE NO SIGA ESTE OSCURO DESTINO...

"El marxismo ha puesto al país en una encrucijada que nadie puede soslayar. Se trata, definitivamente, de optar entre la DEMOCRACIA o el TOTALITARISMO. Entre la LIBERTAD o el VASALLAJE.

"Los partidos políticos de raigambre democrática, entre los que contamos al Partido Nacional, al Partido Radical y a la Democracia Cristiana, han sido incapaces de aunar sus esfuerzos en pro de la preservación de la libertad, arrastrándonos, por vanas y circunstanciales rencillas, al peligro inminente de un totalitarismo marxista.

"No obstante el hecho indiscutible de que nuestra Constitución permite superar este trance vital se empiezan, a espaldas de las grandes mayorías nacionales, a cerrar las posibilidades para que el Congreso Pleno adopte una decisión soberana, sin presiones ilegítimas. Por otra parte, el hecho insólito de que el candidato del comunismo se alce como Présidente Electo de Chile, en circunstancias de que dicha declaración sólo compete al Congreso Pleno, constituye un acto abiertamente sedicioso para imponer una situación de hecho y hacer creer que el proceso electoral está concluido. Esta conducta es ya habitual en los partidos de extrema izquierda.

"Denunciamos estos actos como claras manifestaciones del espíritu totalitario que anima al señor Allende.

"Los hombres y mujeres libres de Chile no pueden permitir que se consuma este atentado contra la Patria. Deben ellos luchar, sin reservas, por que sobrevivan la Libertad y la Democracia en nuestra tierra.

"Los independientes asumimos, a través de este movimiento, la gran responsabilidad que nos asiste en el momento histórico por el que atravesamos. Nos transformamos, en consecuencia, en portavoces de millones y millones de chilenos que no aceptan que una minoría insignificante, en el hecho menos de una tercera parte del electorado imponga un yugo de represión y sometimiento a todo el pueblo de Chile.

"Las fuerzas políticas democráticas tienen el deber moral de dar a la nación una oportunidad definitoria para que sea Chile entero y no una minoría prepotente, la que determine el destino intitucional que nos aguarda.

"No aspiramos a que sea reconocido como vencedor de la contienda quien obtuvo la segunda mayoría relativa. El país sabe que el señor Alessandri rechazaría la

nominación. Su trayectoria pública y su nombre constituyen una garantía inmejorable de seriedad y de respeto a la palabra empeñada. Pero la renuncia del señor Alessandri implicaría la convocatoria a un nuevo proceso electoral en que deberá enfrentarse el marxismo y la democracia, siendo el PUEBLO DE CHILE el árbitro soberano de esta contienda. Sólo a él —al PUEBLO DE CHILE— le corresponde dirimir este dilema. Cuanto se haga a sus espaldas constituye un fraude a sus legítimos e inalienables derechos.

"Nuestra misión concreta consistirá en crear conciencia de que la gran mayoría del país exige una definición popular y que el Congreso Pleno no puede negarse a que sea el pueblo el árbitro supremo de esta contienda cívica.

"Por estas razones hacemos un llamado a los miembros del Congreso Nacional y a los partidos políticos democráticos para que, en cumplimiento de sus deberes morales más esenciales, y de lo preceptuado en la Constitución Política del Estado, entreguen al pueblo la posibilidad de definir esta encrucijada. Su voluntad auténticamente mayoritaria es el único instrumento capaz de legitimar la autoridad verdadera de un Gobierno.

"Llamamos, igualmente, a todos los hombres y mujeres democráticos de Chile, que aspiran a conservar el Estado de Derecho, a adherir a este movimiento, a lo largo y ancho del país, para respaldar la única solución constitucional de este dilema que, reiteramos, hace al PUEBLO DE CHILE juez de esta disyuntiva histórica. Al efecto, pedimos que en uso de los derechos instituidos en la Carta Fundamental, se expresa la decisión mayoritaria del país a las autoridades del Estado para hacer pesar y sentir la voluntad inquebrantable de evitar la dictadura marxista."

PATRIA Y LIBERTAD
PABLO RODRIGUEZ GREZ
Presidente
Movimiento Cívico "Patria y Libertad"

La reacción del marxismo no se dejó esperar. El mismo día 10 a través de sus radios y al siguiente por su prensa, descargó toda su variada gama de dicterios contra quienes, sin temores, indicaban al país el peligro de la asunción al poder de Allende y la forma de impedirlo constitucionalmente. Por su parte los diarios y radios no marxistas, en forma unánime, acogieron las palabras de Pablo Rodríguez otorgándoles plena difusión. Respecto de esto último hay que destacar la ayuda valiosa independientemente prestada por el combativo periodista Rafael Otero Echeverría, que también, desde el 5 de septiembre, por intermedio de su comentarios radiales dio aliento y esperanza a sus miles de auditores.

El movimiento cívico prendió en la ciudadanía desde el primer instante de su anuncio, lo cual quedó constatado con la inmensa afluencia de adherentes llegada hasta las pequeñas oficinas del séptimo piso de calle Huérfanos 1117. Hombres y mujeres de clase media, modestas dueñas de casa, comerciantes, obreros y empleados, pobladores, estudiantes y profesionales se acercaron hasta allí para manifestar su respaldo a la iniciativa de una segunda elección. En su mayoría eran independientes, pero también los hubo militantes de partidos democráticos. A todos se les aceptaba sin discriminaciones, puesto que no existía una finalidad política partidista.

Uno de los problemas principales planteados desde que se lanzó la idea de este movimiento fue el económico. Debían hacerse publicaciones de prensa, transmisiones radiales, arrendar locales para concentraciones, y todo ello implicaba gastos y dinero. Los sectores que poseían recursos, como siempre ha sucedido, en esos días estaban preocupados de salvar sus bienes e intereses y abandonar, lo antes posible, el país, que contribuir a la lucha por evitar que una minoría audaz se apoderara del gobierno.

Por eso es bueno decir que tras Pablo Rodríguez sólo estaban otros abogados, algunos amigos como Roberto Zúñiga, Eduardo Díaz, los hermanos Oscar y Jorge Erlansen, el periodista Celso Ferrada, ex dirigentes sindi-

cales como Luciano Morgado y Héctor Durán, y jóvenes gremialistas como Sergio Gutiérrez, Secretario General de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica.

Este movimiento no fue creación ni apéndice del Partido Nacional, versión que, después, interesadamente, se repetiría por sus más enconados detractores y también por dirigentes de esa colectividad. Ella nació de una reunión que sostuvo Pablo Rodríguez con algunos personeros de dicho partido que, a título personal y antes que se anunciara al país el surgimiento de Patria y Libertad, manifestaron su apoyo en los mismos términos en que otros sectores lo harían más adelante, sin que ello constituyera, por cierto, acuerdos ni compromisos políticos de ninguna especie. La referida entrevista se llevó a cabo en la oficina de Juan Luis Ossa. Engelberto Frías, Secretario General del Partido Nacional se encargaría, a los pocos días, de declarar que entre su partido y este movimiento no había nexo ni contacto alguno.

Pero si los nacionales no tuvieron ingerencia en él, menos la pudieron tener los democratacristianos, pese a que se contaba con valiosos respaldos como el otorgado por Luis Ferrada, Alcalde de Maipú y militante de esa tienda política.

Lo anterior no fue óbice para que comunistas y socialistas lanzaran toda clase de especies sindicando a este movimiento como fiel exponente de intereses políticos y económicos que, como bien declarara en una ocasión el propio Pablo Rodríguez, no defendió ni estuvo en su ánimo defender.

El obstáculo económico fue pronto superado. Cuando existe la intención de hacer las cosas y una dosis grande de idealismo, todo se logra.

Reuniendo peso a peso entre los adherentes, aportando dinero de su propio bolsillo, el grupo iniciador de Patria y Libertad comenzó su tarea de movilizar a Chile. A lo mejor lo hizo en forma modesta y cometiendo errores propios de quienes carecen de experiencia política.

Valía, sin embargo, la intención que entrañaba el deseo de no dejarse abatir por quienes tan afanosamente buscaban la conquista del poder.

Dos masivas reuniones en Santiago efectuadas una en el popular teatro Nacional del barrio Independencia, y la segunda en el Estadio Chile; otra en Valparaíso y una reunión en la Universidad Católica de la capital fueron la más expresiva demostración que los chilenos estaban de pie para combatir al marximo. Así finalizó septiembre.

Octubre se inició con violencia. Fue, quizás, el primer enfrentamiento de marxistas y no marxistas. Patria y Libertad organizó una "Marcha del Silencio", que partió desde el monumento a Manuel Rodríguez hasta el centro de la ciudad. En el trayecto efectuado por la gran multitud, en su mayor parte mujeres que portaban como único símbolo el emblema patrio, grupos miristas, comunistas y socialistas provaron a los manifestantes al punto, incluso, de atentar criminalmente contra ellos lanzando botellas de ácido, una de las cuales pasó a escasos centímetros de la cabeza de Pablo Rodríguez. Los hechos se agravaron en las calles céntricas y debió actuar la policía.

Chile conocería en el futuro estos mismos métodos empleados por los marxistas y destinados a atemorizar o acallar la voz de quienes disentían del régimen.

Temuco, Antofagasta, Rancagua, Los Angeles y Victoria, Osorno y Antofagasta, y la mayoría de las capitales de provincias del país recibieron a los dirigentes del movimiento cívico en multitudinarias reuniones públicas. El marxismo, en tanto, continuaba acentuando sus ataques contra la persona de Pablo Rodríguez. Se llegó al extremo de deshonrar la memoria de su padre e involucrar a su esposa, además de amenazarlo de muerte veladamente.

Mientras este grupo de chilenos se esforzaba por defender la integridad institucional y la tranquilidad social de Chile, más tarde gravemente amenazada y quebrada, paralelamente el Partido Demócrata Cristiano gestaba un

acuerdo con la Unidad Popular sobre la base de "Garantías Constitucionales" nunca respetadas por Allende.

El 14 de octubre se sumó, indirectamente, a los esfuerzos del movimiento cívico un diario, "Pueblo Libre", en cuya fundación, organización y orientación tuve amplia ingerencia junto a un antiguo amigo y hombre al cual debo muchos de mis conocimientos sobre marxismo-leninismo, Juraj Domic.

Respaldado por los diputados democratacristianos Emilio Lorenzini, que nos facilitó incluso su propio estudio de abogado, y Jorge Santibáñez, Jefe del Departamento de Pobladores, más la colaboración de Renán Valdés, que aceptó la dirección, y financiado con los aportes de algunos independientes, salió a la calle este combativo matutino, primera expresión escrita de abierto rechazo a los marxistas.

A raíz del alevoso atentado contra Renán Valdés, ocurrido una noche cuando se dirigía a su hogar, a manos de elementos cómunistas editorializamos señalando:

"En las últimas horas del viernes pasado, tres cobardes, amparados por la sombra de la noche, asaltaron al Director de este diario en una abierta acción política, seguramente como advertencia de lo que podría ocurrirnos en el futuro a cada uno de nosotros... La falta de solidaridad de quienes se dicen paladines de la democracia, los ha transformado en cómplices o socios de aquellos cuya tarea es atentar sistemáticamente contra ese principio libertario... Derecha e izquierda han mantenido silencio. En sus respectivas madrigueras posiblemente mascullen una opinión que, no nos cabe duda, será débil, no comprometida y, por qué no decirlo, imbécil... No estamos con la izquierda marxista-leninista ni con la derecha oligárquica. Consideramos que, en distintos grados, ambas posiciones son nefastas para el país. Ello no significa que nuestra palabra crítica no se encamine también contra la derecha política y económica, que en este momento se va entregando cada vez más, que cada día que pasa demuestra más su miedo irracional...

Está claro que muchos hombres calificados como *derechistas* por el marxismo-leninismo criollo, están haciendo mucho por Chile y por el mantenimiento de su democracia y su libertad política. Son hombres que aun a riesgo de perder su situación personal, ganada honradamente, están entregando su aporte a esta lucha libertaria. Para nosotros ellos no son derechistas. Son hombres que piensan con sentido común. Son hombres tras los cuales está la mayor parte de los chilenos que no desean una dictadura marxista-leninista, que no quieren una opresión de derecha ni una opresión de izquierda, que anhelan la continuación de cambios sociales, impuestos por el natural avance del mundo, pero con respeto y libertad".

Los hechos comenzaron a precipitarse seis días antes de reunirse el Congreso Pleno.

El lunes 19 de octubre Jorge Alessandri, en declaración pública sorprendió a todos los sectores. Llamó a no votar por él en el Congreso y en cambio respaldar a Allende. La desorientación entre los chilenos ganó terreno y tomó cuerpo el miedo al futuro que esperaba a nuestro país. Se frustraba de esta forma todo el esfuerzo encaminado a imponer la idea de una segunda elección.

El 20 el Consejo Nacional del Partido Demócrata Cristiano instruyó a sus diputados y senadores para que votasen por Allende en el Congreso Pleno.

El 21 el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, en una declaración denunciaba la existencia de un complot para evitar la asunción de Allende.

En las primeras horas de la mañana del 22 se produjo el grave y repudiable atentado contra el Comandante en Jefe del Ejército, general René Schneider, que fallecería a los tres días.

Finalmente, el sábado 24 de octubre Salvador Allende era proclamado Presidente de la República por el Congreso Nacional reunido en pleno.

Ese mismo día fue detenido, sin justificación, Pablo Rodríguez Grez, el que tres días más tarde reconoció el término del proceso electoral y la elección de Salvador

Allende, anunciando, además, la disolución del Movimiento Cívico Nacional Patria y Libertad, y la posibilidad de crearse a poco tiempo un nuevo partido sobre bases nacionalistas.

Se cumplió, de esta manera, la primera etapa de lucha de un conjunto de hombres y mujeres que meses después se transformarían en la vanguardia libertaria de Chile.

2º

Al principiar marzo de 1971 todos los chilenos nos aprestábamos para las elecciones a realizarse al mes siguiente. La insistente propaganda de los candidatos marxistas y la de los que no lo eran atiborraba las radios. La prensa mostraba avisos de unos y otros. El ambiente político denotaba tensión y expectación frente a esta primera consulta popular casi inmediatamente después de la contienda presidencial.

El año se había iniciado con una campaña contra el Poder Judicial, y más específicamente contra la Corte Suprema por un fallo emitido por éste alto tribunal en virtud del cual se rechazaba la petición de desafuero del senador de la Democracia Radical Raúl Morales.

Cuatro meses antes el parlamentario fue sindicado como infractor a la Ley de Seguridad del Estado en un proceso que se instruía en forma paralela a la investigación del asesinato del general René Schneider. El Fiscal Militar, Fernando Lyon, luego de estudiar las declaraciones de un implicado en dicho asesinato donde se mencionaba al senador, decidió pedir el desafuero de éste por estimar que existían suficientes antecedentes para someterlo a proceso.

La Corte de Apelaciones acogió la solicitud de Lyon por diecisiete votos a favor y uno en contra, el del Ministro Hernán Cereceda. Morales recurrió de queja y posteriormente de apelación a la Corte Suprema, la cual, contra todos los vaticinios de los círculos judiciales, dictaminó a favor del senador por once votos contra dos, considerando que no había suficientes antecedentes para procesarlo y que los cargos hechos por el Fiscal eran vagos y poco fundamentados.

De esa manera el más alto tribunal de justicia en Chile respaldaba el único voto de la Corte de Apelaciones, el de Cereceda, que estimó no cabía el desafuero, y daba la razón a la defensa de Morales a cargo del abogado Pablo Rodríguez.

Desde el propio Allende hasta el último dirigente de la Unidad Popular emitieron juicios condenatorios y calificativos soeces contra la Corte Suprema. Fue la primera manifestación de una campaña de desprestigio, que más tarde se ampliaría a todo el Poder Judicial, el cual, pese a los agravios de que fue blanco de parte del marxismo, mantuvo siempre su imparcialidad e independencia tradicionales.

Por su parte, Pablo Rodríguez, que se encontraba al margen de la actividad política desde fines de octubre, ocupó casi automáticamente la atención del oficialismo marxista en razón de haber defendido a Raúl Morales, logrando, con éxito, preservar el fuero del senador. Las mismas invectivas, los mismos insultos y denuestos de que había sido víctima cuando afanosamente buscó un camino constitucional que evitara a Chile el gobierno

que para desgracia de todos comenzábamos a sufrir, se actualizaron una vez más con el fin de desfigurar su imagen pública.

Los sectores democráticos, luego de un descansado verano, recién en marzo y en medio de rencillas subterráneas y divisionismos, iniciaron las tareas elementales destinadas a conquistar votos para la elección municipal. Contrastaba esto con la actitud de los partidos de la combinación de gobierno, fundamentalmente los comunistas, que llevaban ya dos meses de intenso, organizado y arduo trabajo proselitista en beneficio de sus candidatos.

Era obvio, entonces, que los resultados electorales casi podían preverse en términos de un sustancial aumento de la votación marxista. Ello movió a impulsar una cruzada de unidad democrática antes del 4 de abril y a la formación de un movimiento que se hizo público el 10 de marzo con el nombre de Frente Nacionalista Patria y Libertad, encabezado por Pablo Rodríguez.

La nueva organización surgía con objetivos distintos al Movimiento Cívico Nacional Patria y Libertad, disuelto a fines de octubre del año anterior, que sólo buscó unir a aquellos que querían una segunda elección para impedir se consumara el ascenso a la Presidencia de la República de un hombre que no tenía más que un tercio del electorado respaldándolo. En cambio, el recién creado pretendía transformarse en alternativa política, paralela a los partidos democráticos tradicionales, basada en una concepción nacionalista y donde tuviesen cabida los amplios sectores de la ciudadanía que no reconocían militancia en colectividad alguna.

Conservó, eso sí, el Frente Nacionalista las palabras PATRIA y LIBERTAD, ambos conceptos evidentemente amenazados por el régimen de Allende desde el inicio de su gestión.

Por símbolo, Patria y Libertad adoptó una figura compuesta por tres eslabones de cadena, dos de los cuales estaban rotos. El del centro representaba la unidad nacional, el de la izquierda el rompimiento de las cadenas tiránicas del marxismo y el de la derecha el rompimien-

to con un sistema político como el nuestro, que por estar agotado permitió el triunfo del marxismo. Por efecto de la estilización, la figura que comenzó rápidamente a hacerse familiar fue la conocida por todo Chile. No era un símbolo agradable. Su centro negro y las cuatro puntas de los eslabones rotos formaban una agresiva composición que destacaba donde se dibujara o pintara.

Los comunistas, hábiles en la distorsión de todo cuanto les afecte, con prontitud montaron una ofensiva destinada a barrenar, desde sus comienzos, la imagen del Frente Nacionalista, que se alzaba como el peor enemigo del marxismo. Así comenzó a tejerse la leyenda negra de este movimiento calificado de "nazi", "ultraderechista", "fascista" o "proimperialista", epítetos que, a fuerza de insistir en ellos, para muchos hombres y mujeres humildes envenenados por la propaganda se transformaron en verdades, y para otros en mentiras que, aunque tales, bueno era repetir por conveniencia política.

El símbolo, en consecuencia, se convirtió en algo despreciable y siniestro, representativo de todo cuanto significare atraso social, violencia, explotación o defensa de intereses menguados.

Claro que en la misma medida que se atacaba al Frente Nacionalista cundía el respaldo a él en esos sectores ciudadanos no contaminados por la propaganda comunista ni la politiquería de pasillos, entre los que se encontraba la juventud.

Un año después este símbolo estaría presente en todas partes y en abierto desafío a quienes pretendían sojuzgar a nuestra nación; muchos de los cuales, incluido el propio Allende, terminaron por sentir verdadero temor ante su sola presencia.

Una anécdota refleja, quizás, con claridad, el miedo que se le tenía a ese símbolo.

Al comenzar una mañana de mediados de 1972 la actividad en la protegida y fortificada mansión de Tomás Moro, un integrante del GAP descubrió con sorpresa en uno de los muros interiores, y a escasos metros del dormitorio presidencial, el símbolo de los eslabones rotos

de Patria y Libertad. Durante el desayuno denunció el hecho a Allende, el que al escuchar tan insólita narración palideció y acto seguido, dando un golpe de puño en la mesa, ordenó que nadie saliera de la residencia, que de inmedaito se iniciara una investigación política de todos los que habían permanecido allí los últimos cinco días y prohibió, so pena de aplicar un ejemplar castigo a quien lo hiciera, hablar del asunto.

Nunca se esclareció lo ocurrido, y Allende, por largos meses, temía que una noche, como se lo confidenciara en una ocasión a su colaborador y amigo Augusto Olivares, la misma mano que dibujó aquel símbolo lo matara.

Olivares hablaría del asunto durante una reunión privada de amigos, uno de los cuales, con el correr de los meses, se transformó en ferviente nacionalista.

La identidad del autor del dibujo fue siempre un misterio, incluso para nosotros. Indudablemente no se trataba de una broma. Con el tiempo he llegado a pensar que fue un integrante del GAP el responsable y lo hizo como una acción de rebeldía ante el lujo, la comodidad y el derroche de Allende.

La "araña" de Patria y Libertad, como la llamara casi toda la gente, fue a mi juicio un arma de lucha que, en calidad de tal, no tenía por qué ser estéticamente hermosa. Pablo Rodríguez al crearla pudo confeccionar un dibujo de líneas más suaves. No lo hizo porque la batalla contra el marxismo intuía sería dura.

En una reunión pública que tuvo el carácter de constitutiva efectuada el 1º de abril en el Estadio Nataniel, inició, a escala nacional, sus actividades este Frente. Los dos discursos de fondo estuvieron a cargo de Pablo Rodríguez y Jaime Guzmán, este último un joven abogado independiente que ahora asumía el cargo de Jefe de la Juventud.

La elección municipal del 4 de abril, donde la Unidad Popular obtuvo el 49,23 por ciento de los votos, confirmó la tesis que si no existía unión entre los sectores

democráticos, lenta pero progresivamente, el marxismo ganaría terreno hasta hacerse fuerte e imponer su tiranía.

El mismo día de la elección un hecho anunció los métodos que el oficialismo aplicaría en el futuro contra quienes ayudaren, participaren o formaren parte de este Frente. Cuando se disponía a viajar, se detiene en el aeropuerto de Pudahuel, en medio de un masivo despliegue policial, a Roberto Zúñiga, fundador de Patria y Libertad, un hombre que, arriesgándolo todo, estuvo siempre al lado del nacionalismo. Posteriormente se probó que no había justificación alguna para la medida. Su delito consistía en haber ayudado a Pablo Rodríguez y al periodista Rafael Otero. Y esto era imperdonable para el gobierno de Allende.

Hasta las oficinas del movimiento llegaron una mañana de mayo dos personas que pidieron hablar con el presidente de Patria y Libertad. La secretaria les manifestó que no se encontraba presente, pero que regresaran al día siguiente. La escena se repitió por dos veces consecutivas, hasta que en la cuarta oportunidad obtuvieron la anhelada entrevista. Sus múltiples preocupaciones impedían, muchas veces, a Pablo Rodríguez atender con prontitud y diligencia a los miles de adherentes que a diario se acercaban hasta esa oficina.

La conversación con los dos desconocidos fue breve. Ambos manifestaron su buen deseo de contribuir con la tarea emprendida por el Frente Nacionalista. Se identificaron como pequeños industriales mueblistas sin militancia en partidos políticos. Rodríguez les dio la bienvenida y desde ese mismo instante Roberto Thieme y Roberto Allende comenzaron a trabajar por la causa nacionalista. Al primero, que manifestó aceptar cualquier actividad, se le encomendó la labor de vender el "Ensayo Programático", folleto que condensaba los principios, objetivos y aspiraciones del movimiento. Y al segundo la tarea, nada fácil, de recolectar fondos entre quienes estuviesen dispuestos a hacerlo.

El ingreso de los dos Robertos fue una inyección de fuerza a Patria y Libertad. Personalmente Thieme salió

a la calle y voceó, junto a otros jóvenes, el folleto que a los pocos días se agotó. Su segunda función consistió en pintar en los muros de Santiago y luego en los del resto del país, el símbolo del Frente Nacionalista. En menos de un mes había cumplido con extraordinaria eficacia la misión gracias a un invento, más tarde copiado por otros sectores, y que consistía en la confección de un timbre gigante de moltoprén o espuma plástica, el cual se impregnaba de pintura negra y se estampaba en las paredes.

Ernesto Miller se unió a Roberto, su hermano por parte de madre, en el transcurso de los días que precedieron, convirtiéndose también en un inquieto dirigente juvenil.

3º

El 8 de junio un comando marxista asesinó a Edmundo Pérez Zujovic, cuando junto a su hija se dirigía en automóvil a su oficina. Uno de los autores del crimen, integrante de la Vanguardia Organizada del Pueblo, VOP, Arturo Rivera Calderón, había sido indultado por Allende el 18 de diciembre de 1970 a través del decreto Nº 2071, que sólo pudo ser cursado por la insistencia del Mandatario y de todos sus ministros en razón de la objeción de la Contraloría General de la República.

En ese entonces Allende adujo que el indulto procedía porque los inculpados —en su mayoría responsables de asaltos a mano armada con resultado de muerte— eran "jóvenes idealistas" que con el ascenso del "Gobierno Popular" ya no tendrían necesidad de seguir delinquiendo.

Fui amigo de Edmundo Pérez. Lo conocí cuando integraba el gabinete de Eduardo Frei. En los buenos y malos momentos estuve junto a él por considerarlo un hombre recto. El contacto con él me permitió apreciar sus cualidades de demócrata, sus características de bondad y su serenidad para el análisis de los grandes problemas nacionales. Su anhelo era que Chile fuese una grande y próspera nación, ejemplo de justicia social y convivencia.

Su limpia gestión como Ministro del Interior —que le permitió varias veces ocupar la Vicepresidencia de la República— lo transformó en blanco dilecto del ataque canallesco de los sectores marxista-leninistas que gobernaron el país.

Desde el mismo instante en que asumió la cartera de Interior, una gigantesca y bien montada campaña orquestó en contra de Edmundo Pérez toda clase de infamias. El caso más relevante fue, quizás, la posición del diario castro-socialista "Ultima Hora". En 1965 destinó una página a destacar las virtudes de Pérez Zujovic. Más tarde el mismo diario, en la misma página, le atacaba en forma artera. Esa es la moral marxista.

Días antes de ser ultimado a balazos, el mismo diario, propiedad de tres ministros de Allende, tenía preparado un ataque increíble en contra de Pérez para transformarlo en blanco de quienes serían sus victimarios. Pero estos se adelantaron.

Los comunistas que siempre reclamaron cuando eran gobierno un respeto que jamás prodigaron con nadie, fueron los más duros enemigos del ex ministro, lo que contribuyó a hacer de él un personaje estimado y querido por quienes veían el avance marxista.

Hombre de una línea, franco y abierto, no supo nunca de posiciones blandas o ambiguas o actitudes conciliatorias con quienes jamás respetaron las normas del juego democrático. Sabía mejor que nadie que el país, luego de asumir Allende, sufriría una crisis de proporciones. Identificaba al marxismo como el peor enemigo de las libertades, pero su lucha se enmarcó siempre en los esquemas

disciplinarios de su partido, el Demócrata Cristiano, donde tenía tantos o más enemigos que fuera de él.

Fue el comunismo criollo el que lo apodó como el "hombre de la mano dura". Su firmeza de carácter, que muchos de sus camaradas jamás han demostrado, lo llevó muchas veces a transformarse en el gobernante por excelencia. Esto nunca se lo reconocieron los que de la politiquería han hecho su razón de vivir.

Tranquilo, intuitivo, Edmundo Pérez fue su propio arquitecto. Comenzó a trabajar a los 17 años en la fábrica de baldosas de su padre en el norte del país. Encalleció sus manos como cualquier trabajador. No pudo asistir a la Universidad, pero supo hacer de la vida y sus experiencias la mejor escuela para forjarse su propio destino. Su fortuna personal la logró al cabo de una vida de intenso esfuerzo, en la cual siempre estuvo al lado de su partido por el cual luchó hasta verlo en el poder.

En su hogar —donde estuve varias veces— había sencillez y buen gusto. Su familia, pese a las múltiples actividades y preocupaciones empresariales y políticas, siempre contaba con él, ya que sabía medir en su exacta proporción sus responsabilidades. Su muerte dejó un vacío en ese hogar que no se ha llenado ni se llenará, aunque su recuerdo como esposo y padre sigue siendo permanente.

Como ministro supo granjearse las simpatías y el respeto de sus subalternos. Sabían que su criterio y sentido común jamás le permitirían cometer una injusticia. Y si un error empañaba su imagen, tenía la hombría de reconocerlo y enmendarlo.

Los sectores marxista-leninistas sabían de las cualidades de Edmundo Pérez y conocían exactamente que su imagen de autoridad y respeto aumentaría cuando la situación del país se hiciera crítica. Por eso se le marcó a fuego. Los ataques arreciaron en su contra cuando ya estaba al margen de la política contingente y sólo era un militante de su partido.

También sabían sus enemigos que el Partido Demócrata Cristiano reaccionaría en exacta proporción al tipo

de hombres que estuviesen dirigiéndolo. Si éstos eran blandos, miedosos, calculadores y conciliadores, ésa sería la posición democratacristiana. Pero si esos hombres eran duros, de actitudes firmes y claras, tal sería la actitud del partido mayoritario de la oposición. El tiempo fue demostrando con posterioridad que el marxismo no se equivocó.

La violencia materializada en el asesinato de Edmundo Pérez se generó en el caldo de cultivo de una violencia intelectual, que, nacida desde las mismas esferas del Gobierno y del propio Allende, fue marcando a fuego a otros hombres que tuvieron el coraje de enfrentar cara a cara al marxismo-leninismo.

El crimen ha sido siempre el argumento usado por los marxistas para acallar a sus adversarios. La mentira y la infamia, el descrédito de las personas y el ataque aleve son los pasos previos.

Diez días antes que lo mataran estuve con Edmundo Pérez en su oficina. Veía con angustia los pasos dados por el Gobierno y estaba decidido a reiniciar sus afanes políticos para contribuir a poner atajo a esto. No lo alcanzó a hacer.

Impresionado por la muerte de Pérez Zujovic, decidí comprometerme aun más en la batalla que se libraba contra el marxismo. Hasta aquel día lo había hecho en forma pública por intermedio de Radio Balmaceda e independiente y anónimamente en la edición de alguna literatura de circulación restringida destinada sólo a dirigentes gremiales y sindicales, parlamentarios, diarios, radios y revistas de oposición. Fue el caso de "Alerta", boletín confeccionado en papel roneo e impreso en un modesto mimeógrafo de cajón que se despachaba por correo. Supuestamente lo editaba el "Centro de Información sobre el Comunismo", C.IN.CO., organismo privado del cual aparecía como su director. La verdad es que era su único miembro y ejercía todas las funciones. Esto no lo sabían los comunistas que detectaron uno de los cuadernillos, lo que fue suficiente para lanzarme, a través del columnista del diario "El Siglo", Eduardo Labarca Godart, la con-

sabida acusación de "agente de la CIA" que "por encargo de la Embajada yanqui" publica el mencionado boletín. Estos burdos ataques, a los cuales uno termina por acostumbrarse, no hacían más que provocarme risa, puesto que en la realidad se trataba de una contribución personal a la lucha antimarxista, que financiaba con parte de mis ingresos profesionales, el aporte de amigos como Sergio Baeza, propietario del mimeógrafo y otros que regalaban papel roneo, tinta, sobres y estampillas.

A mediados de junio me reintegré a las filas de la Democracia Radical. Hasta ese momento, a juicio personal, los partidos democráticos bien poco o nada habían hecho para denunciar, contener y repeler los abusos en que ya estaba incurriendo el Gobierno de Allende. Pero de nada valía sólo criticar. Se hacía imprescindible romper esa actitud de inacción y para lograrlo era menester estar dentro de los partidos y no como simple observador.

Al Partido Radical ingresé en Curicó en 1957 y renuncié en 1965 en Santiago, de la misma forma como lo hicieron miles de mis correligionarios al observar la penetración de que era objeto el radicalismo de parte del comunismo con la complicidad de dirigentes como Anselmo Sule, Orlando Cantuarias, Carlos Morales, Patricio Valdés Bastidas, Hugo Miranda, Alcides Leal, Alberto Baltra y otros.

Fundada la Democracia Radical, me sumé a su juventud, de la que fui fundador, creyendo que esta colectividad surgía para rescatar la auténtica doctrina radical. Pero pronto caí en cuenta de que, si bien entre sus organizadores había hombres de probada trayectoria democrática, el fin claro por el que nacía a la vida ciudadana era meramente oportunista, ya que se respaldaba la candidatura de Jorge Alessandri, el cual, según todos los cálculos, sería el futuro Presidente de la República. O sea que se había creado un partido que ya estaba repartiendo algunos ministerios, subsecretarías, intendencias y otros cargos. Frente a este cuadro opté por alejarme y aportar, al margen de candidaturas, mi cuota de trabajo en favor de la democracia, escribiendo varios documentos que probaban cómo

el Partido Comunista fue el artífice de la Unidad Popular y de la postulación de Salvador Allende.

Una tarde de junio conversé con Rafael Señoret, a la sazón diputado y presidente de la Democracia Radical, y le expuse mi deseo de cooperar con el partido en ese momento en que muchos, por conveniencia, se habían alejado. Acogió gratamente el ofrecimiento y en los mismos términos lo hizo, a la semana siguiente, Julio Durán, que reemplazó a Señoret, el cual me otorgó toda clase de facilidades para las iniciativas propuestas.

En el intertanto, conocí a Pablo Rodríguez. Un amigo, Sergio Naranjo, me lo presentó por expresa petición mía. El motivo era simple. Patria y Libertad editó en ese mes un documento anónimo que llevaba por título "El Mito Marxista", síntesis casi perfecta de una serie de inepcias acerca del marxismo-leninismo. Ambos sostuvimos dos reuniones, en las cuales, además de expresarle las razones por las que creía que dicho documento no cumplía su cometido, charlamos animadamente respecto de lo que podría ocurrir en el país en el resto del año. Pablo tenía la convicción que al finalizar 1971 la situación haría crisis, siendo los principales promotores de ella los sectores más exaltados del gobierno. Por otra parte consideraba a los partidos de oposición sin posibilidad alguna de detener a los marxistas, puesto que mientras los primeros actuaban ajustándose a la legalidad vigente los segundos sencillamente se la saltaban sin tapujos. Discrepé de las dos opiniones. Con una por la presencia comunista en el Gobierno y con la otra porque los partidos, siempre y cuando reaccionaran y actuaran unidos, estaban en condiciones de frenar, por medio del parlamento y la movilización de masas ciudadanas, el proceso desatado por Allende.

Si bien Pablo se equivocó en su apronte de la crisis, yo lo hice en el de los partidos.

En un tercer encuentro con Pablo conocí a Roberto Thieme, que ya ocupaba el cargo de Secretario General, y quien reiteró una invitación del primero en el sentido de que dejara la Democracia Radical y me adhiriera a Patria y Libertad, invitación que rechacé.

Continué trabajando en mi partido, fundamentalmente, en la formación de su juventud, que presidía Emilio Edwards, y en la difusión interna de pautas de organización para las asambleas, en la teoría casi trescientas y en el hecho no más de treinta.

Ocho horas al día dediqué a la Democracia Radical. Por las noches trabajaba en radio Balmaceda, emisora que en ese mes fue vendida por Jorge Yarur al Partido Demócrata Cristiano con el objeto de que dicha colectividad lograra lo que difícilmente su propietario podía obtener: la renovación de la concesión de su onda larga.

En las "Garantías Constitucionales", aceptadas por Allende, se contemplaba que los partidos políticos podían poseer medios de comunicación de masas propios. Esta cláusula obligaba, en el fondo, al Gobierno a otorgar a los democratacristianos la nueva concesión, la misma que éstos habían negado en 1969 a Yarur cuando era Ministro del Interior Patricio Rojas.

A mediados de septiembre comprendí que en la Democracia Radical estaba perdiendo mi tiempo inútilmente. Dos meses de trabajo fueron suficientes para demostrarme que mis correligionarios no reaccionarían tan fácilmente. Vivían otro mundo, una realidad diferente, donde el caudillismo y la ambición personal cumplían un papel importante.

Por esos días ya las mujeres en general, y las dueñas de casa en particular, intuían el desastre económico y social que se avecinaba. Paulatinamente se iba apoderando de ellas un sentimiento de rebeldía contra los conductores y principales responsables del Gobierno. La simple observación de este hecho, que lo palpaba en mi propio hogar, fue la mejor pauta para encauzar mi actividad futura en tal sentido.

Convencido de que serían las mujeres las primeras en dar la voz de alarma de los peligros que amenazaban a Chile, creé el programa radial "Cinco Minutos de Actualidad para Ud. Señora". Su finalidad básica fue hablarles a las mujeres, a las dueñas de casa y entregarles, en forma simple, elementos de juicio sobre la angustiosa realidad del

país. No había intención política partidista y, por el contrario, se fomentaba la participación en las colectividades democráticas o movimientos que estuviesen dispuestos a luchar contra el Gobierno.

Aunque Radio Balmaceda no respaldó la iniciativa, permitió el arriendo de un espacio de cinco minutos, que durante diez días fueron financiados por Diego Portales Frías. Como el dinero se acabó, lo propio sucedió con el programa. Dos días más tarde un grupo de señoras, encabezado por Helga García, se apersonó a la emisora y al tener conocimiento que por el factor económico había desaparecido la audición, se dió a la tarea de recolectar fondos. Y el 14 de octubre reaparecía el primer espacio en la historia de la radiotelefonía nacional financiado por sus propias auditoras. Semanas más adelante se constituyó en torno a ese programa el Frente Nacional de Dueñas de Casa, FRENDUC, que reunía a mujeres de clase media e incluso pobladoras de los más diversos sectores del Gran Santiago, de efímera pero no por ello menos sacrificada, combatiente y activa existencia luchando por Chile.

En noviembre, con motivo de la Primera Convención Nacional de la Democracia Radical, a la cual asistí, palpé en toda su realidad el drama de los partidos no marxistas. Desde el inicio de este torneo se perfiló una sutil división entre sus delegados. La mitad se alineaba junto al senador Julio Durán y la otra mitad lo hacía en torno al abogado Jorge Ovalle Quiroz. El enfrentamiento entre los dos bandos no se dejó esperar y cuando se procedía a la elección de la nueva Junta Ejecutiva Nacional éste afloró en toda su magnitud. Durán, que buscaba la reelección como presidente las emprendió contra Ovalle y sus seguidores. El resultado, logrado casi a bofetadas, fue el triunfo por "secretaría" de Durán y sus adláteres.

Este espectáculo grotesco me contrarió. Resultaba increíble que mientras en Chile se acentuaba cada día más el régimen socialista marxista, con grave riesgo para todas las instituciones fundamentales del país, los políticos

no marxistas se desgastaban en peleas intestinas, producto del caudillismo y la defensa de posiciones personales.

Desde aquel día sentí el más profundo desprecio por aquellos que de la política han hecho una profesión y por sus instituciones, los partidos, centros de rencillas que a nada bueno han conducido al país en los últimos años.

4º

El "Manifiesto Nacionalista", primer intento serio destinado a condensar las bases programáticas e ideológicas de "Patria y Libertad", vio la luz pública en noviembre del 71 bajo la firma de Pablo Rodríguez. Hasta ese instante tales aspectos estaban contenidos en declaraciones públicas, discursos y algunos documentos menores. Pero era imprescindible entregar a los chilenos un trabajo algo más elaborado que borrara la imagen interesada que se estaba formando del nacionalismo.

Las concepciones nacionalistas no constituían novedad en nuestro país. Su mejor expresión, en el pasado, fueron los planteamientos de Jorge Prat, que intentó aglutinar a la masa de hombres y mujeres independientes sin lograr éxito y cuando éste pudo coronar una vida de sacrificios a su conductor, lo sorprendió la muerte.

Patria y Libertad tomó las banderas del nacionalismo cuando la democracia liberal, sustentada en los partidos políticos, hacía crisis. Y así se reconoció en el "Manifiesto Nacionalista", explicándose, además, en qué consistía esta ideología.

"El nacionalismo —decía éste— es una respuesta chilena a los problemas chilenos. Es una ideología política cuya única inspiración es nuestra propia realidad y que, por consiguiente, rechaza toda ingerencia de ideas foráneas o de sectas internacionales. Cada país tiene su propia ideología nacionalista de acuerdo a sus características y su forma de ser... Si históricamente ha habido nacionalismos totalitarios (fascismo, nazismo), ninguna vinculación puede atribuírsenos con ellos. Nuestra lucha es por un nacionalismo democrático y libertario, porque nadie puede negar que el pueblo de Chile ama la libertad y la democracia y se encuentra habituado a vivir en un régimen de derecho que excluye la arbitrariedad y el absolutismo del tirano, llámese dictador o comité central del partido."

El "complot del silencio", como lo he llamado, impidió que el país conociera desde sus inicios los planteamientos de Patria y Libertad. El marxismo gobernante se había impuesto la tarea de desfigurar esta ideología, antítesis de su internacionalismo, y continuó repitiendo majaderamente sus mentiras. Los partidos tradicionales, como el Nacional o Demócrata Cristiano, mantuvieron un silencio cómplice roto en algunas oportunidades sólo para sumarse, indirectamente, al ataque generalizado contra este movimiento.

Los fundamentos programáticos del Frente Nacionalista podían resumirse en los siguientes puntos:

- Un Estado integrador al servicio de todos los chilenos sin excepción que promoviera un reencuentro fraternal de los sectores sociales, políticos y económicos.
- Un gobierno autoritario que, sin ser una dictadura, impusiera disciplina social, hiciera cumplir, sin excepción, las normas impersonales que regulan la actividad social del hombre, sancionando a sus infractores.

- Una empresa integrada donde capital, trabajo y técnica participaran equitativamente en ella hasta transformar al trabajador, por medio de una programada transferencia de capital, en prácticamente su dueño.
- Y una democracia funcional en la cual participen los partidos políticos en proporción a su militancia efectiva, que es lo que realmente representan, otorgando a las organizaciones naturales de trabajo e intereses —gremios, estudiantes, asociaciones laborales— el derecho también a participar en la estructura política del Estado en igualdad de condiciones.

Las expresiones ideológicas vertidas en el "Manifiesto Nacionalista" fueron la mejor respuesta a la ruindad de calificar a Patria y Libertad como un movimiento "derechista" o "ultraderechista", entendiendo ambos conceptos en su acepción de sinónimos de defensa de intereses económicos, de regresión a un pasado de injusticia social, o defensa de posiciones políticas conservadoras, desgastadas, añejas o inactuales.

Pero ruines los hubo en todas las épocas y barricadas y jamás se extinguirán. Movidos por su pequeñez humana, no les importó enlodar a un conjunto de chilenos que, arriesgándolo todo, tuvieron siempre como norte a Chile y su pueblo.

El solo hecho de preconizar que el sistema empresarial capitalista vigente en nuestro país sufriera una transformación tan sustancial como es la de pasar a manos de sus trabajadores, borraba de una plumada el calificativo de "derechista" de Patria y Libertad. Este traspaso paulatino del capital al trabajador, no por vía de la expropiación o el despojo arbitrario, implica que el capitalista —que recibe una compensación— se transforme en un factor dinámico de la economía.

Pese a todo, hasta el mes de diciembre el Frente Nacionalista recibió el ataque sistemático de todos los órganos de expresión del comunismo y el socialismo. Se involucró a sus dirigentes en toda clase de hechos turbios, adjudicándoseles, de paso, la paternidad de la ma-

yoría de las acciones o actitudes de los sectores opositores.

Mas, esto no fue suficiente para acallar la voz de este movimiento, que continuó frenéticamente su labor de enfrentar abierta y en forma pública a los enemigos de Chile, alertando a la ciudadanía de los pasos dados por el gobierno de Allende.

Nuevos elementos se adhirieron durante 1971 a Patria y Libertad, varios de los cuales con el correr de los meses se transformaron en sus dirigentes. John Schaeffer, Juan Eduardo Hurtado, Sergio Caballero, Alicia Díaz del Río, Saturnino López y otros, en su mayoría profesionales jóvenes, empleados o comerciantes, engrosaron las filas del nacionalismo.

Fidel Castro, el dictador comunista de Cuba, llegó a Chile el 10 de noviembre y, aun estando él en el territorio nacional, el 1º de diciembre las mujeres salieron a la calle mostrando la valentía y el coraje que a muchos hombres faltó. Fue la ocasión en que el marxismo dio a conocer de manera práctica su cobardía y métodos gangsteriles, ya empleados en oportunidades anteriores, aunque esta vez acentuados en su máxima expresión.

Pasadas las 18.30 horas de ese 1º de diciembre, una gigantesca columna de mujeres comenzó a movilizarse hasta el centro de la ciudad. Se iniciaba así la que más tarde se conoció como "Marcha de las Cacerolas". Fue una mezcla de ingenio, protesta y, por qué no decirlo, buen humor. Se exteriorizaba, marchando, la desesperación de los sectores femeninos ante la falta de los más elementales productos alimenticios necesarios para la mantención de un hogar. Pero a la vez se repudiaba el sectarismo, de que hizo gala el marxismo, contra los trabajadores, funcionarios o empleados. Paralelamente se daba el primer y significativo grito de alerta frente a las turbias maniobras destinadas a controlar por parte del Gobierno la industria del papel.

A las 19 horas todo era normal. Autorizada por el gobierno la marcha se desarrollaba en perfecto orden. Minutos más tarde, sin embargo, quedó de manifiesto co-

mo dramático hecho para la historia la cobardía marxista. Parapetados en el cerro Santa Lucía, comunistas y socionalistas atacaron a nuestras mujeres lanzándoles piedras y ácido y golpeándolas, a continuación, con garrotes y cadenas.

Patria y Libertad, que a disgusto de algunos participó con sus mujeres en esta marcha, salió en defensa de las agredidas, demostrando con esa actitud que estaba preparado como movimiento para enfrentar al marxismo en cualquier terreno. La defensa no fue todo lo efectiva que se quiso, pero evitó la consumación de hechos aún más graves.

Daniel Vergara Bustos, Subsecretario del Interior, y comunista de 30 años, intentó vanamente hacer aparecer a las mujeres marchantes como agresoras y a los agresores como agredidos. El embuste, sin embargo, tan burdo, no convenció a nadie.

Casi a medianoche del 10 de diciembre, Radio Balmaceda fue clausurada por un comentario que a mediodía hice en el espacio que arrendaba. El oficialismo, por intermedio del Secretario General de Gobierno, Jaime Suárez, impuso la medida aduciendo graves ofensas al Presidente de la República y a las Fuerzas Armadas. Fue mi primera querella por infracción a la ley de Seguridad del Estado y al Código de Justicia Militar.

¿Qué molestó tanto al gobierno marxista en aquella ocasión? He conservado el comentario que motivó esa querella. Su texto constituye la primera denuncia pública de los trajines comunistas por infiltrar las Fuerzas Armadas:

"La mayoría de las revistas trata esta semana el tema de las Fuerzas Armadas chilenas. La verdad es que se trata de un tema interesante a la luz de los nuevos vientos que corren en nuestro país desde el 4 de septiembre de 1970.

"Para un rápido vistazo a la situación de nuestras Fuerzas Armadas hay que partir de la base de que Chile es un país que está en tránsito al socialismo, y agregar el hecho que el socialismo en sí es una etapa de tránsito

hacia una tercera fase que es el comunismo. Esto último es lo que el señor Presidente de la República jamás dice. Señala en sus discursos el señor Allende que estamos en vías al socialismo, pero no aclara que el socialismo al que nos quiere llevar el señor Presidente es sólo una fase, más corta o más larga —según sean las condiciones políticas, económicas, sociales, geográficas e incluso étnicas de un país— para llegar al comunismo.

"Y en esta etapa de tránsito, que es el socialismo, las Fuerzas Armadas, y especialmente el Ejército, cumplen un papel, una tarea.

"El señor Allende dice por ejemplo que las Fuerzas Armadas deben integrarse a las tareas del pueblo. Pero no dice que el Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea deben comprometerse políticamente con el gobierno y con la ideología política de ese gobierno. Y en esto es muy claro el marxismo-leninismo. Lenin trata en más de una ocasión, en forma extensa, el tema, y de ello no hay que sorprenderse. Cuando se afirma que las Fuerzas Armadas deben ser controladas políticamente, no hay que asustarse. Por el contrario, ésa es una de las etapas que se deben cumplir.

"El marxismo-leninismo establece que los jefes de las Fuerzas Armadas, que la plana de generales, debe ser adicta a esta doctrina para ser consecuente con los cambios que se experimenten en la etapa socialista y, posteriormente, en el comunismo. No es de extrañarse, por ejemplo, que aquellos oficiales de alta graduación que no son adictos al actual gobierno estén en vías de ser llamados a retiro.

"Conversaba hace algunos días con algunos amigos que me informaron que el gobierno actual, a los pocos días de asumir el poder, había iniciado toda una investigación interna en las Fuerzas Armadas para saber quiénes eran los oficiales adictos a la causa marxista y quiénes no lo eran. La tarea la tuvieron, y la tienen aún, a cargo personas de la policía civil de investigaciones que ha confeccionado nóminas de todos los generales, coroneles, te-

nientes coroneles, capitanes y tenientes que son partidarios del régimen y que no lo son.

"Como digo, esto es parte de la ideología marxista y no hay por qué extrañarse. El gobierno actual que está empapado de marxismo, es consecuente con su ideología al realizar tal encuesta.

"A mí no me ha extrañado la revista "Patria Nueva", que se edita en la socialista comuna de San Miguel, y que tiene por tarea, precisamente, ir sembrando política en las Fuerzas Armadas, proceso que es lento, pero del cual a la larga se obtienen frutos. Todo esto de a poco está ocurriendo en nuestras Fuerzas Armadas, aunque a algunos oídos castos no les guste oírlo cuando se dice públicamente."

La denuncia que había hecho se basaba en antecedentes obtenidos de muy buena fuente, la cual me entregó amplios detalles respecto del trabajo político que, principalmente, los comunistas realizaban en las filas del Ejército. Esto guardaba estrecha relación con literatura que el Partido Comunista estaba repartiendo a sus militantes, entre la que se encontraba un manual publicado en español por la Editorial de la Agencia de Prensa Novosti, de Moscú. En él se daban las pautas para la penetración comunista en las filas uniformadas.

Tres meses después el diario "El Mercurio" ratificó los antecedentes que había adelantado en mi audición, al revelar documentos incautados a un individuo llamado Patricio Cueto Román, militante activo de la Juventud Comunista.

Antes de finalizar el año 1971 el Ministro de la Corte de Apelaciones Hernán Cereceda me sobreseyó definitivamente por considerar que en el comentario no se contenían pasajes abusivos que configuraran los delitos penados por la Ley de Seguridad del Estado y el Código de Justicia Militar.

Durante el proceso debí recurrir a los servicios profesionales del abogado Alejandro Serani, al cual se le cancelaron cinco mil escudos por sus honorarios. Este detalle no tendría ninguna importancia si no fuese porque

ese dinero, del que no disponía, logró reunirse escudo a escudo por las mujeres del FRENDUC, en su mayoría gente de recursos modestos, que hasta la misma noche del 24 de diciembre vendieron Pan de Pascua, con cuyas ganancias se pagó la deuda.

El 19 de enero del 72 desapareció definitivamente del aire la audición que mantenía en Balmaceda debido a las presiones ejercidas por Belisario Velasco, Delegado del Partido Demócrata Cristiano ante la emisora y Secretario General de dicha colectividad.

Velasco buscó, por todos los medios, el cierre de mi programa. Su posición, no disimulada por cierto, obsecuente con el marxismo, llegó en algunos casos a extremos increíbles. Cuando la visita de Fidel Castro al país, me pidió abiertamente que no lo atacara porque era muy amigo de los funcionarios de la embajada cubana, a los cuales, incluso, les ayudó a buscar casas en Santiago para que se instalaran. Su relación con el régimen comunista de La Habana surgió durante el gobierno de Eduardo Frei, donde ocupó el cargo de Gerente de la Empresa de Comercio Agrícola. Sus continuos viajes a la isla caribeña en calidad de agente comercial le permitieron gozar de la hospitalidad del tirano, la que fue retribuida al viajar éste a Chile en términos de silenciar a quienes podían atacarlo, actitud que en términos oficiales adoptó la Democracia Cristiana, presidida entonces por Renán Fuentealba.

A instancias de las auditoras del programa, en el diario "Tribuna", del Partido Nacional, apareció una información en la cual se hablaba del cierre de mi programa, aduciéndose como razón de él el hecho de que su creador "no tiene pelos en la lengua para decir las cosas claras ni siquiera en las negras horas que está viviendo el país". Tan cierto resultó esto último, que tres meses después, por la misma causa, me despidieron de ese periódico a expresa petición del presidente del Partido Nacional, Sergio Onofre Jarpa.

Una mañana, a mediados del mes de febrero de 1972, llegó hasta mí un joven que se identificó como Juan

Eduardo Hurtado. Venía representando a Pablo Rodríguez. Muy parcamente me dijo éste que tenía interés en conversar conmigo, para lo cual me invitaba a una reunión en calle Rafael Cañas Nº 214.

Por esa fecha ya había ingresado como periodista al diario "Tribuna". Aunque no me unía vínculo ideológico alguno con sus propietarios, tampoco profesionalmente me separaba nada en especial. En Radio Balmaceda, por otra parte, no tenía seguridades de continuar, puesto que los democratacristianos, con las excepciones de José de Gregorio y Waldo Mora, indirectamente estaban presionando para que dejase el cargo que ocupaba.

Sin saber el objeto de la reunión, concurrí a ella y conversé con Pablo Rodríguez. Este ya estaba en conocimiento de la suspensión de mi programa, lo que motivó que me ofreciera un espacio de cinco minutos en Radio Agricultura, sin costo y con absoluta libertad para plantear mis opiniones, las que no necesariamente debían ajustarse al pensamiento de Patria y Libertad. Además puso a mi disposición la revista del movimiento, cuyo segundo número aparecería en la siguiente semana. Acepté complacido ambas ofertas. Y no podía ser de otra manera.

Hasta esa fecha ninguna radio de Santiago, incluida la Agricultura, había admitido arrendarme espacio. En Cooperativa, por ejemplo, Julio Gutiérrez, a quien conocía hacía varios años, me manifestó que no existían obstáculos para recibirme en esa emisora, pero que, de todas formas, lo consultaría con Carlos Figueroa, ex ministro de Eduardo Frei, el que me avisaría cuándo podía comenzar. Todavía espero el llamado de Figueroa. Posteriormente tuve conocimiento que la Directiva del Partido Demócrata Cristiano impidió mi acceso a esa radio.

Durante febrero y marzo sólo sostuve contactos con Pablo Rodríguez, con quien afiancé amistad en esas semanas, imponiéndome, de paso, de sus ideas y de las concepciones que animaban al Frente Nacionalista. La verdad es que comulgaba plenamente con todas ellas, lo cual me llevó a comprometerme sin problemas con el movimiento.

Patria y Libertad en aquella fecha experimentaba un crecimiento vertiginoso de su militancia y simpatizantes. En todas las provincias surgían nuevos grupos que adherían y comenzaban a trabajar. En Santiago la sede de Irene Morales se hizo pequeña para desplegar todas las actividades y el mismo día que mantuve la reunión con Pablo Rodríguez, en el hecho, se inauguraba la casa de Rafael Cañas.

La mayoría de las personas que contribuían con Pablo era gente joven. Juan Eduardo Hurtado, funcionario de carrera en el Banco Central, después de sus labores diarias se dedicaba a los aspectos financieros del movimiento; Jorge Rencoret tenía en sus manos la publicidad; Marcelo Maturana, era el Director de la revista; los periodistas Carlos Prieto y Alberto Callis K., escribían los libretos de un programa radial; Celso Ferrada, también periodista, se ocupaba de las publicaciones de prensa. Ese era Patria y Libertad, donde Pablo y Roberto Thieme constituían las dos más altas jerarquías.

Con fecha 15 de abril renuncié, voluntariamente, a Radio Balmaceda, emisora en la cual cada vez se me hacía más difícil expresar mis ideas, la mayoría de abierta crítica al gobierno.

Y el 1º de mayo me despidieron del diario "Tribuna". Buscando un burdo pretexto, como fue el que había descuidado las informaciones relativas a la reunión de la UNCTAD, materia que se me señaló oportunamente no interesaba al periódico, Raúl González Alfaro, el Director, me comunicó que se prescindía de mis servicios profesionales. No tuvo, para hacerlo, la hidalguía, el decoro o la sinceridad de reconocer que la medida considerada como injusta por el propio gerente, Gonzalo Eguiguren, era la respuesta política del presidente del Partido Nacional, Sergio Onofre Jarpa, a las críticas que, en mis comentarios en Agricultura hiciera contra esa colectividad.

En efecto, en esa semana se discutía en la Cámara de Diputados un proyecto de ley que permitía, por medio de un impuesto, el financiamiento de las radioemisoras.

La iniciativa beneficiaba, principalmente, a las radios en poder de la oposición. Al someterse a votación el proyecto en sesión plenaria de la Cámara, éste se perdió por la inasistencia de seis diputados nacionales. Tal hecho no podía menos que indignar. Al día siguiente, "sin pelos en la lengua", como dijera una vez el mismo diario "Tribuna", las emprendí contra esos parlamentarios, destacando su irresponsabilidad. Esto no fue del agrado del señor Jarpa.

A fines de marzo y en medio de un espectacular operativo policial fueron allanadas las tres sedes de Patria y Libertad. En esa semana se preparaba una segunda marcha de mujeres, a la cual el movimiento había adherido.

El allanamiento, parte de un plan destinado a distraer la opinión pública, se efectuó en la madrugada del 24 de marzo, y no tuvo los resultados esperados por el Gobierno, el que, desesperadamente, trataba de probar la existencia de grandes cantidades de armas en poder del Frente Nacionalista. La policía, luego de destruir muebles y descerrajar puertas, sólo se incautó de dos pistolas, una sin balas y la otra en mal estado, y detuvo a Roberto Thieme en los instantes en que éste salía de la sede de Irene Morales, y a otros once militantes.

Pablo, que fue avisado a medianoche del operativo policial, se encontraba en su departamento de Avenida Américo Vespucio y, en los momentos en que éste era allanado, logró escapar en automóvil, con un amigo, atravesando un cordón policial. El 25 se entregó en forma voluntaria a los tribunales de justicia.

A los cinco días de incomunicación, Pablo y Roberto Thieme salieron en libertad. Sin embargo, el Gobierno, a través de su Ministro del Interior, Hernán del Canto, y del Subsecretario de esa cartera, el comunista Daniel Vergara, montaron una gigantesca mascarada exhibiendo el "arsenal" sorprendido a Patria y Libertad, y el cual estaba compuesto hasta por los extinguidores de incendio supuestamente cargados con peligrosos ácidos y no con líquido contra el fuego.

A Ernesto Miller, jefe de la juventud, y Luciano Morgado, jefe de la sede de Irene Morales, se les detuvo tres días más tarde. Pero, como todos los anteriores, obtuvieron la libertad.

Esta vez, como en otras ocasiones, ningún sector político de oposición solidarizó con Patria y Libertad, pese a que se tenía plena conciencia que la actitud oficialista carecía de justificación.

Mientras Pablo permanecía incomunicado en la Cárcel Pública, escribió el último capítulo de su libro "Entre la Democracia y la Tiranía", en el cual ampliaba las concepciones ideológicas del movimiento. Este libro apareció en mayo.

5°

Si efectivamente existió, no me consta. Pero lo cierto es que nos preocupó la supuesta existencia del denominado "Plan Mayo", acción que emprenderían los sectores más extremistas del Gobierno de Allende —miristas y una fracción socialista— contra la oposición.

Internamente Patria y Libertad realizaba un ajuste de sus cuadros dirigentes en ese mes de mayo. Pablo Rodríguez estaba fuera del país por razones profesionales y el movimiento había quedado en manos de Roberto Thieme su Secretario General.

Desconocía hasta esa fecha quiénes conformaban la Comisión Política del Frente Nacionalista, de la cual emanaban las líneas políticas seguidas por el movimiento. Thieme me reveló que en ella además de él, Hurtado y Pablo estaban Eduardo Boesch, Gisela Silva y Jaime Guz-

mán. Estos últimos tres, a quienes conozco pero con los cuales no me une ninguna amistad, se distanciaron posteriormente por discrepancias con Pablo. Boesch, según me lo manifestara en una ocasión, quería hacer de Patria y Libertad la CUT del Partido Nacional. Guzmán, partidario de un gremialismo híbrido y sin contenido ideológico, en lo público manifestaba que nada tenía que ver con el movimiento aunque en lo privado seguía en directo contacto con Pablo Rodríguez, con el que coincidía en la mayoría de sus planteamientos.

La nueva Comisión Política, cuyo primer problema al que debió abocarse fue el temido "Plan Mayo", quedó integrada por el Jefe Nacional, en esos días ausente, Roberto Thieme, Juan Eduardo Hurtado, John Schaeffer, Sergio Caballero, Jorge Rencoret, Iván Arteaga, Saturnino López, Jorge Sibisa y yo, que, a esa altura, estaba integrado del todo a las actividades nacionalistas.

Según antecedentes, que no sé de donde emanaron, el MIR más una fracción del Partido Socialista movilizarían en ese mes todos sus campamentos de pobladores en una acción destinada a provocar abiertamente un enfrentamiento con la oposición. No se sabía la fecha, aunque todo hacía preveer que ésta sería antes del 21, día en que Allende pronunciaría su segundo Mensaje ante el Congreso Pleno.

De acuerdo al mencionado plan los extremistas pretendían dar muerte a algunos dirigentes políticos democráticos, creando con ello una situación de caos en Santiago y principales ciudades del país. Ante esto la oposición reaccionaría, produciéndose enfrentamientos. Estallada la violencia, el Gobierno, que hasta ese instante se mantendría en calidad de espectador, impondría severas medidas contra los partidos y movimientos democráticos culpándolos de cuanto hubiese ocurrido y denunciando el desbaratamiento de un plan, cuya finalidad sería atentar contra el régimen legalmente constituido. Por otra parte Allende solicitaría a las Fuerzas Armadas su respaldo para restablecer la paz en el país y disolver el Congreso Nacional, colocando, además, a los partidos no marxistas fuera de

la ley. El fin último perseguido sería el establecimiento de una forma encubierta de Dictadura del Proletariado.

En sucesivas reuniones de la Comisión Política, efectuadas en medio de severas medidas de seguridad, se analizó en profundidad el plan en cuestión. Cada día que pasaba nuevos antecedentes se sumaban a los ya obtenidos. La conclusión práctica fue prepararse, en alguna medida, ante la posible puesta en práctica de la acción extremista. Se ordenó la inmedita fabricación de bombas incendiarias del tipo "molotov" y un recuento de las armas con que cada militante disponía para su uso personal. Todas las prevenciones adoptadas apuntaban a la defensa familiar que era a lo más que podíamos aspirar. Se suponía que el principal blanco de la agresión lo constituirían los sectores residenciales.

Un domingo en la mañana se nos avisó que un contacto del Partido Demócrata Cristiano deseaba entrevistarse con nosotros. Roberto Thieme, Hurtado y yo concurrimos a la cita. El contacto era Enrique Krauss Rusque, ex ministro de Frei y miembro del Consejo Nacional democratacristiano. Poseía algunos detalles menores del supuesto plan extremista y su objetivo primordial, al conversar con nosotros, fue preguntarnos si Patria y Libertad estaba en condiciones de repeler al MIR y prestar protección a dirigentes de su colectividad. Respondimos que podíamos defendernos, pero en ningún caso otorgar ayuda a nadie.

Horas después de terminar la reunión nos reímos porque resultaba punto menos que increíble que los mismos que públicamente nos criticaban —no era el caso de Krauss, pero sí de muchos de sus camaradas—, en privado y ante posibles emergencias llegaban a golpearnos la puerta en procura de auxilio.

Toda nuestra preparación más las horas de insomnio que pasamos fueron en vano. Ni en ese mes ni en los siguientes aconteció nada. Sea porque el plan no existía o porque sus protagonistas no aconsejaron prudente ponerlo en ejecución, el hecho fue que Chile continuó su marcha hacia el socialismo marxista sin alteraciones extraordinarias.

La experiencia nos sirvió, por lo menos, para demostrarnos las graves fallas de organización de que adolecíamos.

Los días 10 y 11 de junio la Comisión Política, presidida esta vez por Pablo Rodríguez, sostuvo reuniones continuadas. Con infinidad de antecedentes se analizaron la situación del país y el avance del marxismo. Salimos convencidos de esas deliberaciones que los partidos políticos democráticos poco o nada podían hacer por entregar a los chilenos una solución que frenara los excesos gobiernistas encaminados a lograr el poder político total. La única salida posible la constituía una futura acción institucional de las Fuerzas Armadas y Carabineros que, llevadas por un deber patriótico, terminarían con el proceso de destrucción paulatina del país.

Basándonos fundamentalmente en las expresiones del ex Comandante en Jefe del Ejército, general René Schneider, respecto del papel que a su juicio correspondía cumplir a las Fuerzas Armadas frente a posibles trastornos, comenzamos la tarea de ir creando conciencia en la ciudadanía que la única alternativa real para contener al marxismo sería un futuro gobierno militar.

La Unidad Popular, y muy especialmente Allende, casi a diario aludían el pensamiento del general Schneider. La trágica y desgraciada muerte de aquel distinguido oficial fue explotada demagógica y despiadadamente por todos los personeros de la combinación marxista de Gobierno. El nombre y el sacrificio del general asesinado permitieron a la Unidad Popular predicar su respeto a las instituciones democráticas, las mismas que hipócritamente corroían.

La "Doctrina Schneider" de que hablaba Allende y los dirigentes de la Unidad Popular se remitía exclusivamente a las expresiones vertidas por el general al diario "El Mercurio", en una entrevista que este matutino le efectuó en marzo de 1970 y en la que dijo que el Ejército "es garantía de una elección normal, de que asuma la Presidencia de la República quien sea elegido por el pueblo, en mayoría absoluta, o por el Congreso en caso de

que ninguno de los candidatos obtenga más del cincuenta por ciento de los votos". Insistió, más adelante, que "nuestra doctrina y misión es de respeto a la Constitución Política del Estado. De acuerdo con ella el Congreso es dueño y soberano en el caso mencionado y es misión nuestra hacer que sea respetado en su decisión".

Esas palabras más otras expresiones verbales del general expuestas en una ceremonia en la cual se le condecoró a mediados de octubre del mismo año, fueron mañosamente interpretadas por los jerarcas del marxismo.

Sin embargo, la "Doctrina Schneider" está contenida en términos mucho más amplios y claros en las actas de tres consejos de generales realizados en 1970 bajo la presidencia del entonces Comandante en Jefe del Ejército.

De esas actas he extraído textualmente las palabras del general Schneider en que analiza el momento político en 1970 y la proyección que él hace respecto de la actuación de la institución. Se han omitido sólo aspectos que no dicen relación con la materia que interesa.

Primer Consejo: El día 13 de marzo de 1970 se reunió el Consejo de Generales en la ciudad de Santiago, presidido por el Comandante en Jefe de la Institución, René Schneider. En aquella ocasión, entre otras cosas, el acta respectiva recoge el pensamiento del alto oficial en los siguientes términos:

"En el ambiente político no se tiene conciencia clara de lo que es y significa el **organismo armado**; se le valoriza cuando hay dudas y temores, lo que suele inducir a darle un empleo como elemento policial. Existe la creencia que no es posible ni realizable una guerra y se llega a la conclusión de que el **organismo armado** está de más y representa sólo una carga para la nación; así resulta atractivo difundir un pacifismo negativo del que se habla incluso en los organismos internacionales.

"Se preconiza el desarme equivocado, creando una mentalidad dentro del elemento civil, del político, que llega a oponerse a los requerimientos del **organismo armado** para mantener su potencial humano y material."

Más adelante, al tratar sobre el tema del cambio social, el general Schneider dice:

"Esta crisis social que se está originando en el país busca un sistema que pueda llevarla adelante con buen éxito. Incluso se ha visto que hay sectores que piensan que las ideologías imperantes están en decadencia y que no son capaces de absorber el ritmo que se le desea imprimir a estos cambios, y es allí donde se ha hecho aparecer al **organismo armado** como una alternativa.

"Es importante, entonces, definir con claridad si el **organismo armado** es o no una **alternativa de poder.**

"En nuestro país vivimos bajo un régimen legal que ha sido impuesto, aceptado y operado por el pueblo, por la nación; en este régimen se define con absoluta precisión el sistema por medio del cual el país elige y se da sus gobernantes; en este proceso legal, las Fuerzas Armadas deben actuar como garantía y respaldo de su realización normal y justa; por consiguiente resultaría absurdo que mientras impere este sistema el **organismo armado** fuera también una **alternativa de poder,** porque incluso sería hacer uso de la fuerza que el país le ha entregado con otros fines. Frente a una situación de absoluta anormalidad tendrá que analizarse el caso particular para resolver también un cambio de esta actitud legalista".

Segundo Consejo: El día 23 de julio de 1970 se reunió nuevamente el Consejo de Generales, presidido por el Comandante en Jefe del Ejército. En esta oportunidad el acta recoge las siguientes expresiones del general Schneider:

"Se estima que una conclusión de estos dos importantes aspectos analizados —los hechos ocurridos y el estado anímico, doctrinario, disciplinario y moral de la Institución— es que no se puede tener la certeza absoluta de contar con la Institución sólidamente cohesionada frente a un requerimiento de un empleo futuro. Existe casi la seguridad y la certeza de que la Institución va a tener que emplearse y entonces sería bochornoso que frente a un requerimiento no se obtuviera una respuesta ciento por ciento positiva de todos sus componentes; que hubiera

dudas o una reacción débil o que se tuvieran disensiones en diferentes niveles dentro de las Unidades".

Más adelante el general Schneider reitera su posición legalista, negando que las Fuerzas Armadas sean una alternativa de poder y afirmándose en que la Constitución Política del Estado establece "en forma muy clara la vía por la cual deben renovarse los diferentes poderes del Estado", pero agrega en su exposición:

"Para cumplir con este cometido se les ha entregado a las Fuerzas Armadas poder representado por sus armas y, fundamentalmente, por un Mando absolutamente independiente para que, en cierto modo, pueda servir de árbitro en el cumplimiento de estos preceptos legales; en consecuencia, al hacer uso de estas armas, de estos poderes, para también asignarse una opción para llegar a la conducción del país, implica simplemente un desconocimiento y, aun más, una traición al país que le ha entregado esta tarea y que confía en su cumplimiento integral e imparcial; luego, mientras se viva en régimen legal, las Fuerzas Armadas de Chile no son una **alternativa de poder".**

Pero a renglón seguido el general Schneider aclara su pensamiento anterior al agregar:

"Es conveniente, sin embargo, dejar claramente expresado el hecho de que ésta posición y éste pensamiento eminentemente legalista tiene como única limitación el hecho de que el Poder del Estado que se está sustentando y respaldando abandonara su propia posición legal; en este caso, naturalmente, las Fuerzas Armadas que se deben a la nación, que es lo permanente, más que al Estado, que es lo temporal, quedan en libertad para resolver el problema, o frente a una situación absolutamente anormal y que lógicamente se sale de los marcos en que se ha planteado el régimen que sustenta la conducción del país".

Tercer Consejo: El día 7 de septiembre de 1970, inmediatamente después de las elecciones presidenciales se reúne el Consejo de Generales, siempre presidido por el Comandante en Jefe del Ejército, general René Schneider.

Esta reunión, probablemente la más importante de las tres, consigna en sus actas las siguientes palabras del distinguido oficial hoy desaparecido:

"Según muchos, el nuevo régimen (se refiere al régimen marxista. N. del A.) iría a lapidar a nuestra Institución; la iría a deshacer, no saben si en forma brusca o paulatina. Pero lo cierto es que, a la larga, el Ejército desaparecería.

"Este negro panorama lo están difundiendo dentro del personal por todos los conductos a su alcance, a fin de que en determinado momento alguien alce la voz para decir que la única forma de salvar a la Institución sería de que el nuevo régimen no suba al poder.

"Esta situación es sumamente curiosa, ya que mientras no existió en forma real este peligro, los políticos, que tenían la obligación de palparlo, ya que estaban viviendo en forma muy directa el ambiente, nada hicieron, y todos estaban dentro del marco legal. Ahora que el ambiente se puso un poco raro y ocurrió lo que muchos pensaban pero que nunca en su fuero interno lo concibieron, resulta que todo está cambiado. Ese es el juego político que se está haciendo y que se va intensificando día a día".

Más adelante refiriéndose concretamente a los resultados electorales del 4 de septiembre, el general Schneider expone:

"Hemos aceptado el veredicto de las urnas y reconocemos y apoyamos en estos momentos a dos postulantes a Presidente de la República y que son los que obtuvieron las dos primeras mayorías relativas: el señor Allende y el señor Alessandri. Legalmente le corresponde al Congreso Nacional decidir cuál de los dos será el futuro Presidente de Chile, y a quien elijan ahí, sea quien sea, lo debemos apoyar y respaldar hasta las últimas consecuencias.

"Ahí si, que ante cualquier situación anormal, desde el punto de vista legal que se produzca, la Institución deberá actuar decididamente, ya que ésa es nuestra obligación, incluso por la fuerza, sin términos medios de ninguna especie".

En seguida el general Schneider se plantea en forma directa el futuro de las Fuerzas Armadas y muy crudamente afirma:

"Sé, con mucha razón, que la inquietud actual del personal, especialmente de los oficiales, es el futuro de la Institución. Existen dudas y ello es muy explicable.

"Indudablemente que debe ser así, ya que cambiaría totalmente el sistema imperante; de un régimen democrático, pasaríamos a otro de un tipo diferente donde existen otras posiciones y expectativas, y entonces es lógico colegir que se presentan dudas e incluso temor.

"No está claro el cuadro en esto, ya que no hemos vivido nunca en un sistema así, de manera que es explicable que se piense qué va a hacer del Ejército, de su estructura en general. Naturalmente que, en principio, es de toda lógica también, que para respaldar esta inquietud se tome como antecedente lo que ocurre en determinados países en que existe este sistema.

"Todo lo que se puede conjeturar sobre ello está en el ámbito de lo subjetivo; pueden existir mil cábalas, miles de suposiciones. Puede haber desde la extrema, en que se dice que de aquí a dos meses la Institución va a ser descabezada para transformarla bruscamente en un Ejército político; a la otra que esta transformación sea lenta y paulatina, o una tercera, en que no pase nada o un mínimo, y se le mantenga como un Ejército profesional tal como lo es en la actualidad.

"Cualquiera de estas posibilidades puede darse; cómo va a ser en la realidad, nadie lo sabe, ya que hasta el día de hoy no ha habido de parte de los que dirigen este movimiento un pronunciamiento muy claro y preciso al respecto".

Hasta aquí las citas medulares de la opinión del ex Comandante en Jefe del Ejército. Ellas configuran la denominada "Doctrina Schneider", la cual podría sintetizarse en los siguientes términos:

- Las Fuerzas Armadas y de Orden en Chile son eminentemente profesionales y no políticas.

- Las Fuerzas Armadas y de Orden constituyen un factor de garantía respecto del fiel y justo cumplimiento del sistema legal.
- Las Fuerzas Armadas y de Orden se hallan al servicio de la Nación más que del Estado, porque lo primero es lo permanente y lo segundo lo transitorio o temporal.
- Las Fuerzas Armadas y de Orden deben actuar siempre que se quebrante el orden legal para restablecerlo, o en caso de una grave anormalidad nacional.

Nuestra posición provocó las iras de la Unidad Popular y del Gobierno. También causó malestar entre los políticos que aun soñaban con salvar al país de manos del marxismo, situación que, en cierta medida, ellos mismos contribuyeron a que se diera en Chile.

6°

Alguien dijo en una ocasión que la tragedia del Partido Demócrata Cristiano se sintetizaba así: sus dirigentes son más izquierdistas que sus militantes, y éstos más izquierdistas que sus simpatizantes.

Cierto o no lo anterior, el hecho es que los militantes del Partido Demócrata Cristiano vivieron en junio del 72 un drama que los tocaba muy profundamente. Mientras ellos eran víctimas de la persecución y el sectarismo marxista en las empresas estatizadas, intervenidas o requisadas, sus dirigentes —entre los que se contaba a Renán Fuentealba, Felipe Amunátegui y Sergio Saavedra— buscaban un entendimiento con Allende que, para fortuna de la oposición y desventura de la Unidad Popular, fracasó rotundamente.

Patria y Libertad, por quien algunos dirigentes democratacristianos no sentían ninguna simpatía, se adelantó a otros sectores democráticos y denunció, públicamente, estos trajines políticos cuando éstos recién comenzaban. Pronto se creó una fuerte corriente de opinión pública que obligó a los directivos del PDC a desahuciar las conversaciones con los marxistas.

Tras este "diálogo", entre el partido mayoritario de la oposición y el Gobierno, se encontraba la mano del Partido Comunista que buscaba un entendimiento con la democracia cristiana con el solo fin de consolidar algunas posiciones del oficialismo, estrategia esta que en el futuro volvería a ponerse en juego sin resultados.

Los sectores izquierdizantes de la democracia cristiana no nos perdonarían nunca el haber contribuido, en alguna medida, a frustrar ese entendimiento UP-DC-PC, que de prosperar habría significado un paso importante para los objetivos marxistas.

El frustrado "diálogo" puso tirantes las relaciones democratacristianas y nacionales. Estos últimos, hay que reconocerlo, habían mantenido siempre frente al gobierno de Allende una actitud sin claudicaciones que perduró hasta los últimos días de esa administración.

La primera manifestación de la tensión existente entre ambas colectividades quedó de manifiesto en las elecciones de la FECH, donde fracasó toda gestión tendiente a lograr un bloque de oposición. En razón de ello surgieron tres candidaturas no marxistas: la democratacristiana, la nacional y la del Frente de Acción Gremial.

Consecuente con sus postulados, que planteaban la despolitización de todos los gremios, organismos laborales y centros de actividad, Patria y Libertad se inclinó, sin condiciones, compromisos ni pactos por el Frente de Acción Gremial, lo que no fue del agrado del Partido Nacional que en una primera instancia creyó que contribuiríamos con nuestros votos a su lista. El malestar se materializó en una virulenta crítica de Hermógenes Pérez de Arce al Frente Nacionalista, a través de un comentario en Radio Agricultura, y donde se señalaba al Frente de Acción Gremial

como creación de Patria y Libertad. En el fondo se nos acusaba de divisionistas, lo que resultaba ridículo, puesto que los que no habían logrado la unidad no éramos nosotros sino ellos.

El Frente de Acción Gremial, en el que no teníamos ingerencia alguna, respondió a Pérez de Arce ocupándole su propio espacio radial, lo cual provocó las iras del consejero del Partido Nacional, que lo llearon a renunciar a la emisora, aunque a los tres días estaba de vuelta.

Por nuestra parte nos vimos obligados a entrar en una polémica que era legítima pero que lesionaba los intereses de la oposición. Dimos respuesta a Pérez de Arce en nuestros programas de radio en términos incisivos pero animados de una intención amistosa. Mas no se le interpretó así y entró a terciar esta vez Juan Luis Ossa, presidente de la Juventud Nacional, quien en inserciones en los diarios democráticos respaldó a su correligionario Pérez de Arce, expresándose en términos imprudentes, necios y presuntuosos contra Patria y Libertad. Otro tanto hizo el diario "Tribuna".

Pero aun no había concluido la ácida polémica con los nacionales, cuando un segundo hecho, del que tampoco fuimos sus iniciadores, ahondó nuestras diferencias con la democracia cristiana.

Habitualmente la juventud de Patria y Libertad salía a la calle los días sábados por la mañana a vender la revista, libros y folletos que contenían nuestros puntos de vista. Era una forma de reunir dinero, crear mística en los jóvenes y difundir el pensamiento nacionalista. Muchachos y muchachas, provenientes de diversos sectores de Santiago, vestidos con blue-jeans y camisa blanca y portando banderas chilenas, se apostaban en las arterias de mayor tránsito. Pronto la idea fue imitada por la juventud de los partidos democráticos y sin problemas cada grupo, por acuerdo tácito, ocupaba un sector diferente.

La mañana del sábado 8 de julio Ernesto Miller, jefe de la juventud del Frente Nacionalista, como de costumbre salió con sus jóvenes a la Avenida Costanera. Para-

lelamente los nacionales hicieron lo mismo en Providencia y finalmente llegó un grupo de la juventud del PDC.

A eso de las 11.40 un dirigente democratacristiano se acercó a Miller y le manifestó su deseo de trasladar su gente a la Costanera. Miller, en el mejor de los tonos, le pidió que no lo hiciera para evitar problemas. Después de todo a Patria y Libertad le asistía el mejor derecho por haber llegado primero. La respuesta fue que la calle no era terreno privado de nadie y menos de los "fascistas". Previendo un incidente, Miller reiteró su petición señalando esta vez que el sábado siguiente Patria y Libertad cedería gustoso la Costanera y se trasladaría a otro punto. Todo fue en vano y con un "no les tememos a los fascistas", el joven democratacristiano dio media vuelta y se marchó.

Nuestra juventud no la constituían, precisamente, jóvenes de la clase alta, sino muchachos y muchachas estudiantes de las clases media y trabajadora. Sin diferencias sociales de ninguna especie el movimiento preconizaba la unidad que debía partir en la familia, continuar en la sociedad y proyectarse a la patria. El uniforme, si es que así podía llamársele al pantalón azul y la camisa blanca, borraba cualquier característica que hiciere sobresalir algún rasgo social. La disciplina que se impartía era aceptada por todos de buen agrado porque apelaba a la razón y el sentimiento más que a la fuerza. Junto con entregarse a cada militante una dosis de doctrina a través de nuestra revista, folletos y libros, se le incentivaba a que fuese un buen y responsable estudiante y un respetuoso hijo, inculcándosele la idea que por sobre cualquier interés primero estaba el del país. Como regularmente éramos objeto de ataques, cuando se salía a la calle, por parte de los marxistas y considerando que había muchachas que cuidar y defender, a los más responsables de los jóvenes se les impartían clases de defensa personal.

Miller regresó a la costanera y puso en alerta a su gente, conminándola a evitar cualquier incidente, aunque con la condición que si eran agraviados de hecho, podían reaccionar.

A los diez minutos aparecieron los democratacristianos en actitud amenazante. Uno de ellos se acercó a una muchacha de Patria y Libertad y trató, de malas maneras, de desplazarla del lugar que ocupaba. Esto puso tensos los ánimos. Algunos gritos contra el "fascismo" y un alegato entre dos abanderados y la gresca estaba armada. Resultado final: tres democratacristianos heridos de un total de once que fueron a dar a la Posta Central. Reacción al día siguiente: Patria y Libertad provocó y agredió a indefensos jóvenes del PDC.

La verdad fue diferente. La provocación había sido premeditada y uno de sus principales instigadores era, nada menos, que Jaime Hales, dirigente universitario democratacristiano y quien, durante el régimen marxista, lució una peculiar y exótica postura izquierdista, no sé si por afinidad con su hermano Patricio, dirigente comunista de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile o por esnobismo. El hecho más significativo que demostraba con claridad que también los comunistas sabían lo que ocurriría ese día fue la presencia, no por mera casualidad, de reporteros de los diarios "El Siglo" y "Puro Chile" que se solazaron captando fotografías, usadas posteriormente para continuar enlodando a nuestro movimiento.

Bajo el título "Por la Unidad de los Demócratas" emitimos el 12 una declaración en que llamábamos a deponer diferencias, explicando que no estaba en nosotros crear divisionismos, que respondimos al comentarista del Partido Nacional porque fue él quien nos aludió primero y que el incidente con los jóvenes democratacristianos no lo habíamos provocado nosotros. Terminábamos diciendo que "si el enemigo marxista aplaude y exalta nuestras diferencias es porque se servirá de ellas para derrotarnos y aplastar la libertad".

Dos meses después, en septiembre, un nuevo incidente ocurrido en Temuco ya no con jóvenes, que por su vehemencia pueden cometer errores, sino esta vez con adultos responsables que se supone saben lo que hacen y dicen, nos dejó en claro que nuestro sacrificio y entrega a la causa de la libertad y la democracia sólo lo comprendían

aquellos no contaminados por el juego excluyente de los partidos políticos.

Se preparaba en la capital de Cautín la "Marcha de la Mayoría", manifestación de repudio al gobierno y a su política de destrucción sistemática del país.

El día anterior a la mencionada marcha se publicó en el diario "Austral" de Temuco una inserción en la que se sostenía que "Ni el señor Díaz (se refería a Eduardo Díaz, jefe provincial de Patria y Libertad) ni el señor Pablo Rodríguez han adherido a esta concentración, y menos aun han sido aceptados por nuestras colectividades democráticas de oposición". Más adelante se decía: "No pueden protestar contra la violencia quienes hacen de ella un instrumento para sus propósitos antidemocráticos. Sólo la democracia salvará a la democracia". Esta increíble inserción llevaba la firma de todos los partidos de oposición.

Sin siquiera protestar, los dirigentes provinciales del movimiento resolvieron no participar en esa concentración, para la cual, según declaraban sus organizadores, se requería de invitación. Pero en las horas siguientes se superaron las diferencias redactándose dos nuevas inserciones que corregían la ligereza de la primera. Sin embargo, la democracia cristiana, propietaria mayoritaria de acciones en el diario local, impidió la publicación de ellas. Nuevas explicaciones resolvieron los inconvenientes y Patria y Libertad por radio hizo un llamado a sus militantes a asistir a la marcha.

La provincia de Cautín, y fundamentalmente su capital, Temuco, constituían en la región sur del país la expresión más fuerte y sólida del nacionalismo que preconizaba Patria y Libertad. Su jefe provincial, Eduardo Díaz, junto a personas como Jaime Billa y Félix García habían realizado un trabajo tesonero y abnegado conquistándose la adhesión de amplios sectores de pobladores, campesinos, pequeños propietarios y comunidades indígenas. Todo esto llevaba a pensar a muchas personas la posibilidad que Pablo Rodríguez fuese candidato a senador por la zona y Eduardo Díaz a diputado, situación que de pro-

ducirse lesionaba el interés personal de varios políticos y en especial de uno: Renán Fuentealba.

Disciplinadamente los nacionalistas se sumaron a la reunión pública con banderas chilenas y estandartes del movimiento. Ubicados desde temprano inmediatamente frente a la tribuna principal esperaron el inicio del acto. Todos los dirigentes y políticos llegaron casi juntos. Al subir Fuentealba al estrado inmediatamente exigió, bajo amenaza de retirarse, que Patria y Libertad se fuese. Sergio Onofre Jarpa se levantó de su asiento y arrebatando el micrófono a Eugenio Velasco, que se disponía a hablar, irrumpió y a viva voz simplemente echó a nuestros militantes, a los que calificó de intrusos y "agentes provocadores del Gobierno". Por dignidad el Frente Nacionalista dio media vuelta y se fue de la reunión, la cual culminó con un encendido discurso de Velasco, ex allendista y quien, seguramente rememorando ese pasado reciente, dijo que esa marcha no había sido convocada para "fascistas".

Todos estos hechos, relatados pormenorizadamente, constituyeron horas duras y amargas para quienes, con toda buena fe, entregábamos nuestro esfuerzo desinteresado a la lucha contra el marxismo.

El egoísmo partidista fue más fuerte, en algunos momentos, para los políticos que el interés por Chile. Sin embargo, lentamente estas querellas se fueron superando y nuestro lenguaje, calificado en más de una oportunidad como extremista, fue el mismo que en el futuro usaron la totalidad de los chilenos.



"En la segunda ocasión me aplicaron electricidad en los testículos y en los oídos. Esta vez usaron dos magnetos en razón de que uno no había sido suficiente para hacerme hablar. Cuando a uno le aplican electricidad, le ponen un cable en cada dedo chico del pie, otro en el pecho, y uno más tras cada oreja. La sensación es realmente horrible. Uno cree que se va a morir. Pareciera que el cuerpo está a punto de reventar en mil pedazos. A lo único que se atina es a gritar y a contorsionarse. Los gritos se los ahogan con un trapo de lana que le ponen en la boca. Con ello evitan que uno se muerda la lengua y queden signos visibles de la flagelación."

El relato puede ser crudo pero fue una pesadilla que durante la administración de Allende vivieron muchos,

hombres. La tortura física, signo de decadencia humana y bestialidad y método habitual en los regímenes tras la Cortina de Hierro, fue aplicada más de una vez contra nuestros militantes. Patricio Jarpa, 26 años, marketing de profesión y dirigente juvenil de Patria y Libertad se transformó en víctima de tales atrocidades. Detenido sin orden de ninguna autoridad competente el 4 de octubre de 1972 por la noche, se le sometió por casi 18 horas a las más bestiales torturas.

La detención de Patricio Jarpa se produjo no por policías civiles de carrera, sino por elementos marxistas que trabajaban para el Gobierno enquistados en el Servicio de Investigaciones. Estos lo trasladaron en un vehículo de la Presidencia de la República hasta el cuartel de General Mackenna, donde se inició su pesadilla.

Al finalizar el mes de septiembre el Gobierno había denunciado la existencia de un nuevo plan que atentaba contra su estabilidad. Principales protagonistas de él eran Patria y Libertad y otros grupos opositores.

Paralelamente el juez del Noveno Juzgado del Crimen de Santiago había impartido una orden amplia de investigación a la policía civil para esclarecer una denuncia de un individuo llamado Jaime Quiroz, que se encontraba detenido en virtud de una demanda por falsificación de documento privado interpuesta por un particular. Quiroz en una ocasión se ofreció en el movimiento para vender revistas. Su modesta condición llevó a Jarpa a aceptarlo con el fin de ayudarlo entregándole un porcentaje del valor de venta de cada ejemplar. Sin embargo, se le sorprendió robando dinero y especies por lo que se le conminó de voz a hacer entrega de ello, amenazándosele de hacer la correspondiente denuncia.

Cuando Quiroz fue detenido a raíz de la denuncia del particular afectado por la falsificación, creyó que era el Frente Nacionalista el denunciante y entonces urdió una truculenta historia en la cual aparecía como apremiado físicamente por dirigentes del movimiento. Fue esta la coyuntura ideal de que se aprovechó el Gobierno para de-

tener a Patricio Jarpa y obtener confesiones que comprometieran a Patria y Libertad.

Sin importar que se trataba de un dirigente político juvenil, a Jarpa se le comenzó a apremiar con golpes de puño bajos mientras se le cubría la cabeza con un capuchón negro para evitar que identificara a sus victimarios. A viva fuerza se pretendía obtener respuestas sobre la existencia de armas, entrenamiento paramilitar, implicancia de los dirigentes nacionales en el complot denunciado por el Gobierno, direcciones de personas, financiamiento de las actitvidades del Frente y lugares de entrenamiento de nuestras supuestas milicias.

Por cuatro veces consecutivas se le aplicó electricidad en los órganos vitales. En dos ocasiones cayó de bruces desmayado por el intenso dolor y presa de la angustia. Sus torturadores creyeron que se volvía loco o estaba a punto de morir. Cerca de las siete de la mañana del día siguiente comenzó de nuevo la pesadilla. En medio de gritos histéricos llovieron las preguntas y vino otra sesión de electricidad. Las voces que interrogaban eran diferentes y en algunos momentos sonaba un teléfono al que se contestaba con prontitud. Un alto personero de Gobierno, interesado en las confesiones que surgieran, al parecer, increpaba a los flageladores que se excedían en explicaciones.

En la tarde Jarpa apenas se sostenía en pie. Actuaron entonces dos individuos que se presentaron como psicólogos. Ambos ofrecieron al detenido toda clase de garantías si confesaba lo que ellos le dictaran, llegándose al extremo de manifestarle que podía trabajar para el Gobierno. Pero nada obtuvieron. Su víctima se mantuvo firme en sus respuestas y negativas pese a las condiciones en que estaba.

Hecho un guiñapo humano fue llevado ante la presencia del magistrado del Noveno Juzgado, que decretó, luego de un interrogatorio breve, su libertad incondicional por no haber méritos en su contra.

En esos días tuvimos conocimiento que un cubano de apellido Iñigues se encontraba en Santiago asesorando di-

rectamente al Gobierno en materia de represión. Este individuo, militante del Partido Comunista de Cuba, pertenecía a la D.G.I. (Dirección General de Investigaciones o Policía Política de la isla caribeña) y su tarea y especialización era el espionaje político, sabotaje, flagelaciones e interrogatorios. Las lecciones las aprendió pronto el lumpen de que se rodeaba el Gobierno y Jarpa sirvió de clase práctica.

8º

Para muchas personas el financiamiento de Patria y Libertad constituía un misterio. En apariencia, el movimiento aparecía gastando fabulosas sumas en difusión, fuese ésta a través de la radio o la prensa, o en movilización de su gente. Pero sólo era una simple apariencia. Los recursos económicos de que disponíamos eran modestos y tratábamos de aprovecharlos en la mejor forma posible. A ello se agregaba la colaboración prestada por radioemisoras y algunos periodistas.

Radio Agricultura, por ejemplo, gracias a Benjamín Matte y Carlos Aston, el primero durante un tiempo miembro del Consejo de la emisora, y el segundo gerente de la misma, no nos cobraba por los espacios que ocupábamos en la programación diaria.

Por su parte, a título personal, Mario Carneyro, director del vespertino "La Segunda", y valiente periodista, nos

favorecía con la publicación de noticias relativas a las actividades de Patria y Libertad y, en muchas ocasiones, salió en defensa nuestra.

La revista del movimiento se imprimía en la Sociedad Periodística de Chile, SOPECH, que nos hacía considerables rebajas en los costos, aceptando en infinidad de veces, cuando no teníamos dinero, que nuestra deuda la canceláramos en el momento en que dispusiéramos de él. En este sentido, de Alberto Lahosa, con el cual nos entendíamos directamente, recibimos ayuda y comprensión.

El dinero que llegaba a nuestra Secretaría General de Finanzas se recolectaba de cientos de personas que, en la mayoría de los casos, aportaba con cantidades pequeñas, pero que igual nos servían. Los militantes, por su parte, cancelaban una cuota mensual que incrementaba los fondos.

Algunos pequeños y medianos industriales, comerciantes y profesionales, convencidos de las ideas que sustentábamos, daban su aporte, con lo que, en febrero de 1973, llegamos a completar un ingreso mensual de setecientos mil escudos, cifra nada extraordinaria con la que debíamos hacer verdaderos malabarismos.

Nunca, como insistentemente se afirmaba, el movimiento recibió dinero de Estados Unidos u otro país, ni de instituciones internacionales o personas que no fuesen chilenos. La infamia, repetida mil veces por el marxismo, creó en mucha gente la sensación de ser una verdad.

Contábamos, eso sí, con un factor gratuito de propaganda: el oficialismo. La constante alusión a Patria y Libertad desde su fundación, influyó para que, rápidamente, Chile conociera a este movimiento.

9º

El paro gremial de octubre, iniciado por los transportistas, fue una mecha que se encendió el 10 de ese mes, y que, al cabo de veintidós días de quemarse, llegó a su fin sin que existiera bomba. La definición puede resultar poco refinada, pero encierra la verdad de lo sucedido.

En el mes de septiembre, y también en agosto, entre los análisis considerados por la Comisión Política del movimiento —organismo que había sufrido algunas modificaciones entre sus componentes, contándose ahora con la presencia de Jorge Lyon, Benjamín Matte, Orlando Sáenz, que sólo asistió a dos o tres reuniones y luego se marginó, Enrique Campos Menéndez y Alvaro Puga, más Pablo, Thieme, Schaeffer, Hurtado y yo— estaba la posi-

bilidad de que surgiera un fuerte movimiento gremial de repudio al Gobierno. Teníamos información que se gestaba un paro, pero no sabíamos con certeza cuándo se iniciaría ni cómo se desencadenaría. Nos constaba que los partidos políticos de la oposición carecerían de toda influencia en él, aunque llevados por las circunstancias se sumarían a la movilización general.

Patria y Libertad no tuvo ninguna ingerencia en el paro de ese mes, y sólo sirvió, durante su desarrollo, como un elemento coadyuvante a lo largo de todo el país.

La organización del movimiento, tanto en Santiago como en provincias, se limitaba a cinco "frentes internos", de los cuales sólo tres eran públicos: el de Hombres, el de Mujeres y el Juvenil. Los otros dos se mantenían en absoluta reserva, por lo menos, en cuanto se relacionaba con sus principales integrantes. Uno, el Frente de Operaciones, lo constituían militantes seleccionados y su papel era de carácter defensivo ante cualquier hecho de violencia provocado por los marxistas durante actos públicos o desfiles. El otro, el Frente Invisible, lo integraban militantes y simpatizantes que, por sus funciones profesionales u ocupaciones, no podían figurar junto a Patria y Libertad. Su función se traducía en informaciones, antecedentes o documentos que hacían llegar hasta la Jefatura Nacional.

Los "frentes internos" trabajaron, en la medida de sus posibilidades, en favor del paro gremial cuando éste se desencadenó. Saturnino López, a cargo del Frente de Hombres; María Olivia Gazmuri encabezando las mujeres, y John Schaeffer, Ernesto Miller y María Eugenia Zañartu con la juventud, batallaron duramente día y noche por el éxito de los gremios.

Terminada aquella paralización, a nosotros, como miles de chilenos, nos quedó la sensación que la victoria no había sido de los gremios, sino del Gobierno, el cual, a nuestro juicio, seguiría adelante en la aplicación de su programa, con todo lo que ello significaba para el país.

Decididos como estábamos a seguir la dura contienda, nos resignamos, dispuestos a no dejarnos amilanar por

una situación que sólo otorgaba más tiempo a nuestros adversarios marxistas.

El balance interno en Patria y Libertad no fue todo lo satisfactorio que se esperaba. Continuábamos desorganizados. Se advertían graves fallas en el Frente de Operaciones. El Frente de Hombres no respondía cuando se requería de su movilización, y sólo las mujeres y la juventud habían demostrado agilidad y destreza en sus acciones, además de coraje y presencia de ánimo.

Pero en el otro lado de la balanza podía ponerse la experiencia adquirida y los nuevos militantes que llegaban, entre ellos gente de gran capacidad, como Marisol Navarro, que junto a Jorge Lyon se dedicó a las finanzas.

Uno de nuestros dirigentes, Juan Eduardo Hurtado, por su actuación en el paro fue despedido del Banco Central, junto a una veintena de sus compañeros, entre los cuales figuraba Patricio Pinto, simpatizante del Frente Nacionalista, y quien, a contar de diciembre, se hizo cargo del Frente de Hombres, dándole organización y un gran impulso.

Al cabo de deliberaciones, destinadas a fijar nuestro futuro, se estimó que si bien Allende y la Unidad Popular daban un paso atrás al incorporar a uniformados a su gabinete ministerial, en ningún caso significaba que el proceso marxista se detenía definitivamente para consolidar lo ya hecho, sino que era una tregua que sólo se prolongaría hasta las elecciones parlamentarias de marzo, para, desde esa fecha, seguir avanzando en términos más acelerados. En consecuencia, la finalización del paro era una solución transitoria para una crisis que inevitablemente llegaría algún día. Por lo tanto, nuestra tesis de que las Fuerzas Armadas y de Orden constituían la única salida definitiva a la situación de caos en que había sumido al país la administración de Allende seguía en pie, y así lo expresamos públicamente en tres concentraciones efectuadas entre noviembre y diciembre. Paralelamente fijamos posición ante el proceso electoral en términos de

no adherir a partidos en general ni a candidaturas en particular, pero llamando a votar por la lista de la Confederación Democrática sin marcar preferencias.

A la elección de marzo del 73 le asignábamos importancia en cuanto a que una derrota sufrida por los partidos democráticos serviría al marxismo para implantar, con mayor celeridad, un sistema de opresión. Sin embargo, teníamos conciencia de que un triunfo democrático, fuese por el margen que fuere, tampoco detendría el avance oficialista y, a lo más, lo frenaría momentáneamente.

Uno de los problemas que quedó en evidencia, por lo menos para nosotros, durante el movimiento gremial de octubre, fue el de las comunicaciones. Ello nos movió en las semanas siguientes al término del paro a experimentar algunas posibilidades en el campo de la radiotelefonía. Contando con la ayuda de algunos especialistas construimos un transmisor de onda larga que operó clandestinamente. Se trataba de un aparato casero de pequeñas dimensiones, montado en un vehículo Austin Mini. Su alcance era de 8 a 10 kilómetros a la redonda. El Ministerio del Interior, a través de la Oficina de Informaciones de la Presidencia de la República, denunció la existencia de la emisora, creando un gran escándalo. Ello aumentó la sintonía de las emisiones, cuya duración no pasaba de los 5 ó 10 minutos cada hora, puesto que a esa altura el equipo comenzaba a recalentarse. Se encomendó al Servicio de Investigaciones la detección de la "radio pirata", y Daniel Vergara, en reunión con periodistas, señaló que la operación se llevaba a cabo con modernos equipos. Nosotros nos reíamos porque, además, contábamos con un monitor que nos permitía interceptar las transmisiones de la policía civil y los radioteléfonos de todos los miembros del Gobierno y la Unidad Popular. Lo había traído al país un militante del movimiento en el mes de abril, luego de comprarlo en Europa, donde son de uso habitual y su valor no supera los 80 dólares, como que se ofrecen en catálogos con todas sus especificaciones. Se los fabrica en Japón.

Con el interceptor de comunicaciones escuchábamos las conversaciones de los policías que se realizaban más o menos en la siguiente forma:

—Hola, aquí habla el inspector González. Por este lado de la avenida Vitacura no escuchamos nada. Cambio.

Y de la central una voz indignada respondía:

—¡Córrase "pa" otro lado entonces! Hay que pillar a esos "gallos" de la radio.

Una nueva voz aparecía desde otro punto.

—Aquí habla el inspector Vega. Con mucha interferencia estamos escuchando la transmisión clandestina. Nos encontramos en Manquehue con Apoquindo.

Mientras tanto, a través de intercomunicadores, nosotros guiábamos a los conductores del vehículo desde donde se emitían las transmisiones. Hubo momentos en que algunas de éstas se hicieron a escasos metros de patrulleras policiales.

Los "modernos métodos" empleados para detectar las emisiones consistían en simples radiorreceptores portátiles que los policías llevaban en sus vehículos.

Lo que nos desconcertó fue que en esos mismos días apareció una radio competidora. Nunca supimos a quién pertenecía, aunque su lenguaje no era, precisamente, a favor del régimen.

En el mes de mayo tuve en mis manos el aparato interceptor. Lo instalé en mi casa ubicada cerca de la residencia de Allende en Tomás Moro. Durante aproximadamente quince días me dediqué a conocer algunos entretelones de la faraónica vida del mandatario marxista. Por esos días el invierno se había hecho presente con toda su crudeza. Un domingo en la tarde, y al cabo de intensas lluvias, las poblaciones más modestas de Santiago ya estaban totalmente inundadas. Como a las cinco el interceptor captó un llamado radiotelefónico a Tomás Moro. Se trataba del Ministro Secretario General de Gobierno, Jaime Suárez:

—Residencia de Tomás Moro, diga no más —señaló una voz que respondía.

—Habla Suárez, compañero. ¿Está ahí el compañero Presidente?

—No, compañero Ministro. Se encuentra desde ayer arriba, en "El Cañaveral".

—¡Comuníqueme inmediatamente con él! —dijo en tono enérgico el Secretario General.

—No se puede, compañero. El compañero Presidente nos tiene prohibido que lo molestemos. Y además no hay teléfono arriba. Sólo tenemos la radio.

—¡Qué me importa a mí que tenga prohibido que lo llamen! Se trata de una emergencia, así es que le ordeno que se comunique con él.

—Muy bien, compañero Suárez. Haré lo que pueda y se lo comunicaré. ¿Usted está en su oficina?

—No; estoy en mi auto. Llámeme aquí.

Un chirrido intermitente me avisó que la conversación había terminado. Suárez, por el tono de su voz, se mostraba visiblemente alterado y molesto. A los dos minutos, usando un equipo de radio que servía de enlace entre Tomás Moro y El Cañaveral, capté el siguiente diálogo:

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola!... ¿Está ahí Chamorro?

—Un momento...

—¿Chamorro?

—Sí, ¿quién habla?

—Tu compadre, "pos", pelotas...

—Dígame no más, compadre...

—Oye; Suárez... Jaime Suárez quiere hablar con el "Jefe". Parece que se armó un "despelote" mayúsculo con la "huevá" de las lluvias. Hay un lote de viejas con el agua hasta el cuello.

—Parece que no hay caso de hablar con el "Jefe". Anoche "agarró" fiesta y está en lo mejor.

—¡Por la cresta! ¿Y qué hago?

—Dile al barbeta de Suárez que se las arregle solo. O mejor dile que el "Jefe" está en una reunión con unos dirigentes del partido y que ordena tome él el control de la situación.

—¡Chis!, "güena" la historia y la "retá" me la llevo yo...

—¿Y qué "querís" que haga? Si este otro está como "tenca" y "cargado a la ternura".

—¿Y está "güena" la fiesta?

—Del uno. Parece que inauguraron unas nuevas alfombras y unos cuadros que son "la muerte" de bonitos.

—Podían sacarle "una alita" a los gastos y darnos más plata a nosotros...

—¡Guarda con lo que "decís"! Te escuchan y te "vay" cortado.

—Bueno, compadre. No lo molesto más. Tómese unos tragos a mi salud. Yo me las arreglaré como pueda...

—¿Ha habido alguna novedad allá abajo?

—No, ninguna. Está todo tranquilo.

—Ókey. Chao.

Unos minutos más tarde un nuevo llamado de Tomás Moro a un radioteléfono se escuchó en el interceptor.

—¿Haló?

—Sí; diga...

—El "compañero" Suárez por favor...

—Un momento. No está aquí en el auto. Lo voy a buscar.

A los dos o tres minutos apareció en el teléfono el Ministro:

—Sí, Suárez al habla...

—Compañero. Lo llamo de Tomás Moro.

—Cómo le fue...

—Hablé con el compañero Allende. Dice que usted tome el control de la situación con amplios poderes. El no puede bajar porque está en una reunión.

—¡Por la "cresta"! Se está inundando todo Santiago; yo estoy embarrado hasta las orejas y el "huevón" no puede bajar porque está en una reunión.

—Lo siento, compañero. Pero ¿qué quiere que le haga? Es lo que me dijo el compañero Presidente.

—Bueno. Llame de nuevo a "El Cañaveral" y dígale a Salvador que me haré cargo del problema. Además infórmele que tenemos una huelga del Colegio Médico, que hay que pararla como sea. Que haga lo posible por

llamar al presidente del Colegio. Si hay contestación me llama de nuevo...

—Muy bien, compañero.

Finalizada esta conversación, por segunda vez se llamó a la suntuosa casa de "El Cañaveral".

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola!... ¡respondan, mierdas!

—¡Qué pasa, qué pasa!...

—¿Está Chamorro?

—¡Chis!, ¿otra vez?

—Llámalo, hombre; llámalo, que la cosa va en serio...

—¡Aquí Chamorro!..., ¿quién habla?

—Su compadre de nuevo...

—¡P'tas que la revuelve usted, compadre!...

—Oiga "iñor" la cosa va en serio. Hay varias poblaciones inundadas y los médicos van a ir a la huelga.

—Ya le dije que no hay caso con el "Jefe".

—Bueno; pero por lo menos avísele lo que pasa porque si no mañana nos vamos a ir de "penca".

—Está bien, está bien. A lo que pueda le voy a informar.

—Chao, compadre.

—Chao...

Hasta las nueve de la noche no hubo otro llamado. A esa hora Jaime Suárez conversó con un funcionario de la Oficina de Informaciones para ordenarle que preparara una cadena nacional de radios por medio de la cual el presidente del Colegio Médico anunciaría la suspensión de la huelga en razón de los fuertes temporales y la calamitosa situación de los sectores más modestos.

Al día siguiente, lunes, en mi comentario en Radio Agricultura, conté, evitando abundar en detalles, las angustias del Ministro Secretario General de Gobierno, señalando que mientras el pueblo de que tanto hablaba Allende, sufría las inclemencias del invierno y era víctima de gripes y neumonías, él se solazaba con buen whisky en mullidas alfombras y frente a una acogedora chimenea.

Previendo que por mis palabras de ese día pudiese interponerse una querella en mi contra, guardé la graba-

ción de los diálogos entre Suárez y el funcionario de Tomás Moro, y los de éste con su "compadre" de "El Cañaveral". Como no hubo querella transcribí con toda fidelidad las conversaciones y las guardé por constituir un documento que demostraba un pasaje de la vida íntima del jerarca marxista, y la forma en que se llevaban los problemas del país en su régimen.

No acostumbro a usar términos prosaicos. Sin embargo, al reproducir los diálogos anteriores, he conservado algunos giros lingüísticos propios de nuestro país, y que, para desgracia del idioma, son casi de uso corriente.

Nuestra radio clandestina dejó de operar por falta de algunos elementos técnicos, manteniéndose posteriormente como un buen recuerdo y un detalle pintoresco en el movimiento.

10º

La acusación de "agente de la CIA", es un manido recurso usado por los comunistas de todas las latitudes del mundo contra quienes se alzan como sus más resueltos enemigos. Por eso aquella mañana de fines de noviembre de 1972 no me sorprendió en absoluto el llamativo titular de primera página de la revista marxista "Mayoría" que rezaba textualmente: "Auto de la CIA en manos de Patria y Libertad". En la información se me sindicaba como propietario del vehículo y vinculado estrechamente a un conspicuo agente del espionaje estadounidense.

Ya en anteriores ocasiones y con motivo de mi constante luchar contra los comunistas en particular y los marxistas en general, se me había lanzado la misma acu-

sación. Pero si bien en esas oportunidades no se trataba más que de meras especulaciones, ahora había algo de veracidad en lo que se afirmaba aunque con las muy particulares distorsiones marxistas que transformaban un mero detalle en una gran novela de espionaje. En efecto, el auto que en ese momento poseía había pertenecido anteriormente a un funcionario de la Embajada de los Estados Unidos. La historia se remontaba al año 1967.

En diciembre de aquel año las provincias de Bío-Bío, Malleco y Cautín se aprontaban a una elección extraordinaria. Había fallecido un senador y era menester reemplazarlo. Por tanto el 17 de aquel mes se efectuarían los comicios. En esos días me desempeñaba como periodista de la revista PEC que dirigía mi amigo y talentoso Marcos Chamudes. Fue él quien me encomendó la misión de realizar un reportaje a esa elección y pronosticar sus posibles resultados en los términos más objetivos posibles. Al día siguiente viajaba a Temuco a cumplir mi tarea.

Durante una semana recorrí las tres provincias, conversé con sus habitantes e incluso hice mis propias encuestas. No cabía duda alguna que de los tres candidatos, el radical Alberto Baltra, el democratacristiano Jorge Lavandero, y el nacional Miguel Huerta, el primero era el seguro ganador aunque con un estrecho margen de votos respecto del segundo. Baltra era apoyado por los comunistas y los socialdemócratas y por una fracción de su partido. Pero el fuerte era el Partido Comunista que en dicha elección estaba efectuando un trabajo muy especial: llevar a cabo el plan piloto de lo que más tarde sería la Unidad Popular. Y en esto creo que es bueno hacer un paréntesis.

Siempre sostuve, y lo mantengo, que uno de los políticos más responsables de que el marxismo haya llegado al poder es Alberto Baltra Cortés. La actitud que posteriormente asumió cuando Allende y su camarilla ya estaban gobernando y destruyendo el país no borra su responsabilidad ante la historia.

Llevado por sus ambiciones personales, Baltra es el prototipo del hombre instrumentalizado por los comunistas. Defensor del Muro de Berlín, siniestra barricada levantada por los comunistas para dividir Alemania; presidente del Instituto Chileno-Soviético de Cultura por varios años; senador elegido con el apoyo comunista —estos dirigieron, organizaron y financiaron su campaña—, tuvo la ilusión de ser candidato presidencial de la Unidad Popular hasta el 5 de enero de 1970 día en que, por encargo de la Comisión Política del Partido Comunista, los senadores Volodia Teitelboim y Julieta Campusano le notificaron que "dadas las condiciones políticas actuales la Unidad Popular no podía producirse en torno al candidato radical", o sea él.

A los comunistas les interesaba el respaldo radical por cuanto ello hacía aparecer a un partido de imagen pública no marxista —aunque internamente ya marxistizado— junto a ellos y los socialistas.

Sin el apoyo radical la Unidad Popular no podía hablar de "pluralismo ideológico", elemento este muy útil publicitariamente y destinado a engañar a mucha gente de nuestra amplia clase media que votó por Allende en 1970 teniendo en consideración, al hacerlo, que el radicalismo y algunos minúsculos sectores supuestamente cristianos servirían de garantía democrática en un posible futuro gobierno de tendencia marxista.

Los hechos demostraron, a poco tiempo de andar el Gobierno de la mentada Unidad Popular, que ni los radicales ni los pseudocristianos pudieron detener, si es que alguna vez lo intentaron, los planes comunistas y socialistas encaminados a hacer de Chile una nueva Cuba.

Si Baltra hubiese sido un trabajador o un hombre sin cultura, carente de los mínimos elementos de análisis político, engañado por la propaganda marxista y la muy particular verborrea de Allende, indudablemente que no lo enjuiciaría de la forma que lo hago. Pero, muy por el contrario, se trata de un profesor universitario, ex Ministro de Estado, economista y de amplia cultura que actuó conscientemente junto a los comunistas y sabiendo que

Allende era un marxista-leninista de toda una vida. No era necesario, por tanto, esperar que los marxistas llegaran al poder para saber cómo actuarían y hasta qué extremos llegarían. El "perdónenme, me equivoqué" o "perdónenme, fui engañado" no valen para el señor Baltra.

Antes de seguir mi relato creo que bueno decir lo que otros han callado por temor, conveniencia política o ignorancia respecto de Alberto Baltra.

Un día antes de regresar de Temuco a Santiago me encontré en el comedor del Hotel Frontera con Germán Gamonal, comentarista político de Radio Portales y que también andaba en la zona en afanes periodísticos. Almorzaba junto a una persona que desconocía. Me invitaron a la mesa y entablamos, como era de suponer, una conversación relativa al proceso político que se desarrollaba en las tres provincias. Gamonal era de la creencia que triunfador de la contienda resultaría el democratacristiano Jorge Lavandero. Sin entrar en abundamiento de detalles repliqué que discrepaba de tal opinión y que, a mi juicio, el futuro senador sería Alberto Baltra. La conversación derivó en otros tópicos hasta que nos levantamos, momento este que aprovechó el tercero de la mesa para entregarme su tarjeta de presentación. Se trataba de Keith Wheelock, Segundo Secretario de la Embajada de los Estados Unidos en Chile.

Regresé a Santiago al día siguiente. El 17 se efectuó la elección y mi pronóstico se cumplió. Baltra aventajaba a Lavandero por más de 800 votos. Tres días después me llamó por teléfono Keith Wheelock para felicitarme e invitarme a almorzar. Desde aquel día nació una relación de amistad que se prolongó por más de dos años. Una vez al mes y en algunos casos cada dos meses almorzábamos o cenábamos en algún restaurante o en su hogar. Nuestras conversaciones siempre giraban en torno a problemas políticos generales para terminar, casi siempre, hablando de pintura, música o literatura. Wheelock era quizás uno de los hombres mejor informados de Santiago gracias a sus innumerables amistades. Por su casa desfilaban con cierta frecuencia políticos radicales como

Anselmo Sule u Orlando Cantuarias, o democratacristianos como Claudio Orrego, Jorge Kindermann o Claudio Huepe.

En agosto de 1969 Wheelock renunció al Departamento de Estado y a su carrera diplomática. Viajó en septiembre de regreso a su país y antes de hacerlo me vendió uno de los tres autos que poseía: un modesto Isetta BMW, más conocidos como "huevos de trolev" por su forma casi redonda y pequeño tamaño. Hechos los trámites notariales lo inscribí a mi nombre en el Conservador de Bienes Raíces. Sin embargo, nunca efectué el cambio en la Municipalidad de La Reina.

Cuando la lucha contra el Gobierno marxista de Allende arreciaba, todos los que de una u otra manera teníamos figuración pública en el movimiento fuimos objeto de una sumaria investigación ordenada por el Ministerio del Interior a fin de buscar los puntos políticamente más vulnerables por donde atacarnos. A mi me encontraron el del "auto de la CIA".

Si Wheelock era agente de la Central de Inteligencia Americana no me consta. Lo que sí sabía era que dependía del Departamento de Estado de los Estados Unidos, organismo este el cual, según se desprende de investigaciones hechas por el propio Senado de ese país, no mantiene relaciones muy cordiales con la CIA.

De los manejos de la CIA sé tanto como un ciudadano cualquiera que regularmente lee los diarios. Jamás he conocido a uno de sus agentes y por ende difícilmente pude o podría trabajar para uno de ellos o para la "casa matriz". Resulta curioso que mientras los comunistas ven agentes de la CIA por todos lados, los no comunistas no los vemos por ninguno.

No me atrevería a afirmar o negar si en Chile funciona la CIA. Confieso hidalgamente que me gustaría saberlo. Y si fuese efectivo que más de algún agente, o subagente, pulula por las calles de nuestra capital me gustaría conversar con él para decirle una sola cosa: si en el pasado tuve mala impresión de este organismo de inteligencia, espionaje o información, o como quiera llamársele, esa impresión en el presente es aún peor.

11°

El nacionalismo se vistió de luto en diciembre. Héctor Castillo Fuentealba, militante activo en nuestras filas, y destacado dirigente gremial de Chillán, fue muerto cobardemente de un balazo por Oscar Carpenter, activista del Partido Socialista y ex miembro de la Guardia de Amigos Personales de Allende, en el transcurso de incidentes provocados por los marxistas en la capital de Ñuble.

Al iniciarse el mes de diciembre del 72, Patria y Libertad comenzó a realizar una serie de giras a provincias con el objeto preciso de explicar la posición del nacionalismo ante las próximas elecciones parlamentarias. Después de efectuarse masivos actos públicos en diversas ciudades de la zona sur, se llegó a Chillán el 20 de ese mes.

Desde principios de noviembre el tema de mayor actualidad era la "pacificación". Desde las diversas trincheras políticas se entrecruzaban fuegos culpándose unos a otros de provocar la violencia. A mediados de diciembre, el senador comunista Volodia Teitelboim había señalado que ésta provenía de los sectores opositores al Gobierno, afirmación sobre la cual basó, posteriormente, su campaña electoral en Santiago.

El 20 los estudiantes de la sede Chillán de la Universidad de Chile realizaban elecciones en su federación. Durante todo el día reinó calma y sólo en las últimas horas de la tarde surgió la tensión al iniciarse los cómputos.

La Jefatura Nacional del movimiento llegó en la tarde a Chillán para concurrir a una reunión interna con los militantes y dirigentes nacionalistas de esa ciudad. La sede, ubicada frente a la Plaza de Armas, a las 21 horas estaba repleta de personas esperando escuchar las palabras de sus dirigentes. Héctor Castillo asistía como militante.

A la misma hora, y por un margen estrecho de votos, los sectores de oposición ya daban por ganada la elección en la FECH local. La Democracia Cristiana Universitaria, segura del triunfo, decidió entonces celebrar la victoria con una concentración y marcha en la Plaza de Armas. Esto irritó a los marxistas.

Terminaba de hablar el dirigente chillanejo Hernán García, y se aprestaba a hacerlo Pablo Rodríguez, cuando piedras, lanzadas desde la calle, irrumpieron en la reunión de Patria y Libertad. Los vidrios saltaron hechos trizas. Rodríguez pidió mantener la calma y ordenó suspender la asamblea. Los incidentes afuera recrudecieron. Una nueva orden indicó a nuestros militantes evacuar la sede y dirigirse a sus hogares.

Los marxistas, al parecer preparados con anticipación para actuar, golpearon a los jóvenes democratacristianos, y una vez consumada la agresión las emprendieron contra la sede de Patria y Libertad. La juventud del movimiento contuvo el ataque por dos horas desde la calle y el

edificio. La llegada de fuerzas policiales hizo replegarse, a los jóvenes y la totalidad de los cuales se marchó a sus casas. Héctor Castillo se dirigía a su hogar cuando fue alcanzado por un disparo hecho, ante varios testigos, por el ex GAP.

Por supuesto que la versión del Gobierno en nada se ajustaba a la realidad de los hechos. Ello motivó la reacción airada de la inmensa mayoría de los habitantes de Chillán, muchos testigos presenciales de lo sucedido, que emitieron declaraciones condenatorias, sobre todo para la persona de Daniel Vergara, que con su habitual hipocresía culpó a la oposición.

Así terminó para Patria y Libertad 1972.

El nuevo año se inició sin mayores novedades. Con los escasos medios económicos de que disponíamos programamos una breve campaña publicitaria para lanzarla 15 días antes de la elección. Mientras, en nuestros programas radiales, en los que hablaba Pablo, Hurtado, Thieme, Schaeffer y yo, intensificamos al máximo nuestra posición de votar por la lista de la CODE en general, y no por partidos o candidatos.

Patria y Libertad se planteó desde su fundación el principio de no participar electoralmente en la lucha contra el marxismo. De una parte porque ya en abril de 1971 se tenía el convencimiento que con ello sólo se lograban victorias aparentes, puesto que a los marxistas no se les detendría en sus propósitos con mayorías parlamentarias o municipales y, por otra, porque el sistema político chileno era excluyente y entregaba en forma única y exclusiva a los partidos el monopolio de agrupar a las corrientes de opinión pública en circunstancias que sólo el 7 por ciento, y quizás menos, del electorado nacional milita en ellos.

Por eso el "Manifiesto Nacionalista" era claro al puntualizar que "en esta etapa debemos actuar colaborando con los partidos políticos democráticos en toda su vasta gama de la acción cívica", y se agregaba que "Patria y Libertad se volcará disciplinadamente en favor de todos los partidos de clara raigambre democrática, sin distin-

ciones o **preferencias de ningún orden,** para fortalecer a las entidades que con mayor vigor frenen el ímpetu totalitario. No celebraremos pactos ni alianzas, porque no caeremos jamás en el estilo limitado y ya tradicional de la política liberal y parlamentaria".

Naturalmente que esas afirmaciones no nos impedían manifestar con libertad nuestra crítica al sistema político —que después de todo por estar agotado permitió el ascenso al poder del marxismo— y a los partidos en general, cauce obligado de expresión ciudadana, que no reflejaban el real sentimiento ni los intereses de las grandes masas.

Sin embargo, los políticos que esta vez iniciaron su trabajo con bastante anticipación —quizás recordando la amarga experiencia de abril de 1971— volvieron, en varios casos, sus ojos hacia Patria y Libertad en busca de un respaldo, aunque fuese extraoficial, pero que se tradujese en votos. Julio Durán Neumann, candidato a la reelección por Biobío, Malleco y Cautín, trató por todos los medios de lograr nuestro apoyo a su postulación. Su hermano Domingo fue el enlace. Esta actitud contrastaba con sus pasados esfuerzos y peticiones por escrito al Consejo de Radio Agricultura, junto con un diputado nacional, destinadas a suspender los programas radiales del Frente Nacionalista en lo que coincidía con Pedro Ibáñez, por estimarlos lesivos al interés de los partidos democráticos. Ahora, en cambio, se trataba de sumar votos y no importaba de quiénes fuesen. Una negativa nuestra terminó las conversaciones. Y en esto no hubo de por medio desquite, sino la lógica aplicación de la actitud de Patria y Libertad de no respaldar a nadie. Si, por el contrario, hubiésemos favorecido a candidatos, de seguro Durán habría representado con mayor aproximación al nacionalismo en las tres provincias del sur.

Esperando, como todos, el mes de marzo y los resultados de la elección nos sorprendió una noticia, en febrero, que nos paralogizó.

12º

Nueve días antes de las elecciones, el viernes 23 de febrero de 1973, a las cuatro de la tarde y cincuenta minutos, Roberto Thieme desapareció de la faz de la tierra sin dejar rastro ni huella ni cosa que se le parezca. El avión que piloteaba, al parecer, se había incendiado precipitándose en algún lugar cercano a la desembocadura del río Itata. Era esta la última posición reportada por él a la torre de control de vuelos de Carriel Sur, el aeropuerto de Concepción.

Del accidente nos impusimos en Santiago a través del diputado nacional Engelberto Frías —no sé cómo lo supo él— quien telefónicamente nos ubicó a Juan Eduardo Hurtado y a mí. En principio no dimos crédito a la noticia, pero minutos después en el aeródromo de Tobalaba obteníamos total confirmación.

Roberto salió la mañana de aquel día junto a John Schaeffer desde el aeródromo de Tobalaba en un avión de ese mismo club a cargo del piloto civil Manuel Balbontín. Hicieron la primera escala en Chillán para dejar a Roberto que se reuniría con los dirigentes del movimiento de esa ciudad. El viaje prosiguió, sin contratiempos, hasta Temuco, donde se quedó John que participaría en otra reunión local. Balbontín regresó de inmediato a Chillán y trasladó a Roberto a Concepción. Aterrizaron en Carriel Sur estacionando el avión en el Club Aéreo y a pie cubrieron la distancia de varios metros hasta el casino del aeropuerto. Los acompañaba el dirigente penquista de Patria y Libertad Sergio Santandreu, que los estaba esperando. Como Balbontín, el piloto, no había almorzado aprovechó que Roberto y Santandreu conversaban para hacerlo. Mientras esto ocurría, Roberto, en un momento se acercó a su mesa y le pidió las llaves del avión a fin de sacarlo del Club Aéreo, donde permanecía con sus puertas abiertas, puesto que se afirmaba que allí trabajaban varios mecánicos militantes del MIR, los cuales fácilmente podrían dañar la máquina. Sin embargo, no bien pasaron algunos minutos, la pequeña aeronave despegaba de la cancha comandada por Roberto. Balbontín, que reconocía en este último a un buen piloto, se inquietó algo pero Santandreu le manifestó que no se alterara ya que el objetivo del imprevisto vuelo era observar desde el aire la zona de Dichato, donde se sospechaba que elementos marxistas, desde hacía un tiempo, usaban esa región para desembarcar armas. Esto calmó a Balbontín que no tuvo más que resignarse a esperar. Calma y espera que duraron muy poco. Quince minutos más tarde la torre de control de vuelos recibió un dramático llamado radial de Roberto:

—Estoy en emergencia. Acabo de sentir una explosión a bordo y tengo un incendio declarado. Pido instrucciones.

El funcionario de la torre de control conminó a Thieme a mantener la calma y dar con exactitud su posición.

—Me encuentro sobrevolando la zona de Dichato frente a la desembocadura de un gran río. Voy en dirección al mar. Hay mucho humo en la cabina...

Fueron las últimas palabras de Roberto antes de cortarse la comunicación. Automáticamente el funcionario que recibió el llamado dio la alerta general a los aviones que pudiesen estar en la zona del accidente, y un helicóptero de la FACh despegó en esa dirección. Mas todo fue en vano. Avión y piloto habían desaparecido.

En tanto en la capital, como en el resto del país, las radios difundían la noticia y los nacionalistas se lamentaban por el fatal accidente que acarreaba la pérdida de un hombre que, como Roberto, supo franquearse respeto, simpatía y cariño.

* * *

El paro gremial de octubre había terminado y esa mañana, como de costumbre, Roberto Thieme llegó temprano a su oficina. Leía los diarios cuando abrí la puerta para saludarlo y preguntarle si tenía alguna novedad. Me respondió con una negativa y me invitó a conversar algunos minutos. Lo hacíamos casi rutinariamente antes de disponernos a trabajar cada uno en lo suyo.

—Creo que este paro nos ha mostrado una gran verdad— me dijo mientras se sacaba los anteojos que usaba para leer.

—¿Y cuál es esa verdad? —le pregunté.

—Es muy simple. Sencillamente no estábamos preparados. Y lo que es peor, carecemos de una organización mínima para afrontar emergencias. Si los marxistas lo hubiesen querido, en este paro nos habrían hecho trizas. Ha sido una lección que tenemos que aprender, y rápidamente. En caso contrario un día de éstos nos van a sorprender con los brazos cruzados y nos barrerán.

Roberto tenía absoluta razón en lo que afirmaba.

Concluido aquel paro, el balance interno en el movimiento no fue todo lo positivo que se esperaba. El Frente de Operaciones, grupo seleccionado de militantes que se suponía tenía preparación y entrenamiento para cum-

plir un rol defensivo y, eventualmente, ofensivo, sólo existía en el papel. En los hechos su efectividad era cero. Innumerables veces dirigentes como el mismo Roberto, John Schaeffer y hasta yo, arriesgaron, durante los días en que estuvo paralizado el país, su seguridad por no tener a quién encomendar misiones delicadas. Eso no era lógico ni razonable y constituía en sí una grave falla de organización.

En las condiciones en que nos encontrábamos difícil sería enfrentarse al marxismo que tarde o temprano, según nuestros antecedentes, llevaría a los sectores de oposición, incluidos por cierto nosotros, a un terreno para el que no estában preparados: la lucha armada.

La presencia en el país de instructores y expertos en guerrilla de nacionalidad cubana, soviética, norcoreana y alemanoriental, detectada por nuestro movimiento, era un indicio claro que el marxismo comunista, mirista, socialista y mapucista estaba en proceso de preparación para un día, no sabíamos cuándo, actuar.

Teníamos plena confianza en las Fuerzas Armadas y, como siempre lo expresamos públicamente, creíamos que sólo ellas podían dar un corte definitivo y patriótico a la destrucción sistemática del país llevada a cabo por el marxismo.

Pero una duda nos quitaba el sueño. ¿Qué ocurriría si las Fuerzas Armadas se dividían en bandos irreconciliables y, para desgracia de Chile, caíamos en el abismo de la guerra civil?

La alternativa, remota quizás, era indispensable considerarla en un análisis serio de la situación por que atravesaba el país. Y aun más, se hacía apremiante prepararse por si se transformaba en una realidad. De ocurrir así, no dudaríamos en ponernos de lado de quienes lucharan contra las fuerzas del régimen encabezado por Allende.

* * *

Cuando con Hurtado llegamos a nuestra sede política de calle Rafael Cañas, ésta se hacía estrecha para conte-

ner a los militantes que a cada momento concurrían a inquirir mayores detalles. Pablo ya estaba en su oficina. Visiblemente conmovido por la mala nueva con que finalizábamos el día, no atinaba a decir palabra. Junto a él se encontraba Helga Thieme, prima hermana de Roberto. También estaban allí Roberto Allende, gran nacionalista y amigo personal del desaparecido, y Jorge Lyon y su esposa Blanca Echeverría, ambos dirigentes, todos los cuales se unían al sentimiento general de aflicción.

Nadie se convencía de lo ocurrido, y en lo más íntimo cada cual abrigaba la esperanza secreta que al día siguiente por lo menos se hallaran los restos del avión, ya que por los antecedentes de que se disponía la hipótesis de un atentado cobraba más fuerza descartándose, progresivamente, la posibilidad de encontrar con vida a Roberto.

Intercambiadas algunas ideas entre los reunidos, Pablo resolvió viajar esa misma noche en automóvil a Concepción en compañía de quienes pudiesen hacerlo. Su intención era ponerse al otro día a la cabeza de las tareas de búsqueda. John Schaeffer, que permanecía en Temuco, y Eduardo Díaz, Jefe Provincial del movimiento en Cautín, harían otro tanto.

Mientras se afinaban los últimos detalles del proyectado viaje, Roberto Allende me llamó a un lado y me conminó a decirle con absoluta franqueza si estaba convencido del accidente. Le respondí que, por muchos detalles, tenía mis dudas. Sonrió y me expresó similares sospechas. No hicimos mayores comentarios y, por acuerdo común, mantuvimos silencio. Ese no era el momento más apropiado para expresar, abiertamente, un juicio que al fin de cuentas podía resultar disparatado.

La búsqueda se reinició el sábado después de las ocho horas. En Concepción ya estaban Pablo y dirigentes de todas las provincias cercanas. Se rastreó la zona y se verificaron datos aportados por lugareños de la región donde se creía podía haber caído el avión. Todo fue infructuoso. Sólo quedaba esperar. Ante esto Pablo regresó a Santiago.

Las radios, la prensa y televisión adictas al Gobierno marxista, por su parte, no podían desaprovechar un hecho como éste y dando rienda suelta a su afiebrada imaginación, comenzaron, sincronizadamente, a repetir que Roberto había sido muerto por orden del movimiento al incurrir en el delito de "alta traición". Los marxistas, como el socialista director del diario "La Nación", Oscar Waiss, que fue el primero en lanzar el infundio, estaban siendo traicionados por su subconsciente totalitario. Creían que como ellos usan ese método para acallar la voz de los dirigentes que disienten en las naciones sojuzgadas por el comunismo, nosotros también lo practicábamos.

En una reunión efectuada el domingo, Pablo dijo que restaba solamente esperar. Un fiscal de aviación investigaba el accidente y la búsqueda, según normas internacionales, era menester que se prolongara por diez días. Cumplido este plazo el caso se cerraba y a los seis meses se debería declarar la muerte presunta.

* * *

La resolución final, una vez agotados los análisis políticos sobre lo que podría ocurrir en el país, fue adoptada por la Comisión Política del movimiento en orden a trabajar en tres líneas de acción paralelas: la primera, a cargo de Pablo, era la pública: John impulsaría la segunda, cuyo objetivo sería obtener la mayor información posible sobre el estado interno de las Fuerzas Armadas; y de la tercera se ocuparía Roberto y consistía en la preparación y organización de un efectivo Frente de Operaciones a nivel nacional.

Veinticuatro horas después Roberto empezó a viajar de norte a sur para intercambiar ideas con los dirigentes provinciales del movimiento, hasta formarse un cuadro real y objetivo de los medios materiales y humanos con que disponíamos.

Pero en medio de sus continuos viajes fue tomando cuerpo en Roberto un plan mucho más ambicioso que la simple organización del Frente de Operaciones, y que se

guardó de contar hasta no estar convencido de él: formar un pequeño gran ejército integrado por grupos comandos entrenados y adiestrados en acciones de combate. Si el desarrollo de los acontecimientos nacionales llevaba, indefectiblemente, a una división de las Fuerzas Armadas, estos combatientes se sumarían al contingente regular de los militares que pelearan contra los marxistas. Al no suceder esto y, por el contrario, los uniformados actuaban armónica e institucionalmente contra la administración de Allende, se les ofrecería el concurso de estos civiles entrenados en calidad de elementos auxiliares. Finalmente, si lo último era desestimado, sencillamente, no participarían en nada. Pero había que estar preparados.

Al finalizar el mes de noviembre Roberto ya estaba resuelto a llevar a la práctica su plan, el que comunicó a John en líneas generales. Este le dio su total aprobación y respaldo.

Los dos problemas más apremiantes que surgían eran la forma en que Roberto debía marginarse de las actividades públicas del movimiento y el lugar donde se realizarían los entrenamientos. Nada de esto podía trascender hacia el grueso de nuestros militantes y menos filtrarse hasta llegar a oídos del Gobierno. El éxito o fracaso de la iniciativa dependía, en gran medida, de la reserva con que se mantuviese ésta.

* * *

Convencido que Roberto estaba muerto, Pablo habló el lunes por radio, ocupando el mismo programa que el primero usaba ese día de la semana en la mañana para comentar la actualidad nacional:

"A esta hora y en este espacio —puntualizó inicialmente Pablo— debería estar conversando con ustedes Roberto Thieme, nuestro Secretario General Territorial. El destino, inexplicable en muchas de sus determinaciones, lo ha impedido. Es un soldado que ha caído cumpliendo su deber nacionalista, un soldado ejemplar de una causa

nueva, cuya nobleza se confunde con los valores más excelsos por lo que puede vivir y aun morir un hombre".

Comenzaba la etapa de los homenajes.

Personalmente no me convencía de la muerte de Roberto. Atando pequeños cabos fui dando forma a una hipótesis que expuse a Pablo ante la presencia de John Schaeffer. Mi intención era que actuásemos con mayor mesura respecto de lo ocurrido, y evitar, de esta forma, precipitaciones o excesos que más tarde, de no ser efectivo el accidente, pudiesen dejarnos en situación inconfortable ante la opinión pública. Expuestas mis razones, no logré convencer a Pablo y menos a John y entonces renuncié a mis afanes y opté por repetir que si no aparecía en el plazo de diez días, Roberto estaba muerto... aunque vivo para mí.

Pablo en algunos momentos dudaba pero a continuación se repetía para sí mismo: "me habría consultado, me habría dicho lo que iba a hacer".

Nuestra revista del 1º de marzo abundó en recuerdos sobre Roberto. En su primera página, al pie del título principal, se decía: "Esta portada estaba preparada antes del accidente sufrido por Roberto Thieme. En su homenaje hemos querido mantenerla, porque su sacrificio nos hará redoblar nuestra lucha por la libertad de Chile".

La búsqueda se suspendió el 6 de marzo y al domingo siguiente el movimiento rindió su primer homenaje público al que fuera su Secretario General Territorial. Nos reunimos en el teatro Normandie. Helga Thieme y John Schaeffer ensalzaron la figura de Roberto y Pablo refrendó lo dicho en medio de un fogoso discurso en que analizó el momento político que vivía el país.

Pero quedaba más.

El viernes 16 más de cuatro mil nacionalistas desfilábamos al atardecer por las calles de Santiago —y en provincias sucedía algo similar— portando antorchas y en absoluto silencio, para llegar a los pies del monumento a Manuel Rodríguez, en el parque Bustamante. Unico orador fue Pablo. Su alocución no fue una arenga política,

sino más bien una pieza poética en recuerdo del amigo y compatriota ausente. Reflejaba amistad y dolor, y sobre todo, convencimiento de su muerte.

"Hemos marchado sobre Santiago —manifestó Pablo— para rendir tributo a uno de los nuestros. El partió navegando, entre las nubes y las estrellas. Llevaba en sus pupilas la esperanza de volver victorioso y en su corazón latía el amor hacia la causa que abrazó. Una tarde de febrero surcaba el cielo de Chile en misión nacionalista, cuando el destino le quebró sus alas. Desde entonces Patria y Libertad es alegría y silencio, entusiasmo y recogimiento, optimismo y dolor. Cayó como los poetas, mirando el mar, los ríos, los bosques, las llanuras. Hoy es nuevamente mar, río, bosque y llanura. Antes pasaba a nuestro lado, como un capitán valiente. Ahora su corazón se hizo bandera.

"Cuando todo parece naufragar, cuando todo esfuerzo resulta vano, hay siempre una voz que alienta y siempre una esperanza. Somos una trinchera para los que no quieren rendirse ni al terror ni a la amenaza cobarde, para los que quieren mirar y buscar un horizonte. En medio de este combate se ha trizado una de esas voces. Ahora, de nosotros depende que sus ecos no se apaguen".

Al término, veinte minutos después, no hubo aplausos. No podía haberlos. Era un momento de recogimiento. Pero sí más de una lágrima rodó por las mejillas de algunos hombres, mujeres y jóvenes.

Y faltaba el detalle final: la misa.

Sí, también hubo una misa. Se llevó a cabo en la capilla del Hospital San Francisco de Borja. De esta manera los militantes católicos del movimiento oraron por el que fuera su dirigente.

En medio de estos sentidos y sinceros homenajes, no faltaron militantes que con toda buena fe recurrieron a la parasicología. Total, nada se perdía con probar. Y si en Holanda y otras naciones de Europa, Gerard Croiset ha hecho verdaderos milagros ubicando por medio de la percepción extrasensorial a personas perdidas, ¿por qué en Chile no iba a darse crédito a nuestras criollas

parasicólogas? Lo cierto es, que la versión obtenida de una sesión nos erizó los pelos: Roberto había sido objeto de un atentado cuidadosamente preparado en Tobalaba la madrugada antes de viajar al sur. Lo ejecutó un individuo, del que hasta su nombre se daba, ligado a un conocido senador socialista. El avión, a todo esto, se hallaba en el fondo del mar y su piloto muerto luego de hacer inútiles esfuerzos por salir a flote.

Hoy la parasicóloga debe estar dedicada a otras actividades.

* * *

Imposibilitado de separarse del movimiento sin una razón justificada, Roberto llegó a la conclusión que el único recurso a su alcance que le permitiría libertad total para llevar a cabo su proyecto sin dar motivo a sospechas en el Gobierno ni margen a conjeturas sobre presuntas divisiones internas en Patria y Libertad, era simular un accidente aéreo. Una vez dado por muerto, tendría el campo libre de obstáculos.

El campamento, por otra parte, era utópico pensar en instalarlo en el territorio nacional. Ninguna zona ofrecía condiciones absolutas de seguridad para actividades tan fuera de lo común. De esto se convenció Roberto en el transcurso de sus visitas a provincias. Por eso determinó instalar el campo de entrenamiento al sur de Malarhue, Argentina, una región de casi cien mil hectáreas no cultivadas, inhabitada, de clima bueno y estable, con recursos naturales como para sobrevivir sin necesidad de acudir a ningún centro poblado y donde, en su tiempo, existió un yacimiento mineral ahora agotado. Además, se mantenía, aunque algo accidentada, una pequeña pista de aterrizaje. Conocía el lugar porque estuvo en él durante el verano de 1971, invitado por un amigo, cazando guanacos.

El último detalle por finalizar fue el montaje de una base operacional en el sur, a la cual pudiera dirigirse después del simulado accidente para cambiar de pintura al

avión, reabastecerlo de suficiente combustible y continuar viaje a Argentina.

Un pequeño agricultor de Malleco dió la solución. Transformó un terreno en improvisada cancha de aterrizaje y se comprometió a conseguir en Temuco combustible y en Los Angeles un equipo simple para pintar a presión.

Los recursos económicos con que Roberto contaba para la fase inicial de su plan los obtuvo de la venta de su avión y automóvil, adquisiciones hechas al cabo de doce años de exitoso trabajo como propietario de una mueblería. Con parte del dinero compró una casa a su esposa e hijos y el saldo lo destinó a su proyecto.

De la Jefatura Nacional del movimiento sólo Schaeffer sabía de las intenciones de Roberto, ya que tendría la delicada misión de seleccionar a los militantes más aptos para viajar a Argentina a entrenamiento. Terminado éste, regresarían a Chile a reiniciar sus actividades civiles regulares aunque integrando el Frente de Operaciones.

Pablo no supo de las andanzas de su Secretario General Territorial hasta los primeros días de abril en que John le narró parte de los hechos. Pese a la amistad que lo unía al Jefe Nacional, Roberto no le participó de su idea porque tenía la convicción, muy cierta por lo demás, que se la rechazaría de plano no tanto por el riesgo o posible fracaso, como por estimarla un esfuerzo innecesario.

A juicio de Pablo las Fuerzas Armadas y Carabineros actuarían contra el régimen de Allende unidos monolíticamente y sin necesidad, para hacerlo, del respaldo de combatientes civiles. Como la acción de los uniformados se daría en mayor o menor plazo, la función de los nacionalistas debía ser posterior y luego que ellos tuviesen el Gobierno en sus manos, concretándose en un gran apoyo a su gestión en la forma que lo determinasen las circunstancias.

Respecto del Frente Operacional, sin desestimarlo, en esa fecha no constituía para el Jefe Nacional motivo de mayor preocupación, y si había accedido a su estructura-

ción a nivel nacional se debía, casi única y exclusivamente, a las continuas insistencias de Roberto y también de John.

Finiquitados todos los detalles, Roberto fijó la fecha para su desaparición: el domingo 25 de febrero. Aprovecharía un gira al sur que había proyectado hacer junto con John.

Durante la semana se contrataron los servicios de Manuel Balbontín, piloto civil amigo de Roberto, el cual arrendó el avión en Tobalaba por viernes, sábado y domingo. Sin embargo, cuando ese viernes en la mañana se disponían a iniciar el viaje les comunicaron que el arriendo estaba confirmado sólo por ese día, quedando en calidad de condicionales los dos restantes.

A eso de las dos de la tarde Roberto llamó por teléfono desde Chillán a Tobalaba para consultar si dispondrían de la aeronave por los tres días. La respuesta fue negativa. Un director del Club ocuparía la máquina el sábado y domingo para viajar a Villarrica, y tenía preferencia. Esto hizo adelantar los planes por lo que ordenó regresar de inmediato a Balbontín de Temuco a Chillán y ambos se trasladaron a Concepción, alertando de paso a un enlace en Los Angeles para que con urgencia avisara a la base operacional que llegaría ese día y no el domingo como originalmente estaba planificado.

* * *

El 31 de marzo y 1º de abril el movimiento celebró su Primera Junta Nacional de Dirigentes. En ella se dio cuenta de la muerte del Secretario General Territorial en términos oficiales y como una manera de disipar posibles dudas.

Algunos días después John Schaeffer viajó a Argentina. Su misión aparente fue conectarse con los residentes chilenos y reunir dinero para nuestras actividades. Regresó pasada la primera quincena de abril trayendo lo que calificó de "éxito relativo".

Una tarde, el miércoles 3 de mayo, mientras cada uno se dedicaba a sus cotidianas labores en nuestra sede, desde Mendoza llamaron telefónicamente pidiendo hablar con cualquier dirigente. Atendí yo. Era un periodista del diario "Los Andes" de la trasandina ciudad. Consultaba si efectivamente dos personas detenidas por la Policía Federal y que se movilizaban en un avión eran militantes nuestros. Respondí que carecía de información por tanto repitiese la llamada horas después. Cuando informé a John Schaeffer, éste ya estaba en antecedentes desde antes de almuerzo. Daniel Galleguillos, periodista del diario "La Segunda" se los proporcionó a los minutos de recibir la noticia por los teletipos. Pero no la publicó.

—¿Sabes de quién se trata?—, me preguntó John.

—No, pero lo presumo—, le respondí.

—Sí, —me dijo— es Roberto y Miguel Cessa. Lamentablemente son ellos.

Cessa, gran nacionalista, estaba desde hacía semanas "fuera de la circulación pública". Viajó a Argentina a reunirse con Roberto y a ayudarle. Era Jefe del Frente de Operaciones.

Ante los hechos no cabía otra actitud que esperar. La noticia aún, en los medios periodísticos, no cobraba gran interés porque se desconocían los nombres de los protagonistas. Pese a ello, estábamos conscientes que el asunto reventaría con escándalo en cuestión de horas. Pablo, que también estaba informado, reaccionó con frialdad. La razón era simple. Sabía, desde los primeros días de abril que Roberto estaba vivo y trabajando por la causa nacionalista. Se lo había dicho John antes de viajar a Argentina, viaje que tenía por objeto conectarse con el desaparecido.

Con nerviosismo esa noche escuchamos las radios adictas al Gobierno y leímos los diarios de la misma tendencia a la mañana siguiente. Nada se decía. Sólo el viernes surgieron los primeros detalles vagos e imprecisos y sin nombres. Cabía una remota posibilidad que no se

filtrara en Mendoza la información. Era difícil, pero no imposible.

Cuando no nos reponíamos del impacto que nos causó la detención de Roberto —que para nosotros era un hecho seguro— ese mismo viernes a las siete de la tarde un segundo golpe nos dejó casi paralizados. Elementos marxistas, diestros en el uso del revólver, habían emboscado a un grupo de jóvenes del movimiento. Como saldo de la trampa fue asesinado en la misma calle el dirigente juvenil Mario Aguilar, y muy grave era el estado de salud de Ernesto Miller, Jefe de la Juventud y hermano por parte de madre de Roberto Thieme. Ernesto recibió siete balas en el cuerpo.

Simultáneamente, o sea a la misma hora del atentado, a los teletipos de radios y diarios llegaba una información urgente: los dos detenidos en Mendoza eran Walter Roberto Thieme y Miguel Cessa, ambos militantes del Frente Nacionalista Patria y Libertad de Chile.

La mala suerte nos perseguía.

Reaccionamos frente a lo más inmediato: la emboscada a nuestros jóvenes. En una declaración se puntualizó categóricamente:

"Hoy viernes, a las 19 horas, en calle Huérfanos esquina de Ahumada, un grupo de manifestantes de la juventud del movimiento fue criminalmente emboscado por elementos de la UP. Los asesinos a sueldo del Gobierno, que actuaron profesionalmente, se apostaron en diversos lugares de aquella arteria para disparar a mansalva contra un grupo desarmado que no hacía más que vocear las consignas del nacionalismo chileno. El blanco de los ataques fue el dirigente de la comuna de Santiago, Mario Aguilar, y el Jefe de la juventud nacionalista, Ernesto Miller. El primero fue asesinado cuando perseguía a uno de los agresores, el cual consiguió huir con la ayuda de otros elementos que, aparentemente, pertenecían al Servicio de Investigaciones que fueron los primeros en registrar el cadáver de nuestro compatriota. El segundo recibió 7 impactos de bala en diversas partes del cuerpo,

a pesar de lo cual se recupera luego de una delicada intervención quirúrgica. Conviene precisar que hace 8 días el diario "Noticias de Ultima Hora", perteneciente al PS y a algunos ministros de Estado, proporcionó una descripción circunstanciada del dirigente juvenil, el cual fue individualizado durante los incidentes que promovieron los estudiantes secundarios que reclamaban contra el proyecto de marxistización de la enseñanza. También otros tres militantes quedaron heridos a bala y se recuperan. Se trata, en consecuencia, de un atentado premeditado contra nuestros militantes y ejecutado por elementos profesionales.

"Responsabilizamos directamente de estos hechos al Gobierno y a sus bandas armadas, las cuales actúan en la más absoluta impunidad, en sectores inexplicablemente desguarnecidos de vigilancia pública y con el apoyo de servicios del Estado.

"Los opositores al marxismo gobernante —concluía la declaración— no tienen otro camino que defender su vida por sí mismos. Por esta razón notificamos al Gobierno que no toleraremos más atentados criminales y que en lo sucesivo nos defenderemos por nuestros propios medios. Ayer fue Oscar Carpenter, integrante del GAP, el que asesinó con la misma cobardía a nuestro compatriota Héctor Castillo Fuentealba; los asesinos esta vez han actuado con mayor protección y más acabado celo profesional. Hasta este momento el Servicio de Investigaciones no ha detenido al integrante del GAP, mucho menos esperanzas pueden existir en la pesquisa que practican o dicen practicar en este momento".

Al otro día asistimos a un peculiar espectáculo ofrecido por los diarios. Unos, los oficialistas, destacaban —por supuesto con los habituales epítetos no ajenos a la grosería— la detención de Roberto y Cessa en Mendoza, restando importancia al asesinato de Aguilar y baleo de Miller. Los otros, los opositores al régimen, hacían exactamente lo contrario.

Sepultamos el domingo 6 a Mario Aguilar en el Cementerio General. Sus funerales fueron impresionantes.

Nos asombró la inmensa cantidad de públicо expresando su solidaridad con el movimiento. Más de cuarenta mil personas repletaron las diez cuadras del cortejo.

* * *

Entre los muchos antecedentes que teníamos sobre el tráfico de armas efectuado por grupos marxistas, poseíamos algunos relacionados con desembarcos en la zona litoral de Dichato, al norte de Talcahuano, desde naves cubanas y rusas. "El Capitán", marino retirado y cuya identificación hasta hoy desconozco, me dio en septiembre de 1972 los primeros indicios, corroborados posteriormente con investigaciones hechas en la misma región. Roberto sabía de esto y, bajo el pretexto de sobrevolar el lugar, tomó sin el consentimiento de su piloto el avión en Carriel Sur que esa tarde del 23 de febrero lo llevó a su viaje sin retorno.

Una vez que anunció su emergencia a bordo y también su posición, cortó la transmisión pero siguió escuchando la nerviosa voz del funcionario de la torre de control de vuelos que le daba instrucciones y alertaba a otras aeronaves que estuviesen en la zona.

Como es de suponer, mientras un helicóptero lo buscaba cerca de la desembocadura del río Itata, él volaba en dirección sur oriente haciendo frente a un fuerte temporal que, por momentos, le hizo pensar que el fingido accidente, de seguir así el mal tiempo, se podía transformar en una inesperada realidad.

Cuarenta y cinco minutos más tarde avistó la improvisada pista de aterrizaje de la base operacional y bajó en ella. Nadie dio señales de vida a su llegada. A los pocos instantes comenzaba a llover intensamente. Molesto, nervioso y con la inquietud de que alguien lo sorprendiera esperó una hora. Como no apareciera ser humano alguno optó por esconder, bajo unos árboles, el avión e inició la marcha a pie. Se orientaba más o menos en el lugar porque antes había estado allí probando la cancha y sabía que el dueño de esas tierras vivía relativamente

cerca. El único riesgo probable era que algún campesino lo viera y entrara en sospechas. Su indumentaria lo podía delatar. No es habitual que en tales serranías se paseen, bajo la lluvia y a pie, personas vistiendo ambo, zapatos estilo reina, corbata y camisa blanca, y portando en una de sus manos un maletín tipo James Bond.

Mojado hasta lo más interior de su ropa a dos kilómetros de caminar llegó a la casa. Los ladridos de varios perros hicieron salir a dos hombres que, sin recuperarse de la sorpresa, saludaron efusivamente al recién llegado. No lo esperaban ese día. El contacto de Los Angeles había fracasado y no dio el aviso.

Cuando ya anochecía trasladaron el avión, en un remolque tirado por un tractor, hasta un sitio techado. Esa noche fue de intenso trabajo. Se pintó de nuevo el avión y se le reemplazó la matrícula chilena por una argentina. Reabastecida de combustible, la máquina quedó aquella madrugada en punto para continuar viaje.

La mañana del sábado era hermosa cuando a las nueve horas Roberto emprendió vuelo a Argentina. La travesía de la cordillera no presentó obstáculos y a las dos horas sobrevolaba ya la región sur de Malarhue donde se levantaría el campamento. Ubicó la cancha abandonada y aterrizó. El avión lo cubrió con lonas y a pie se dirigió hasta una muy distante carretera avistada desde el aire a la cual llegó al cabo de caminar cinco horas. Un camión lo condujo hasta San Rafael y en bus llegó a Mendoza casi a las diez de la noche.

Aun cansado, el domingo en la tarde se dio a la tarea de conectarse con chilenos amigos suyos a fin de en una primera etapa organizar una pequeña expedición al lugar elegido para campo de entrenamiento. Tan bien le fue ese día que con optimismo partió el mismo lunes. Al cabo de una semana regresó con una visión muy clara y la certeza absoluta que dicha zona era óptima.

Pero faltaba lo principal: los medios económicos y materiales. Un campamento de la naturaleza de éste no se levanta sólo con la buena intención de hacerlo. Por ello

era menester conseguirse los recursos para, con prontitud, transformar en realidad el proyecto.

Los chilenos residentes en Mendoza, con los cuales se había conversado, no solamente se mostraron dispuestos a cooperar, sino que también aparecieron como convencidos que el plan era algo indispensable en la lucha contra los marxistas.

Instalar la infraestructura del campamento no era cosa fácil. Significaba trasladar, por vía aérea o terrestre, más de diez toneladas de carga compuesta por material de construcción, combustible, generador eléctrico, armas y explosivos, algunos alimentos, y vestuario y equipamiento para los futuros combatientes.

* * *

Cuarenta y ocho horas más tarde, y ante la imposibilidad de mantenernos más tiempo en silencio, emitimos un comunicado relativo a la detención de Roberto. En él se dijo:

"Nuestro compatriota y Secretario General Territorial, Roberto Thieme, ha sido detenido en Mendoza por efectivos del Ejército argentino. Expresamos públicamente y sin reservas nuestra más íntima satisfacción de que este luchador nacionalista se encuentre con vida. La Jefatura Nacional del movimiento y ninguno de sus organismos directivos tenía conocimiento alguno de esta circunstancia que corresponde a una decisión absolutamente personal de nuestro compatriota. Pero nos adelantamos a reconocer que, conforme a la estructura del movimiento, él tenía la autonomía necesaria para adoptar esta determinación, siempre y cuando su acción haya estado motivada por la defensa de los altos intereses de la Patria, amenazada hoy, más que nunca, por el peligro totalitario. Los nacionalistas creemos que antes que nada en esta vida se halla el amor a Chile y que todo debe ser pospuesto frente a su destino. Chile es la libertad que estamos per-

diendo y la justicia social que conquistaremos para nuestros compatriotas.

"Tenemos la más absoluta certeza, porque conocemos y comprendemos a Roberto Thieme, que cuanto haya podido hacer lo hizo por el nacionalismo, la libertad y la justicia social, vale decir, por Chile.

"No nos asombra que algunos paniaguados lo denigren y que otros cobardes se alarmen con beatería destemplada; ellos son los mismos que condenaron a Manuel Rodríguez por profanar los hábitos sacerdotales, cuando éste entregaba su vida por la independencia de Chile.

"Nuestro movimiento —que aspira a transformar íntegralmente a este país por medio de un nuevo Estado que integre en reemplazo de un Estado que promueve la lucha de clases; de un Gobierno Autoritario que sustituya al Gobierno político demagógico; de una empresa integrada de trabajadores que ponga fin al esquema capitalista que hace posible la explotación, y de un sistema político funcional en el cual los hombres de trabajo participen y administren el Estado— no tiene el carácter de extremista ni mucho menos persigue la defensa de intereses creados.

"El nacionalismo es una forma solidaria y honrada de vida y los dirigentes demuestran con su sacrificio personal la adhesión a estas concepciones renovadoras.

"El idealismo de Roberto Thieme lo arrastró a un increíble sacrificio personal, pues dejó todo por hacer más eficiente su lucha contra la agresión extranjera de una ideología totalitaria.

"Por esta razón, aún desconociendo los objetivos precisos que perseguía, solidarizamos con él y declaramos que se mantiene en nuestras filas con la misma jerarquía que tenía antes de su desaparecimiento.

"No nos interesa el juicio de los *sepulcros blanqueados*. Para ellos hay cosas que están por encima de la Patria. Para nosotros esas cosas no existen. Esa es la diferencia.

"Ni la muerte ni la injuria canallesca ni la trampa alevosa de los mercaderes del odio podrán detenernos hasta liberar a Chile de la dictadura y el terror".

* * *

Durante su primera semana de estada en Mendoza, Roberto hizo varios viajes clandestinos a Chile, a fin de imponerse de cómo marchaban los preparativos. Luego se trasladó a Buenos Aires por vía aérea comercial para dar tiempo suficiente a la gente de Mendoza a que reuniesen la ayuda por él solicitada.

Nadie en Buenos Aires estaba al corriente, hasta su llegada, que el asunto del accidente era un hecho simulado. Por eso la sorpresa fue inmensa cuando se presentó a algunos chilenos como Juan Schoennenbeck, joven ingeniero comercial y hombre clave para recolectar, también entre algunos compatriotas, fondos destinados al movimiento.

En esa época llegó a Argentina Miguel Cessa, Jefe del Frente de Operaciones del movimiento, quien viajaba a sumarse a los esfuerzos por sacar adelante los planes.

Al finalizar la primera semana de abril, Roberto volvió a Mendoza donde se impuso, con gran desaliento, que la cooperación ofrecida aun no se materializaba. Los chilenos que con tan buena acogida lo recibieron, no habían reunido ni un clavo para el campamento. Frente a este estado de cosas hizo un urgente llamado a John Schaeffer para que le diese una mano y con el cual se reunió a mediados de abril en Argentina.

John, que conocía a varios chilenos en Buenos Aires, junto a Jorge Lyon y su esposa, Blanca Echeverría, que a esa altura estaban en el secreto de la historia y trajines de Roberto, prometieron hacer esfuerzos para buscar los medios y salvar el proyecto.

Ilusionado una vez más, Roberto regresó a la capital argentina, llevándose el avión que había permanecido oculto en Mendoza. El acuerdo a que se había llegado era que a principios de mayo se trasladaría de Chile a los primeros integrantes del campamento.

De vuelta en Buenos Aires Roberto arrendó un pequeño departamento de un ambiente donde, mientras transcurría el tiempo de la espera, se dedicó a pintar al óleo.

Corrían los últimos días de abril cuando nuevamente regresó a Mendoza en la creencia de que todo estaba listo. Pero los chilenos fallaron por segunda vez. Desengañado, pero no derrotado, retornó a Buenos Aires y con Miguel Cessa acordaron seguir adelante. Era imposible detenerse a esa altura, porque, según estaba resuelto con anterioridad, los primeros voluntarios para el campamento esperaban ser recogidos en Chile el 4 de mayo.

El 1º de mayo Roberto y Miguel salieron en el pequeño avión de Buenos Aires con destino a Chile, vía Mendoza, con el propósito preestablecido de iniciar el traslado de voluntarios. Ya en Argentina se vería cómo se solucionaban los problemas. Por lo menos se contaba con el lugar para el campamento, y era seguro. Con un poco de esfuerzo y sacrificio se podría levantar la infraestructura, aunque fuese modestamente.

La suerte, sin embargo, no estaba con ellos.

En Chile se les esperaba a las siete de la tarde de aquel día, pero a esa hora recién se encontraban cerca de Mendoza. Un viento de altura impedía avanzar a velocidad normal al pequeño avión, les faltaba combustible y a esto se sumaba una panne importante en el motor por falla del magneto. Era urgente, entonces, aterrizar. Hacerlo en Mendoza oficialmente significaba riesgos porque la matrícula era falsificada. Por eso, desde el aire, Roberto observó un terreno que semejaba una pista ubicado cerca de una casa y a pocos metros de una carretera, y allí descendió. Al detenerse la máquina se les acercó una persona a quien consultaron por el dueño de la propiedad y si se encontraba presente, explicando de paso que, por una emergencia, habían tenido que aterrizar.

El propietario del predio era Ambrosio Arizú. Pero ni él ni el administrador estaban presentes. En tales circunstancias, solicitaron autorización para dejar el avión por algunas horas mientras iban y regresaban a Mendoza, distante 40 kilómetros. Quiso el destino que en la

carretera no los transportase nadie y debieron volver a donde estaba el avión, dispuestos a pedir alojamiento por esa noche. Al llegar se percataron que sospechosamente la aeronave era rodeada por campesinos en actitud nada amistosa. Para no dar margen a la desconfianza que por ellos flotaba en el ambiente, accedieron a permanecer en casa de un mecánico. A eso de las once de la noche, y mientras veían televisión, Roberto tuvo el presentimiento que algo ocurría. Fuera de la casa, y desusadamente para la hora, los campesinos seguían en pie y rodeando el avión al cual, incluso, le habían atravesado un tractor por delante. Disimulando su nerviosismo manifestó a su anfitrión que intentarían por segunda vez llegar a Mendoza y dejaron la casa.

Si fue esta nueva salida de ambos a la carretera tan tarde en la noche lo que acentuó la desconfianza de los campesinos, o simplemente éstos temprano ya habían dado el aviso, lo cierto es que cuando Roberto y Miguel caminaban en dirección a Mendoza para cubrir los 40 kilómetros a pie, a gran velocidad pasaron en dirección opuesta a la de ellos tres vehículos policiales que a los pocos minutos volvieron para, con ademanes violentos, detenerlos.

* * *

El resurgimiento de Roberto en la escena política fue tema que, como era de suponerlo, sirvió por varios días al periodismo oficialista. Era lo menos que podía esperarse de quienes veían en Patria y Libertad decisión y coraje para enfrentarlos.

En la barricada democrática, de donde surgiría si no respaldo —que nunca lo obtuvimos— por lo menos una dosis de comprensión, hubo lo que nunca falta en estas ocasiones: opiniones críticas. Palabras duras contra nuestro movimiento.

Sergio Diez, viejo político conservador, en el pasado mal diputado por Talca, senador del Partido Nacional gracias a una situación coyuntural y a su buena

imagen como polemista en televisión, me comentó a título personal una mañana al término de su comentario en Radio Agricultura que si de él dependiese a Roberto lo expulsaría del movimiento. Molesto le respondí que ese era el método regular aplicado por los partidos como el de él y la muestra más clara la constituía el caso del diputado Víctor Carmine, quien por decir una verdad del porte de una catedral, pero que daba mala imagen a su colectividad se le echó de sus filas aunque con posterioridad fue reintegrado. "Nosotros —le dije— tenemos otro concepto, quizás más elevado, de la solidaridad. Confiamos en la buena fe de nuestros militantes porque sabemos que luchan por Chile y al margen de mezquinos intereses políticos". No sé si lo entendió. Por lo menos yo me desahogué.

De algunos democratacristianos dirigentes —no así de sus bases por las cuales siempre tuvimos respeto y nos correspondieron con la misma moneda—, también recibimos la crítica baja. Demostrando irresponsabilidad e ignorancia, Juan de Dios Carmona, al cual suponíamos más serio en sus juicios, coincidió con un ganapán afectado, izquierdista y procubano por interés y burgués por convicción, llamado Belisario Velasco, al tratarnos de movimiento de ultraderecha defensor de intereses creados. A este último sujeto, el prestigioso columnista de la revista PEC, abogado Jorge Rogers Sotomayor, con su muy personal y documentado estilo, le dijo algunas claridades saliendo en nuestra defensa. En las duras y amargas horas por que atravesábamos el respaldo que, independientemente y sin interés alguno, nos brindó Rogers fue inestimable y compromete nuestra gratitud.

Y "El Mercurio", que siempre nos guardó distancia, y que del equilibrio político ha hecho profesión de fe, cuando Roberto en Buenos Aires declaró que: "Ha llegado la hora de que nosotros, empuñando un fusil, defendamos la Patria. Si el precio de la liberación es la guerra civil, tendremos que pagarlo", rasgó sus vestiduras y editorializó señalando que los dichos de Thieme "guardan una pro-

funda afinidad con el marxismo pseudodemocrático y con los escuadrones rojos del terror".

A las palabras de Roberto "El Mercurio" no le dio el real sentido que tenían. Al hablar de "nosotros" se refería, en Argentina, a los chilenos, a nuestras Fuerzas Armadas y de Orden que "empuñando un fusil" defendieron la Patria y la liberaron del flagelo marxista como sucedió.

* * *

Lo que no sabían Roberto y Miguel era que la provincia de Mendoza, al igual que otras conlindantes, estaban declaradas en Estado de Emergencia por el asesinato de un militar a manos de un comando marxista. En razón de esto, las autoridades impartieron instrucciones a la población en orden a denunciar cualquier hecho anormal que aconteciera. Dentro de este cuadro cabía el aterrizaje de un avión civil, a las siete de la tarde, en una cancha de polo, transportando a dos personas, las cuales, por su acento, evidentemente no eran argentinos y por su apariencia —Roberto mostraba negros bigotes y barba que se tiñó junto con el cabello— permitían toda clase de conjeturas, las que llevaron a los campesinos a hacer la correspondiente denuncia a las autoridades.

El trato dado a los dos no fue, precisamente, deferente esa noche que durmieron en un calabozo de la Policía Federal mendocina. A la mañana siguiente Roberto pidió hablar con el oficial a cargo de la unidad con quien se identificó, explicando, además, los reales motivos por los cuales se encontraban en Argentina. Esto hizo cambiar el trato y, como la provincia estaba bajo mando militar, ese mismo día se les trasladó, siempre en calidad de detenidos, a un cuartel del ejército donde se les otorgó mayores facilidades.

El diario mendocino "Los Andes" fue el primero en dar a conocer la detención de los dos chilenos, aunque con escasos detalles. Y un periodista de un matutino marxista bonaerense, enviado especial a Mendoza, descubrió la identidad y filiación política de los detenidos el día

jueves luego de sobornar a un policía. Con grandes titulares se publicó el viernes la noticia en Buenos Aires, lo que obligó a las autoridades del Gobierno trasandino a confirmar, en la tarde, el hecho.

La situación se complicó por el problema que se creaba si el Gobierno chileno pedía la devolución de los detenidos. Ello motivó la solicitud de asilo político hecha por Roberto y Miguel, derecho que les fue concedido cinco días más tarde.

En calidad de asilados políticos regresaron, a bordo de un avión militar, a Buenos Aires. A los pocos días, por gestión del Gobierno de Allende, las autoridades locales bonaerenses dieron orden de detenerlos preventivamente. Sin embargo, cinco horas antes de hacerse efectiva ésta, fueron avisados de la medida lo que les permitió abandonar la ciudad. Roberto viajó a Asunción en una línea aérea comercial y Miguel se dirigió en tren al sur argentino para ingresar, clandestinamente, a Chile a pie por un paso cordillerano.

La estada de Roberto fue por un par de días en Asunción al cabo de los cuales, y en forma clandestina, volvió a Buenos Aires haciendo el trayecto en bus a Encarnación y desde ahí en lancha hasta Posadas donde se le terminó el dinero debiendo recurrir a los buenos oficios de Juan Schoennenbeck que lo fue a buscar.

El resto de mayo y todo junio Roberto lo dedicó a la pintura en su pequeño departamento de la calle Cangallo de Buenos Aires. Deprimido por el fracaso de su proyecto, decepcionado de muchos chilenos residentes en Mendoza que prometieron y no cumplieron, espero el desarrollo de los acontecimientos en Chile, atesorando la secreta posibilidad de regresar para seguir luchando.

Su salud, por otra parte, se vió seriamente quebrantada en junio. Los continuos vuelos realizados a Chile mientras estuvo en Mendoza inmediatamente después de su simulado accidente, le afectaron una antigua dolencia a la columna vertebral. Como el avión en que se transportaba no poseía cabina adecuada para soportar la altura, evitaba quedarse dormido por efecto de la falta de

oxígeno cortando la calefacción, lo que significaba soportar, tanto de ida como de vuelta, temperaturas varios grados bajo cero. Las consecuencias por la exposición al intenso frío las sufrió tres meses después.

Pero el destino, que tantas malas jugadas le había hecho, reservaba a Roberto un nuevo papel que lo llevaría al plano de la actualidad nacional e internacional.

El 29 de junio despertó temprano con una llamada telefónica local hecha por un chileno el que le comunicó los graves sucesos que estaban ocurriendo en Chile y de los cuales informaban ampliamente las radioemisoras.

Comenzaba, desde ese instante, una nueva etapa de su vida.

13º

Las elecciones parlamentarias del 4 de marzo de 1973 dejaron a Chile en un punto muerto. Aunque la oposición democrática obtuvo una clara mayoría sobre el oficialismo marxista, no logró conquistar el instrumento jurídico que le habría permitido detener el proceso impulsado en el país por el marxismo: los dos tercios del Senado. En tales circunstancias Allende, pese a contar con un respaldo ciudadano minoritario —aumentado, como se probó más tarde, por un fraude electoral—, podía continuar tranquilamente aplicando su política de marxistización para llevarnos hacia su meta: el socialismo.

El Gobierno, luego de las elecciones de abril de 1971, pregonó la tesis del "empate social", sosteniendo que Chile estaba fraccionado en dos bandos con porcentajes igua-

les de votantes. En estas nuevas elecciones dicho "empate social" se quiebró surgiendo otra suerte de empate tanto o más grave que el primero: el "empate institucional", que a juicio nuestro el tradicionalismo político no podía superar. En efecto, ni el Poder Ejecutivo (Gobierno) podía continuar la construcción del socialismo marxista por las vías legales, ya que no contaba con mayorías parlamentarias, ni el Poder Legislativo (Congreso) estaba en condiciones de frenar ese proceso a través de la destitución del Presidente de la República, único camino Constitucional a su alcance en razón de que el Ejecutivo podía seguir la ruta de los "resquicios legales" burlando de esa forma al Legislativo.

En suma, el país se aprontaba a vivir días de tensión, puesto que de alguna manera este esquema debía quebrarse. El Gobierno y la oposición entraban a una etapa ya no conflictiva sino crítica.

Los días 31 de marzo y 1º de abril el Frente Nacionalista efectuó en Santiago su Primera Junta Nacional de Dirigentes, la que coincidió con el Segundo Aniversario de la fundación del movimiento. En ella se analizó y discutió la situación política del país, llegándose al convencimiento de que la solución en Chile no era, precisamente, política ni tradicional. Esta tesis fue avalada en forma plena por el Primer Consejo Nacional de Dirigentes realizado en Temuco.

14°

A esa hora de la tarde regularmente aprovechaba la breve tregua de tranquilidad que se producía en nuestra sede de la calle Rafael Cañas 214 para escribir mi comentario radial del día siguiente. La actividad era incesante durante casi todo el día y hasta entradas horas de la noche. Pero pasado el mediodía esa actividad amainaba por el almuerzo y se reanudaba después de las 4. Reuniones, charlas, instrucciones, cursos ideológicos llenaban las horas de nuestros militantes luego de sus actividades cotidianas.

Aquel mes de junio Patria y Libertad se mostraba más vigoroso que nunca. Después de realizado el Primer Consejo Nacional de Dirigentes, a fines del mes anterior en Temuco, nos habíamos robustecido más. Todos, militan-

tes y dirigentes, en mayor o menor grado, sentíamos el peso de la responsabilidad que caía sobre nuestros hombros al ver la gran cantidad de chilenos que respaldaban nuestras ideas. Conformábamos desde Arica a Punta Arenas un gran conjunto de hombres, mujeres y jóvenes dispuestos a luchar con sacrificio y renunciamiento por la causa de la libertad amenazada por el que siempre calificamos de nefasto y antichileno gobierno de Allende.

Mis funciones en el movimiento eran públicamente conocidas: debía preocuparme de la difusión de nuestros planteamientos, de un comentario que se transmitía todos los días en Radio Agricultura, de la revista quincenal y de la edición y renovación permanente del material ideológico. Para ello contaba con la colaboración valiosa de Helga Thieme, prima hermana de Roberto, y del periodista Hernán González Valdebenito.

Por aquellos días la campaña en contra nuestra era gigantesca. Toda la maquinaria publicitaria del gobierno marxista de Allende volcaba sobre nosotros los peores insultos, groserías y mentiras. De ahí que nuestra mayor cantidad de recursos —de los escasos que disponíamos— estaban dedicados a entregar a todos los chilenos un poco de luz sobre lo que realmente éramos.

En medio de nuestra febril actividad, a la que muchos dedicábamos hasta 14 o más horas diarias, observábamos que la lucha contra el marxismo se iba agudizando progresivamente. Cada día esta ideología foránea se afianzaba más y ganaba tiempo precioso para sus claros objetivos de tiranizar al país. Vivíamos, en consecuencia, en permanente sobresalto por las constantes amenazas oficiales del gobierno y anónimas de sus partidarios. Nuestro lenguaje, siempre sincero, franco y realista, denunciaba a diario las intenciones de Allende y sus principales sostenedores y consejeros, los comunistas. La veracidad de nuestras afirmaciones públicas dolía al marxismo gobernante. Ello nos había valido, en más de una oportunidad, ya no tan sólo las amenazas, sino que la persecución implacable y a muchos militantes y diri-

gentes la cárcel y hasta la tortura física practicada por la policía civil, en algunos casos, con un sofisticado y morboso refinamiento, y en otros, en forma brutal y cruel.

A nuestro entender Chile caminaba a vertiginosa velocidad hacia la implantación de una tiranía marxista como la que viven muchos países en el mundo. Teníamos la convicción absoluta que, a no mediar una acción rápida y decidida de nuestras Fuerzas Armadas y de Orden, el país se vería abocado a un enfrentamiento fratricida para él cual hipócritamente se preparaba el marxismo. Esto lo habíamos repetido infinidad de veces en forma pública y a quien quisiese escucharnos.

Por eso aquella tarde al subirme al auto junto a Pablo Rodríguez, John Schaeffer, Juan Eduardo Hurtado, Benjamín Matte y otros dos militantes paladeaba en mi boca el sabor amargo de la derrota y sentía una extraña sensación de vacío. Pero abrigaba, muy íntimamente, la idea de que sólo habíamos perdido una batalla, la batalla que antecedía a la victoria final.

En las horas que habían antecedido a aquel breve viaje en auto, los siete que nos apretujábamos en su interior experimentamos la más variada gama de estados anímicos que se pueden dar en un ser humano: desde la angustia, pasando por la alegría y la frustración hasta el pesimismo. Ahora, y mientras nuestro auto avanzaba, todos nos mostrábamos cabizbajos, tensos. Nadie conversaba. Cada uno parecía mantener un diálogo interior consigo mismo que le impedía pronunciar una sola sílaba.

A velocidad moderada el auto siguió su ruta hasta llegar a la Avenida Américo Vespucio y luego continuar por ésta en dirección al sur. A nuestro paso todo se mostraba tranquilo. Muy escasos vehículos y casi ningún transeúnte daban la impresión de una pasiva mañana de domingo. Pero el reloj marcaba las tres y cuarenta y cinco minutos de la tarde. La cadena nacional obligatoria de

radioemisoras, impuesta por el gobierno, informaba con cierta periodicidad de la situación en que se encontraba el país y narraba algunos detalles de los hechos sucedidos en lo transcurrido del día. En la mañana, y cuando muchos santiaguinos ya se encontraban en sus trabajos o se dirigían a ellos, una unidad blindada del Ejército se había sublevado en Santiago en contra del Gobierno marxista. El intento, frustrado a esa hora de la tarde, había conmocionado al país y dejado a nosotros en una poco envidiable situación: éramos buscados por toda la policía. Cinco de los que a esa hora cruzábamos la Avenida Vitacura por Vespucio, éramos integrantes de la Jefatura Nacional de Patria y Libertad, y se nos sindicaba por Allende como los civiles más directamente comprometidos en los acontecimientos de aquella mañana.

Efectivamente estábamos implicados en la sublevación militar y aunque el Gobierno no tenía la absoluta seguridad de ello, había impartido instrucciones a sus testaferros policíacos de más confianza para que nos dieran captura. Pero nosotros muy conscientes de lo que eso significaba no habríamos de dar en el gusto a Allende. Y en esos precisos segundos y luego de un breve trayecto, no ajeno a sobresaltos, ingresábamos al estacionamiento de autos de la Embajada del Ecuador, ubicada para fortuna nuestra y desgracia de quienes tan afanosamente nos buscaban, a pocas cuadras de la casa en que permanecimos por casi 18 horas.

Bajarnos de nuestros vehículo, pulsar el timbre eléctrico anunciando nuestra llegada e ingresar al interior de la lujosa residencia diplomática fue casi un acto simultáneo.

Nadie se había percatado de nuestro subrepticio ingreso a dicha representación extranjera. Y el mayordomo que sin balbucear palabra —porque no tuvo tiempo— nos franqueó el paso sin oponer resistencia, sólo cuando cerró la puerta se percató que nuestra presencia no obedecía, precisamente, a invitación alguna ni menos a un hecho regular.

Diez minutos para las cuatro de aquella tarde del 29 de junio de 1973 se cerró un capítulo de la vida del Frente Nacionalista Patria y Libertad, y en ese mismo instante se abrió uno nuevo de muy diferente tonalidad política.

Para nosotros también comenzaba una etapa diferente en nuestras vidas, en las cuales lo único claro era que, por el momento, estábamos a salvo del cerco tendido para capturarnos. Respecto de nuestro futuro nada sabíamos y en tales circunstancias era difícil prever algo. En mi mente, como creo que sucedía también en la de mis compatriotas de infortunio, se agolpaban, en rápida y confusa sucesión, imágenes y recuerdos de nuestras familias, hogares, hijos, esposas, amigos, lo que sería el porvenir del movimiento y lo que hasta ese día había sido, la situación en que se encontrarían otros dirigentes de Santiago y provincias a muchos de los cuales la situación en que estábamos envueltos los había sorprendido, la persecución de que serían objeto los militantes en general, el allanamiento a sedes, a nuestras casas, la seguridad de tanta gente que, por nuestra acción de la mañana, se vería afectada. En fin, una y mil ideas surgían, desaparecían y volvían a surgir. Nuestra meta por ahora era el asilo político. Otro camino no teníamos.

Mientras esperábamos en un gran salón finamente amoblado la llegada del dueño de casa, el embajador Alfredo Correa, quien a esa hora se encontraba en sus oficinas de Pedro de Valdivia con Providencia, recordé una breve conversación que mantuve con un viejo amigo y colega, el periodista Gabor Torey, el mismo día en que decidí ingresar a Patria y Libertad. "Sabes muy bien —me señaló aquella vez— que respeto tus ideas políticas y las comparto. Pero como amigo tuyo que me considero, me permito decirte que corres mucho riesgo ingresando a ese movimiento. Algún día te pasará algo grave. Los ánimos están alterados y hay violencia y Patria y Libertad es el enemigo Nº 1 que tiene el gobierno marxista. Te recomiendo que te cuides. Pero como su-

pongo que todo esto lo habrás pensado y meditado lo único que te puedo decir es que cuentes siempre incondicionalmente conmigo para lo que te pueda ayudar". Era el mes de febreo de 1972. Pocos días después de ingresar al movimiento contraía matrimonio con Gloria, mi mujer, que no sólo ha compartido siempre mis ideas sino que ha sido el mejor respaldo y ayuda en la lucha nacionalista contra el marxismo.

Esa pálida tarde de junio, mientras hacíamos lo que podría llamarse la antesala del asilo, vino a mi memoria el diálogo con mi amigo Torey. Horas después su voz de aliento llegaría a la embajada por medio de una llamada telefónica que no pude contestar pero de la cual tuve conocimiento. Se hacía presente así un amigo que, no me cabe duda, se ofrecía para ayudar en lo que fuese como una vez lo prometiera. Estos pequeños gestos son los que uno no puede olvidar jamás.

Siete fuimos los que ingresamos a la embajada pero sólo cinco, los más comprometidos en el alzamiento militar de la mañana, íbamos en procura del asilo político. Los dos restantes, Luis Fernando Moro y José Manuel Ruiz, saldrían una hora después con las primeras y básicas instrucciones para todo el movimiento el que, pese a las adversas condiciones en que quedaba, a juicio nuestro debía seguir adelante como fuese.

La espera del embajador se prolongó por casi quince minutos. Todos mostrábamos signos de agotamiento y cansancio. Pablo Rodríguez con sus manos atrás se paseaba inquieto por el amplio escritorio de la lujosa residencia que otrora perteneciera a un rico industrial textil. Por su parte Juan Eduardo Hurtado muy nervioso se asomaba de vez en cuando hacia la calle para mirar a través de los grandes ventanales. Todo en el exterior de la casa era calma. Más allá Benjamín Matte aspiraba su inseparable pipa y John Schaeffer, que siempre se había caracterizado por su amplia sonrisa, mostraba signos de honda preocupación. Yo me había sentado y ob-

servaba a los demás tan inquieto y preocupado como ellos.

El ruido del motor de un auto que ingresaba a la embajada nos sacó de nuestras meditaciones y nos advirtió de la presencia de alguien que inequívocamente era el embajador. Con su llegada se iniciaba el primer paso para la petición de asilo político al Gobierno del Ecuador.

15º

El 14 de junio la Jefatura Nacional de Patria y Libertad inició una gira al norte del país, cuya primera escala fue Antofagasta, para proseguir a continuación a Arica. Yo me quedé en Santiago a cargo del movimiento junto a Patricio Pinto y Germán Pino; el primero jefe del Frente de Hombres y el segundo jefe del Departamento Pedro Aguirre Cerda.

Hasta el domingo 17 no sucedió nada que rompiera la rutina del rodaje interno del Frente Nacionalista. El Gobierno había anunciado, a través de Daniel Vergara, la posibilidad de dejarnos fuera de la ley. Pero esta amenaza ya era habitual y no nos alarmaba mayormente.

Al mediodía del domingo tres integrantes del Frente de Operaciones me comunicaron que dos oficiales de Ejército requerían, con urgencia, entrevistarse con algún dirigente del movimiento. Asistí a la reunión y por primera vez conocí a los dos militares: el capitán....... Rocha y el teniente Guillermo Gasset, ambos del Regimiento Blindados Nº 2 de Santiago, y el último hermano de un militante nuestro.

Abiertamente los uniformados plantearon que estaban dispuestos a promover un alzamiento militar a corto plazo y para ello necesitaban del concurso de civiles destinados a cumplir algunas tareas. Me limité a escuchar, dejando en claro que no tenía atribuciones para adoptar ninguna actitud frente a una materia tan delicada; agregué que informaría sobre el particular al resto de los dirigentes que estaban en el norte del país.

Pablo Rodríguez y el resto de la Jefatura Nacional regresaron a mediados de semana y una vez impuesto de las novedades se convocó a una inmediata reunión con los militares. En ella, desde un principio, Pablo dejó de manifiesto su posición, que era la de Patria y Libertad, de oponerse a cualquier intento aislado de alzamiento militar, actitud que se mantendría sin variaciones hasta la última reunión del 28 de junio. Estimábamos, entonces, que sólo una reacción institucional de las Fuerzas Armadas y de Orden podría poner fin a la administración de Allende.

Los hechos se precipitaron el domingo 24, día en que se nos manifestó que oficiales de otras unidades adherían al movimiento gestado por el capitán y teniente del Blindados Nº 2. Con algunas reticencias, y sin demostrar mayor entusiasmo, optamos por aceptar los hechos, pero sin contraer otro compromiso que no fuese el de seguir conversando.

El lunes 25 en la tarde en una nueva reunión los dos oficiales anunciaron que el alzamiento se realizaría al día siguiente porque se tenía la sospecha que algunos detalles se habían filtrado.

Incrédulos nos retiramos a nuestra sede política y pusimos en alerta a todo el Frente de Operaciones, cuyos miembros no sabían el motivo de la emergencia. La Jefatura Nacional a eso de las 21 horas ya estaba en una "casa de seguridad", nombre con que se designa a una casa que ofrezca garantía de reserva en situaciones anormales. Cerca de la medianoche, un enlace nos informó que el alzamiento no se produciría por inconvenientes de último momento. Había sido llamado a declarar uno de los uniformados, aunque se le dejó posteriormente en libertad de acción.

El martes no aconteció nada. El miércoles en la noche el mismo oficial fue detenido y estaba incomunicado. Era el capitán Rocha. El jueves, el teniente Gasset durante una reunión nos dijo que el plan seguía adelante, y que el alzamiento había sido programado para el día siguiente. John Schaeffer, que llevó en esta oportunidad la voz oficial del movimiento, trató de disuadir a Gasset, pero éste se mantuvo en sus afirmaciones. Finalmente Schaeffer optó por decirle que en la noche se daría la respuesta de Patria y Libertad.

A las 23,30 del jueves llevé yo la posición del movimiento a la reunión con Gasset. Mi misión era lograr evitar el alzamiento. Junto a Javier Palacios y Víctor Fuenzalida, integrantes del Frente de Operaciones, que me acompañaron, expusimos nuestros mejores argumentos para frenar la acción que se planificaba para el otro día. El teniente Gasset se hizo eco de ellas, llegándose al acuerdo definitivo que todo se detendría.

Informé en detalles a la Jefatura Nacional sobre la conversación y, más tranquilos, decidimos quedarnos en la "casa de seguridad", a la cual, por segunda vez, habíamos recurrido en esa semana, previendo una eventualidad. Paralelamente se ordenó al Frente de Operaciones desmovilizarse, porque la emergencia —también desconocida para sus miembros— había sido superada.

A las 4 y media de la madrugada del 29 de junio, Javier Palacios, del Frente de Operaciones, fue despertado en su hogar por un llamado telefónico. Le informaban

que el Regimiento Blindados Nº 2 estaba acuartelado y que el alzamiento se produciría en las siguientes horas con el apoyo de Patria y Libertad o sin él. Palacios de inmediato llamó a Pablo Rodríguez y le informó pidiéndole, además, instrucciones. Sin titubear, Pablo le dijo a Palacios que nos plegábamos al alzamiento y que se movilizara a todo el Frente de Operaciones.

Durante las reuniones que habíamos sostenido con Gasset y Rocha, éstos indicaron que el apoyo civil debía traducirse en tres tareas básicas: silenciar las radios marxistas, contención en algunos puntos de Santiago a grupos extremistas dispuestos a oponerse al alzamiento y obtención de combustible para reabastecer los tanques. Sobre estos tres aspectos no hubo más que menciones en las entrevistas con los uniformados. Sin embargo, viendo la decisión que animaba a los dos oficiales, en el movimiento algunas medidas ya estaban tomadas por si nos veíamos abocados a una situación de hechos consumados.

Palacios, que estaba en conocimiento de cuál podía ser nuestro papel en un alzamiento, comenzó afanosamente a llamar a todo el Frente de Operaciones. Sólo encontró a algunos de los jefes de grupo. La desmovilización ordenada cerca de las 2 de esa madrugada hizo que muchos militantes aprovecharan la ocasión para relajarse y aun, a las 4 y media de la madrugada, no llegaran a sus hogares.

Con los militantes que se logró ubicar se formaron tres patrullas, a las que se les asignó la misión de apoderarse de un camión bencinero y de tres camionetas con las cuales se retiraría armamento del Blindados Nº 2, aspecto conversado pero no acordado con los militares.

A las 5 de la madrugada una patrulla de Patria y Libertad llegó hasta una estación bencinera, donde recién llegaba un camión con combustible. Sus integrantes se acercaron un tanto nerviosos y desenfundaron sus armas, la mayoría revólveres calibre 22. En segundos, tres miembros de la patrulla ya estaban en la cabina del camión, pero, cuando se disponían a partir, se dieron cuenta que éste no transportaba bencina sino que parafina. Por su-

puesto que hubo que devolver el vehículo e intentar en otro sector la misma operación.

La decisión de plegarnos al alzamiento fue adoptada personalmente por Pablo Rodríguez y sin objeciones, respaldada inmediatamente después por los cuatro dirigentes que estábamos junto a él. La verdad es que habernos negado a participar significaba que igualmente se nos comprometería si se producía un fracaso, por la sencilla razón que mantuvimos contacto durante casi doce días con los militares sublevados.

A las 8.45 supimos, a través de un nervioso comentario en Radio Portales, hecho por un periodista marxista, que los tanques se encontraban llegando al Palacio de la Moneda y apostándose en las cercanías de la Plaza Bulnes. Desde ese momento los minutos fueron de tensión y angustia.

Sólo a las 6 y media de la mañana habíamos pedido a algunos militantes, que disponían de vehículos, que sacaran a nuestras familias de las casas y las trasladaran a lugar seguro. La medida no fue adoptada antes, porque, como lo he dicho, se suponía que en aquel 29 de junio nada ocurriría.

A las 10.30 intuíamos que todo había fracasado. Cada cierto tiempo llegaba algún enlace a la casa en que nos encontrábamos y las noticias no eran buenas. Al mediodía el fracaso estaba consumado. Los detalles los conoce Chile.

Cerca de las 14 horas llegó María Olivia Gazmuri, jefa del Frente de Mujeres, y Claude Barroilhet, también dirigente femenina, con dos malas noticias: la esposa de Juan Eduardo Hurtado había sido detenida y nuestras casas estaban siendo allanadas.

Las nuevas nos fueron comunicadas en los mismos instantes en que ya comenzábamos a considerar los caminos que teníamos por delante y la actitud que asumiríamos en lo inmediato. Pablo, desde un primer instante, fue partidario de pedir asilo político. John, en cambio, sostenía la tesis que se hacía indispensable entrar de inme-

diato a la clandestinidad. Hurtado y yo nos sumábamos a lo planteado por Pablo.

Sin embargo, el hecho de que la esposa de uno de los cinco estuviese detenida nos hizo dudar. Hurtado, que era el afectado directo, dijo que se entregaba a la policía, prefiriendo que se le torturara y no a su cónyuge. Teníamos la experiencia de Patricio Jarpa, quien sufrió apremios ilegítimos, y sabíamos que tales métodos nos los aplicarían en caso de detenernos.

Solidarizamos con Hurtado y, en un instante, estuvimos casi a punto de salir a la calle y entregarnos voluntariamente, corriendo el riesgo que nos mataran. Total después podía decirse que nos sorprendieron tratando de huir.

Pero el panorama cambió cuando se nos informó que Eliana de Hurtado estaba libre y que nada se le había hecho durante el largo e intenso interrogatorio a que fue sometida.

A las 3 y media aún no sabíamos con exactitud qué haríamos. Pablo, entonces, explicó por última vez su posición, e hizo un recuento de lo discutido:

—Estamos comprometidos en este alzamiento y eso lo sabemos todos. Este es un delito grave para el cual se consideran las más altas penas. Tenemos tres caminos a seguir. El primero, entregarnos voluntariamente, podría significar que nos mataran a pretexto que opusimos resistencia, nadie conocería la verdad de lo ocurrido y los marxistas obtendrían jugosos dividendos político-publicitarios. De no suceder así se nos aplicarían toda clase de presiones físicas a fin de obtener de nosotros antecedentes reservados que obran en poder del movimiento y que pueden comprometer a terceros. Y yo, y creo que tampoco ustedes, no soy un héroe como para resistir 220 voltios de electricidad ni una inyección de pentotal. El segundo camino es el que plantea Schaeffer: pasar a la clandestinidad. En las actuales circunstancias, con el cerco policial que hay en Santiago, sin organización suficiente para hacerlo y carentes de medios, es sólo un acto de heroísmo que nos va a durar algunas horas, al térmi-

no de las cuales caeremos, indefectiblemente, en el primer camino que he señalado. Finalmente tenemos la posibilidad, por la cual me inclino, de solicitar asilo político en una embajada latinoamericana. Y sugiero la de Ecuador por razones que explicaré si se toma una decisión favorable a esta última posibilidad.

Con reticencias Schaeffer y Matte aceptaron las explicaciones y se sumaron a la última de las posibilidades. Pablo retomó la palabra:

—Entonces nos asilaremos en la embajada del Ecuador. La he elegido por descarte. La de Brasil está en plena zona de los problemas en el centro de la capital y su acceso es difícil. A Paraguay han recurrido los del "Caso Schneider". Argentina no nos ofrece seguridades con su actual administración, que ha sostenido conversaciones con la Unidad Popular. En Perú la situación política es muy parecida a la de Chile. Con Bolivia no mantenemos relaciones diplomáticas. Finalmente Colombia y Venezuela puede que, por sus gobiernos —uno de derecha y el otro democratacristiano— no nos acepten. En cambio Ecuador está gobernado por una administración militar que se define como nacionalista. Respecto del asilo, estimo que él nos permite volver a luchar al cabo de un tiempo prudente.

Escuchadas estas razones de nuestro Jefe Nacional, nos dispusimos a subirnos a un auto e iniciamos el camino hacia la Embajada del Ecuador.

16º

—Invocando las normas humanitarias que distinguen a todos los países sudamericanos y los tratados y acuerdos interamericanos, es que los cinco dirigentes del Frente Nacionalista Patria y Libertad, aquí presentes, venimos en solicitarle, a través de usted, a su Gobierno nos otorgue el asilo político, en razón de estar implicados directamente en los hechos ocurridos en el día de hoy. Ninguno de nosotros ha cometido delito común alguno ni se encuentra procesado. Somos perseguidos por razones políticas. Nuestras casas han sido allanadas y la policía nos busca.

Con esas palabras, y luego de un breve y nervioso saludo de presentación, Pablo Rodríguez, en su calidad de Jefe Nacional del movimiento, se dirigió a Alfredo Correa, Embajador de Ecuador en Chile, y quien acababa

de llegar junto a Gustavo Cordóvez, Ministro Consejero de la representación.

En los mismos términos de respeto y cortesía con que Pablo hizo presente la petición de asilo respondió el diplomático:

—Mi Gobierno y mi país tradicionalmente han sido observantes de los tratados que rigen el asilo político por considerar que es una institución humanitaria. Sin embargo debo hacerles presente que no puedo responder de inmediato, afirmativa o negativamente, a la petición que ustedes me hacen. Esa es atribución de mi Gobierno, al que consultaré con la celeridad que exigen las circunstancias. El asilo político, como ustedes comprenderán, está sometido a toda una mecánica que debo cumplir rigurosamente por la responsabilidad que implica. Mientras hago las consultas del caso, ustedes pueden permanecer en el interior de esta casa que goza, por su carácter de residencia diplomática, de inmunidad.

Acto seguido el embajador nos invitó a mantenernos tranquilos en tanto él volvía a su oficina en la avenida Providencia. De paso ordenó poner la bandera de su país en la puerta de la residencia y cerrar las rejas con candado. Nada nos dijo respecto del teléfono y su uso, por lo que una vez solos cada uno habló con sus familiares avisándoles cuál era nuestra suerte. A esa hora, las 4 y media aproximadamente, circulaban versiones señalándonos por muertos. Yo llamé a Gloria, mi esposa, que estaba en casa de Marisol Navarro, secretaria ejecutiva de la Secretaría General de Finanzas, avisándole el paso que habíamos dado, preguntándole por nuestros dos hijos y alentándola a no dejarse abatir.

Moro y Ruiz, que nos acompañaran hasta la embajada, abandonaron ésta hora y media después de llegar a ella. Fueron portadores de las primeras instrucciones al movimiento y de una declaración, firmada por los cinco, en la que reconocíamos nuestra participación en los hechos de ese día y que se conocería posteriormente cuando abandonáramos el país.

Entre las instrucciones impartidas estaba la designación de los nuevos dirigentes que debían tomar a su cargo el movimiento: Eduardo Díaz, Alvín Saldaña, Marisol Navarro y Javier Palacios.

Concedido el asilo por el Gobierno ecuatoriano, el embajador Correa nos lo comunicó y otro tanto hizo al Ministerio de Relaciones Exteriores para los efectos de tramitar nuestros salvoconductos.

Ocho días exactos estuvimos en el interior de la lujosa y amplia residencia. Desde el primero se nos asignó el ala oriente de ella, destinada a los invitados, y la planta baja para permanecer durante el día. Teníamos absoluta independencia de movimientos respecto de las habitaciones y salones del embajador. Desayunábamos, almorzábamos o cenábamos solos. De vez en cuando el diplomático nos visitaba para imponernos de la marcha de los trámites sobre los respectivos salvoconductos.

El primer día, a la hora de la cena, conocimos a Carmen Álvarez, la cocinera, que al igual que los demás empleados es chilena. Gorda, simpática y bromista al retirar los platos después de comer le manifestamos nuestro agradecimiento y alabamos lo excelente de los guisos. Nos respondió muy seria:

—Es que las cosas que yo sé hacer las hago bien. No como otros que no saben hacer las cosas.

La indirecta se refería a los acontecimientos del día. El hijo de Carmencita, como cariñosamente la llamáramos en los días restantes, un muchacho de unos 16 años, Patricio García, nos sirvió en más de una ocasión de enlace con el exterior. Por supuesto que nada sabía de esto Alfredo Correa.

A la esposa e hija del embajador, ambas de nombre María, las conocimos días después. La primera, cuando llegamos a asilarnos el viernes en la tarde no nos atendió, como lo pedimos, no por timidez sino por una razón que nos confesó posteriormente: atendía a su nieta, de sólo meses de edad, y le estaba lavando los pañales. Y mucha gente cree que las "embajadoras" sólo se dedican a las fiestas.

Juana Rodríguez, Ernesto Saldoval y Rodolfo Martínez, los tres empleados de la embajada, junto a Carmencita y su hijo nos hicieron, quizás, algo más llevaderos los ocho tensos días que vivimos allí.

Por su parte la humanitaria actitud del embajador Correa y sus familiares; de Gustavo Cordovez, el ministro consejero, y su esposa Valeska; de Diego Pérez, el consejero comercial, o del comandante León Pacheco, agregado militar (que nos quería imponer un estricto régimen de cuartel haciéndonos levantar a las 6 de la mañana), no cabe duda que contribuyó a no sentirnos tan solos. Constantemente hubo preocupación por nosotros, guardando, como es de suponer, en el trato la debida compostura propia de diplomáticos que tienen normas y deberes que respetar y formalismos a los cuales ajustarse, pero no ajenos, en caso alguno, al calor humano y a la comprensión de la circunstancia que vivíamos.

Para pasar el tiempo y romper la monotonía que implica no hacer nada más que pasearse entre una habitación y otra, se nos proporcionó una mesa de pimpón, ajedrez y cartas, juego de damas y un televisor. Uno de los empleados, subrepticiamente, nos compraba los periódicos y revistas todos los días con el dinero que, al asilarnos, cada uno portaba.

Una mañana el embajador, visiblemente alterado, llamó a Pablo y le contó que se había descubierto a los perros —dos bravos animales que cuidaban el inmenso jardín— jugando con un gran trozo de carne supuestamente envenenado.

Nosotros no descartábamos la posibilidad que algún grupo extremista del Gobierno ingresara a la residencia con el objeto de matarnos. El Gobierno, ante tal hecho, deslindaría responsabilidades y, como en el caso de Edmundo Pérez asesinado por marxistas, daría orden de capturar a nuestros victimarios para hacerlos pasar a mejor vida. Esta preocupación se la hicimos presente al embajador.

Por eso el encontrar el trozo de carne en el jardín puso nervioso al diplomático. Mas la verdad la conoceríamos cuando llegamos a Chile.

El Frente de Operaciones planificó el rescate de los cinco desde la residencia diplomática como tentativa que se pondría en práctica en caso que no se nos otorgasen los salvoconductos. Y la carne con que jugaban los perros fue el primer trozo para acostumbrarlos, lanzado al jardín desde la calle burlando la cerrada vigilancia policial.

Los tres primeros días debimos vestirnos con las mismas prendas con que el 29 ingresamos a la embajada. De noche, cada uno, lavaba sus calcetines, camisa y ropa interior, prendas que no siempre amanecían del todo secas. Solamente al cuarto día se nos permitió el ingreso de una maleta con efectos personales, entre los que se deslizaron cartas y mensajes de nuestras familias y del movimiento. Por ejemplo, mi esposa me envió una nota dentro del cuello de una camisa que, a simple vista, parecía almidonada.

El movimiento, paralelamente, trataba de reorganizarse haciendo frente, en el intertanto, a una masiva persecución en todo el país. Los principales dirigentes de provincias estaban detenidos, las sedes allanadas y semidestruidas y los militantes desconcertados. Patricio Jarpa, secretario ejecutivo de la Secretaría General, se había asilado en la representación diplomática colombiana y Patricio Souper en la de Paraguay.

La autorización de los salvoconductos fue anunciada el 6 y el embajador Correa nos señaló que viajaríamos al día siguiente, sábado 7 de julio. Por gestiones del diplomático se autorizó que antes de dejar Chile nuestras esposas, hijos y parientes más cercanos en número no superior a tres, se despidieran de nosotros en un emotivo encuentro realizado en la misma residencia.

A las 5 de la tarde, y en medio de un despliegue policial de proporciones, nos trasladaron a Pudahuel en automóviles diplomáticos que nos dejaron en la escalerilla

del avión Braniff que nos llevaría al exilio, y cuya partida se anunció para las 7.

En la espera de dos horas un militante del movimiento, miembro del Frente Invisible, llegó hasta el interior de la aeronave en su calidad de funcionario del aeropuerto y nos informó que en el pasaje del avión se había incluido a tres detectives en el último minuto. Incluso nos dio los números de los asientos que ocuparían.

Pasadas las 7 de la tarde la máquina emprendió su vuelo con destino a Lima. A la media hora ubicamos a los policías, uno de los cuales se dirigió a John Schaeffer señalándole, en tono respetuoso, que no los preocupáramos por sus presencias ya que la misión que se les encomendara tenía por objeto resguardarnos hasta Guayaquil.

En Lima intentamos bajarnos del avión. Pero la policía local nos lo impidió, explicándonos que evitáramos crearles problemas. Al parecer algunos manifestantes —nunca supimos si a favor o en contra de nosotros— se habían hecho presentes en el aeropuerto.

A Salinas, aeródromo militar ecuatoriano, llegamos cerca de la una de la madrugada. Y desde ahí, haciendo trasbordo a una nave más pequeña, nos dirigimos a Guayaquil, cuyo aeropuerto se encontraba en reparaciones. Contrariamente a lo que se informó por la prensa, no nos recibió nadie.

Para llegar a Quito fue necesario tomar un nuevo avión a las 8 de esa mañana. Las seis horas que mediaron entre nuestra llegada a Guayaquil y el viaje a la capital del Ecuador debimos pasarlas durmiendo sentados en los sillones del aeropuerto. Un hotel nos significaba gastar casi cien dólares y en total los cinco poseíamos una cifra que no superaba los seiscientos entre Pablo, Schaeffer, Matte y Hurtado, puesto que mi capital sólo ascendía a siete chilenos escudos que equivalía, exactamente, a no tener nada. La canalla marxista diría semanas después que al salir del país nos llevamos más de 30 mil dólares.

En Quito tampoco nos recibió nadie al llegar el domingo a las 9 de la mañana, aunque fue el deseo de muchos

chilenos residentes que no se informaron a tiempo. Juan Eduardo Hurtado al momento de arribar se contactó telefónicamente con un amigo personal, Gustavo Valenzuela, y Pablo lo hizo con Raúl Duhalde. Ambos se hicieron presentes en el aeropuerto quince minutos después, dándonos la bienvenida y ofreciéndonos de inmediato sus hogares. Así comenzó nuestro exilio.

17º

Quito, la capital de Ecuador, es una ciudad más bien pequeña pero que desde hace unos cuatro años ha comenzado a crecer. Situada en medio de grandes montañas y a casi tres mil metros de altura sobre el nivel del mar, sus habitantes no llegan al millón. Inmeditamente después de la ascensión al poder de Allende y la Unidad Popular muchas familias chilenas, encabezadas por eficientes y distinguidos profesionales, emigraron hasta ella en busca de una tranquilidad que suponían no vivirían en su país. Por tratarse en su inmensa mayoría de hombres de esfuerzo y trabajo pronto comenzaron a progresar y a vivir con estabilidad económica y buenas perspectivas para consolidar su situación. Pero como el marxismo opera en todos los países y Ecuador no es una excepción, des-

de comienzos de 1973 se inició una campaña contra ellos, agudizada por los acontecimientos del 29 de junio, en la cual se les motejaba como "gusanos" y "momios", llegándose, incluso, al extremo de lanzar una bomba incendiaria a un local comercial de propiedad de una chilena.

En medio de este ambiente llegamos a la capital ecuatoriana aquel domingo 9 de julio. Aun así se nos brindó, por parte de Gustavo Valenzuela, abogado chileno residente desde 1971, una cariñosa recepción complementada luego con el calor hogareño de su familia. Hurtado, que lo conocía desde hacía años, se quedó en esa casa, en tanto Schaeffer lo hacía en la de Juan Eduardo Sotomayor; Matte donde Osvaldo del Río; Pablo con Raúl Duhalde y yo en casa del arquitecto Jorge Fuenzalida Cibié. Por cuarenta y siete días fueron estos los hogares adoptivos para tres de nosotros cinco. Con esos chilenos y sus familias tendremos siempre una deuda de gratitud.

Nuestra primera incursión por las calles de Quito la efectuamos el lunes para presentarnos en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Durante casi una hora conversamos con Leonardo Arizaga, Director Diplomático y funcionario humanamente atado a la rigidez y frialdad de las normas y procedimientos impuestos por el protocolo, duro y calculador, tozudo y carente de sentido común. Su actitud, por supuesto, no afecta el reconocimiento que sentimos por el pueblo y gobierno de Ecuador que nos favoreció, en instantes amargos, con su generosa hospitalidad.

De acuerdo a las normas que rigen la institución del asilo político, por espacio de treinta días debíamos permanecer dentro del territorio del país asilante, en este caso Ecuador, lo cual significaba que sólo el 9 de agosto recién podíamos, si lo deseábamos, viajar a otra nación. Sometidos al arraigo, no nos quedó más que esperar. Todavía no sabíamos con claridad cuáles serían los futuros pasos que daríamos.

Aún no cumplíamos la primera semana de estada en Quito cuando llegó a visitarnos Roberto Zúñiga, conocido de todos y amigo personal de Pablo y quien viajó

desde Buenos Aires, donde residía, para llevarnos las últimas novedades de lo que sucedía en Chile, de las que se había impuesto en la capital argentina. Estuvo con nosotros cerca de una semana y se alojó en el Hotel Colón. Nuestras continuas visitas a él dieron margen para que un oportunista, que oficiaba por entonces de agregado de prensa de la Embajada chilena, Mauricio Montaldo, informara a Santiago que los asilados vivían en un lujoso hotel, gastaban dinero en cantidades y se divertían en permanentes fiestas.

Los diarios locales publicaban pocas informaciones sobre Chile y en las conversaciones telefónicas con nuestras esposas, en las cuales usábamos nombres falsos (Pablo era Enrique Valenzuela; Schaeffer aparecía como Juan Pérez y yo como Francisco Javier Fuenzalida), difícilmente podíamos pedir noticias sobre la situación política.

Leer, caminar por las calles conociendo la ciudad, reunirnos para analizar el proceso chileno, ir al cine y entablar amistad con algunos ecuatorianos constituyeron nuestras actividades durante los veinte días iniciales de permanencia en ese país.

Nos molestaba que las informaciones internacionales, cuando se referían a Patria y Libertad, calificaran al movimiento de "ultraderechista". Tal circunstancia llevó a Pablo a escribir una carta que envió al director del diario "El Comercio" de Quito, Carlos Mantilla Ortega, rectificándo tal aseveración que no se ajustaba a la verdad. Publicada la nota, el Ministerio de Relaciones Exteriores hizo llamar a Pablo a fin de advertirle que le estaba prohibido, por su calidad de asilado, emitir juicios o declaraciones políticas, y que en caso de no respetar esta norma el Gobierno se vería en la necesidad de adoptar medidas estrictas. Indirectamente se nos decía a todos que podían expulsarnos del país. Encargado de plantearnos este llamado de atención fue el inefable director diplomático.

La verdad es que los tratados vigentes sobre asilo establecen que los asilados no pueden, estando bajo el amparo de esta institución, emitir juicios u opiniones ni in-

miscuirse en política tanto de su país como del que los ha acogido.

Pero la carta de Pablo al diario se refería, exclusivamente, a los postulados e ideas que sustentaba Patria y Libertad, todas muy ajenas a lo que se da en calificar de "derecha" o "ultraderecha". En consecuencia, se hablaba de concepciones ideológicas y no de política contingente. No se le entendió de esa forma, malinterpretándose torcidamente.

* * *

Roberto Thieme luego de que fue avisado en su pequeño departamento de Buenos Aires de los hechos que estaban aconteciendo en Santiago, como pulsado por un resorte se levantó y encendió la radio portátil. Desinfló el colchón de goma que le servía de cama, lo guardó en el closet y mientras se afeitaba tuvo la impresión que no todas las cosas saldrían bien.

Al mediodía, con Juan Schoennenbeck y Roberto Zúñiga, se impuso que el alzamiento había fracasado. Y en la noche conoció del asilo de los cinco dirigentes. Decidió, entonces, que tenía que viajar a Chile donde su presencia serviría para continuar la lucha contra el marxismo.

Ernesto Miller, que en los primeros días de junio, ya recuperado de sus heridas, había viajado de Santiago con su madre a Caracas, llegó a Buenos Aires a reunirse con Roberto en la primera semana de julio dispuesto a regresar a Santiago.

El plan acordado fue el siguiente: Ernesto ingresaría oficialmente por Pudahuel mostrándose afectado de una pierna y so pretexto de hacerse una revisión médica; ya en Santiago tomaría contacto con los dirigentes del movimiento y una vez impuesto de la situación informaría a Roberto si su viaje era indispensable. En el intertanto Roberto Zúñiga se trasladaría a Quito para dar cuenta de estos detalles a los cinco dirigentes asilados. Y así se hizo.

Miller sin problemas llegó a Santiago y al cabo de varias reuniones con la Jefatura Nacional en ejercicio se acordó hacer volver a Thieme.

El 13 de julio Roberto viajó de Buenos Aires a Mendoza por vía aérea comercial y el mismo día atravesó la cordillera en un avión particular que aterrizó en la improvisada cancha que en el sur le sirvió, en el mes de febrero, cuando su simulado accidente. Finalmente, por tierra hizo el trayecto esa noche a Santiago. El 14 convocó a una reunión secreta de todos los jefes provinciales del país que se verificó el 15, y el 16 ofreció una sorpresiva conferencia de prensa en el restaurante "Innsbruck" ubicado en Las Condes. Allí, junto a Ernesto Miller, anunció que asumía como Secretario General de Patria y Libertad, quedando Ernesto como Secretario General Territorial, y declarando que el movimiento, desde ese instante, pasaba a la clandestinidad. "Nuestros cuadros han sido restructurados. Cumplida la etapa de acción dentro de la legalidad, iniciamos ahora la clandestina. Las directivas oficiales hasta el 29 de junio quedan ahora liberadas de toda responsabilidad. Esto rige para todos los cargos a lo largo del país. Deben cerrarse temporalmente las puertas de todas las sedes oficiales. Desde hoy el movimiento empieza a funcionar orgánicamente con el Frente de Operaciones". Así rezaba una escueta declaración pública que esa ocasión se entregó a los periodistas que concurrieron a la reunión en medio de severas medidas de seguridad.

Conocida la noticia de la reaparición de Thieme el Gobierno marxista impartió instrucciones para detenerlo a cualquier precio. Al día siguiente caía en manos de la policía María Olivia Gazmuri, jefe del Frente Femenino, lo que motivó el primero de ocho comunicados. En este se decía que "notificamos al director de Investigaciones (Alfredo Joignant) y a la policía política que damos como plazo las 18 horas de hoy para que todos los detenidos sean puestos a disposición de un tribunal o sean dejados en libertad. Si el servicio no cumple, deberá la-

mentar bajas en sus filas de conocidos funcionarios de su sección policía política".

Antes de las 18 horas del día fijado como plazo los detenidos fueron puestos en libertad luego de declarar ante los tribunales.

Paralelamente los partidos democráticos en su totalidad repudiaron el paso a la clandestinidad de Patria y Libertad. No consideraron, para hacerlo, que se carecía de otro camino a seguir. Las implicancias del movimiento en los sucesos del 29 de junio habían significado una verdadera razzia contra dirigentes y militantes en general. Allanamientos y detenciones, destrucción de sedes eran ya hechos habituales en esos días. Sobre esto nada dijeron los partidos. No sacaron el habla los políticos que aún seguían esperanzados en su juego de pasillos para derrotar al marxismo.

A esa altura ya habían solicitado asilo político dos nuevos militantes del movimiento: el Dr. Eduardo Keymer y Mario Poblete. El primero en la embajada de Brasil y el segundo en la de Costa Rica.

A fines de julio se inició la huelga de los transportistas.

* * *

A fines de julio nuestro panorama en Quito comenzó a aclararse. El paso a la clandestinidad del movimiento en Chile estaba dentro de las posibilidades consideradas por Pablo en instrucciones impartidas antes de asilarnos. Cabía, ahora, resolver cuándo regresábamos nosotros, quiénes debían hacerlo de los cinco y cómo.

Por esos días, Pablo se conectó con el director del diario "El Comercio", principal rotativo de esa capital, para la publicación de algunos artículos respecto a Chile, que escribió bajo el seudónimo de "Richelieu". Cabe hacer notar que la afición por escribir es tan fuerte en Pablo como su vocación por la abogacía. En la revista del movimiento lo hacía habitualmente y los semanarios SEPA y PEC contaron durante algún tiempo con colaboraciones suyas firmadas como "Saint-Just" y "Ulises".

Al cumplirse los treinta días de arraigo en Ecuador, se nos informó que disponíamos de libertad para dejar el país cuando lo deseáramos. Claro que a los únicos dos que podíamos dirigirnos era Argentina y Paraguay, ya que, con excepción de Pablo, los demás solamente poseíamos carnet de identidad y, en el caso particular mío, la situación se tornaba más dramática, puesto que mi cédula estaba vencida. El Gobierno ecuatoriano se negó a otorgarnos documentación, actitud que no pudimos comprender.

En una reunión de los cinco acordamos que cada uno decidiría, en conciencia, si regresaba a Chile o no. Pablo tenía su decisión tomada y volvería; John Schaeffer haría lo mismo; Hurtado dijo que si su presencia era útil y necesaria no tenía inconvenientes en retornar; Matte sencillamente manifestó que se quedaba; y yo, que sustentaba la tesis de esperar un tiempo prudente, en definitiva me uní a Pablo y John.

Hasta ese momento nuestra vida en el exilio había transcurrido en medio de recuerdos y añoranzas. Lejos de esposas, hijos y familia en general, conscientes de la gravedad que tomaban las cosas en Chile, pero seguros que todo esto no duraría mucho, los días se sucedían lentos y angustiosos. El poco dinero con que contábamos —Pablo y Benjamín Matte me habían entregado una parte del suyo, y Jorge Fuenzalida, en cuya casa me alojaba, en un gesto de amistad increíble me facilitó otro tanto— se agotaba sin posibilidad cierta de realizar en lo inmediato alguna actividad remunerativa.

A mediados de agosto recibimos una grata visita. Eduardo Díaz, que con otros militantes asumió responsabilidades directivas en el movimiento al asilarnos, llegó hasta Quito en un esfuerzo propio de hombres que luchan por ideales, y están convencidos de ellos. Al salir de Chile lo buscaba la policía. Atravesó la cordillera a pie, portando documentación falsa y corriendo todos los riesgos imaginables. Llegó a Buenos Aires y se alojó en el pequeño departamento de Roberto Zúñiga, quien le facilitó dinero para continuar luego a Quito.

Díaz nos levantó el ánimo. Sus informaciones, aunque atrasadas casi una semana, reflejaban optimismo. En Chile la situación estaba llegando a un punto de crisis. Allende se jugaba las últimas cartas. Los hechos podían precipitarse. Patria y Libertad luchaba, con Roberto Thieme y Ernesto Miller a la cabeza, en forma heroica. Y a su juicio, Pablo debía regresar para infundir, en alguna medida, mayor presión al ambiente. Estas razones, más nuestra decisión de volver al país a seguir peleando clandestinamente, nos hicieron reaccionar y, en términos definitivos, acordar la forma en que abandonaríamos el asilo.

* * *

La clandestinidad significó al movimiento que sólo una parte de él continuara luchando. Y me atrevo a decir que en todo el país no fueron más de doscientos los que, abandonándolo todo —hogar, trabajo, tranquilidad— coadyuvaron en crear las condiciones que antecedieron a la decisión de las Fuerzas Armadas y Carabineros.

Esta no fue una etapa fácil ni grata para Patria y Libertad. El movimiento no estaba preparado para la clandestinidad, desde el punto de vista de la organización, y menos en lo humano. Si bien es cierto habíamos vivido en permanente sobresalto como consecuencia de mantener una actitud de enfrentamiento directo con el marxismo, lo que templó nuestro carácter, la verdad es que no se contaba con experiencia, gente adecuada ni recursos suficientes.

Roberto Thieme, Miller y todos los hombres y mujeres que le siguieron, sufrieron la incomprensión y la falta de solidaridad de prácticamente todos los sectores políticos. Mas, ello no los hizo desfallecer y continuaron adelante.

Quizás sean el terrorismo y la violencia practicados por Patria y Libertad el capítulo que para los nacionalistas tenga ribetes más duros, y el elemento que, siendo necesario en las horas entonces vividas por el país, desfiguró la imagen del movimiento e hizo decir a muchos que siempre fuimos partidarios de estos métodos. Pero la realidad

es diferente. Sólo el tiempo, inexorable moderador de todas las cosas, permitirá que los chilenos midan en toda su magnitud la verdadera trascendencia de la tarea que cumplieron esos nacionalistas.

"En Chile, ya hemos perdido la libertad usando la razón. Tendremos que recuperarla usando la fuerza". Con esta frase el movimiento sintetizó el 13 de agosto el estado de cosas imperante en Chile, al emitir una declaración en la cual se expresaba que la tregua en las acciones emprendidas había concluido. Esa misma noche Allende no pudo seguir hablando por cadena nacional. Un corte de luz, del que Patria y Libertad fue responsable, se lo impidió.

Viviendo en las pocas casas que estaban dispuestas a recibirlos, sin medios económicos, huyendo de la policía y observando cómo se detenía a militantes que nada tenían que ver con los hechos llevados a cabo, Thieme, Miguel Cessa, Miller y otros prosiguieron sin detenerse.

El 17 de agosto, en un accidente desgraciado, resultó gravemente herido Miguel Cessa, joven profesional y uno de los hombres de confianza de Roberto Thieme. Cuatro días después, y luego de haber sido internado con nombre falso en una clínica, Cessa murió. Ello constituyó una baja importante en el movimiento y causó hondo pesar en quienes sabían de sus condiciones humanas excepcionales. Había ingresado a las filas nacionalistas poco después de la fundación de Patria y Libertad. Hombre de trabajo, profesional excelente, esposo y padre abnegado, renunció a todo por una causa que estimaba justa y acertada. La comodidad y la vida tranquila la reemplazó por la actividad militante que sólo le deparó los sinsabores propios de una lucha intensa.

Paralelamente, nuestras familias, desligadas por razones muy lógicas, de todo contacto con el movimiento, debieron sufrir una vida nómada cambiando permanentemente de casa, ajustándose a las adversas circunstancias del momento. Hubo quienes incluso se aprovecharon de esta condición para recolectar ayuda que nunca entregaron. Sin embargo, tales actitudes contrastaron con el respaldo, so-

lidaridad y calor humano de mujeres como Dina Méndez Hernández y sus tres hijas, amigas en quienes, por ejemplo, mi esposa e hijos encontraron resguardo y protección, lo mismo que en Gustavo Morán, uno de los tantos militantes del movimiento que, sin que nadie se lo pidiera, ayudó e infundió ánimo en los míos. Alicia Millán también merece mi gratitud, la que se hace extensiva a María Olga Borgoño y otras personas, no tantas, que de una u otra forma estuvieron, en lo personal, a nuestro lado.

* * *

Definitivamente los que regresaríamos a Chile eran Pablo, John Schaeffer y yo. Hurtado se atendría, como lo manifestó, a lo que se le indicara una vez que hubiésemos ingresado a territorio nacional. Matte reafirmó que se quedaba.

Antes de planificar cómo entraríamos clandestinamente a nuestro país, entregamos una carta a Alfredo Correa, embajador de Ecuador en Chile, que viajó a Quito en esos días. La carta decía textualmente:

"Estimado señor Embajador: deseamos dejar testimonio escrito de nuestra gratitud hacia la República del Ecuador en general, y hacia la persona de su embajador en Chile en particular, por la hospitalidad que nos ha brindado luego de la sublevación militar del 29 de junio próximo pasado.

"Chile, nuestra patria, y la República del Ecuador se funden en un mismo sentimiento libertario que se expresa, fundamentalmente, en el reconocimiento del derecho de asilo en favor de quienes luchan lealmente por sus convicciones políticas, más allá de toda otra consideración menguada. La conducta del señor embajador, siempre ceñida a las convenciones y las prácticas diplomáticas, pero no exenta de delicados sentimientos humanos, nos ha comprometido hondamente, no sólo como ciudadanos de América, sino también como hombres. No es fácil encontrar reunidas la rectitud funcionaria con la sensibilidad que permite comprender, no sólo el problema que origina

el asilo, sino también las secuelas personales que de él se derivan.

"Estas razones nos han impulsado a manifestar a usted y, por su intermedio, al Gobierno del Excelentísimo señor Presidente don Guillermo Rodríguez Lara, nuestro agradecimiento más sincero por el asilo concedido y la hospitalidad que, sin excepción, hemos hallado de parte de todos los hijos de esta tierra hermana.

"No perdemos la fe de que algún día podamos retribuir, con la misma espontaneidad que hemos observado en las autoridades del Ecuador, las atenciones que tan finamente hemos recibido de su país y de usted muy en particular".

Los cinco asilados firmamos la nota.

Oficialmente avisamos a la Cancillería ecuatoriana, el día 23 de agosto, que dejábamos el país para dirigirnos, supuestamente, a Río de Janeiro, John Schaeffer, donde vive su padre; Bogotá, Pablo Rodríguez, y Asunción, yo. El plan era reunirnos los tres en Buenos Aires.

El primero en dejar Quito fue Pablo, y a continuación le seguimos John y yo. Un chileno, que por sus responsabilidades no puedo mencionar, nos proporcionó antes de partir pasaportes en blanco que, rápidamente, nos preocupamos de llenar con nombres y antecedentes falsos.

Diez días antes de dirigirnos a nuestros destinos, Jorge Fuenzalida, el arquitecto, que tan gentilmente me recibió en su hogar, sostuvo una larga conversación conmigo. Me señaló, con toda hidalguía y honestidad, que él muy poco había hecho en favor de la lucha libertaria que muchos daban en Chile. Por eso tenía una deuda con la patria, que de alguna manera quería saldar en parte, y que, en conocimiento de nuestro retorno clandestino, se materializaría ayudándonos con un aporte en dinero, producto de casi dos años de trabajo. Le manifesté que suficiente era con habernos recibido en los términos que lo hizo. Pero insistió ofreciéndonos cinco mil dólares. La suma, considerable, fue recibida oficialmente por Pablo, acordándose entregar tres mil dólares al movimiento en Santiago para sus actividades y dos mil a los tres que viajábamos. El ges-

to de este chileno, cuyo nombre he querido dejar escrito, pese a no contar con su autorización, fue la culminación de muchas atenciones que tanto él, como su esposa Silvia nos prodigaron en Quito.

El dinero nos permitió cancelar los pasajes y afrontar parte de los gastos de estada en las capitales a donde nos dirigirnos. Originalmente viajaríamos con recursos que se nos facilitarían en calidad de préstamo y aceptando una gentil oferta, que por supuesto rechazamos, de Raúl Duhalde, otro chileno que, junto a su esposa Marta Cecilia, contarán siempre con nuestro reconocimiento.

En la tarde del 23 de agosto, Pablo dejó Quito y el 25 hicimos otro tanto John y yo, para dirigirnos a Buenos Aires, donde nos esperaría Eduardo Díaz. Atrás quedaban muchos amigos. Chilenos como el doctor Antonio Sarah, y ecuatorianos como Jorge Luna Yepes, dirigente del ARNE, un movimiento nacionalista similar a Patria y Libertad y con casi 32 años de existencia, entre otros.

* * *

El objetivo primordial de las acciones efectuadas desde la clandestinidad por Patria y Libertad era acentuar la crisis originada con el paro de los transportistas, al cual, paulatinamente, se fueron sumando diversos gremios y sectores de la ciudadanía.

Correspondió al movimiento lo que sinceramente podría denominarse el "trabajo sucio", que ningún otro sector quiso realizar. Esa es la estricta y cruda verdad. Como al Frente Nacionalista, y por ende a sus dirigentes y militantes, jamás le preocupó mayormente el factor imagen, no tuvo temor de transformarse en una vanguardia decidida a enfrentarse con su adversario, el marxismo, en toda clase de terrenos.

Pero en la última semana de agosto se produjo un humano relajamiento en las actividades de los cuadros clandestinos. La crisis que se vivía desde fines de julio se prolongaba demasiado sin que surgieran visos de su término, el cual, inevitablemente, debía concretarse en la

caída del régimen de Allende o en el afianzamiento casi definitivo de éste en el poder.

El sábado 25 en la noche, Roberto Thieme, que por entonces lucía una acentuada calva, aceptó una invitación a cenar en un lugar público. Fue así como llegó hasta el restaurante "Innsbruck". Pero una denuncia anónima hecha a Investigaciones terminó con los gratos momentos de esparcimiento. Cuatro vehículos transportando casi una veintena de policías llegaron hasta el local comercial, y Thieme, más sus acompañantes, fue aprehendido.

Algún día el país conocerá las razones que indujeron a Thieme a crear las condiciones objetivas para su entrega. Si guardo silencio sobre ellas no es por temor, presiones o intereses subalternos, sino por un deber de lealtad y respeto.

Conocida la noticia de la detención del máximo dirigente del movimiento clandestino, asumió Ernesto Miller la dirección de él. Desde ese momento Patria y Libertad mantuvo una actividad menor en espera de algún hecho que terminara con la crisis.

* * *

El domingo 26, estando en Buenos Aires, nos impusimos de la detención de Roberto. A mediados de la semana entrante llegó Pablo a la capital argentina y con John, Eduardo Díaz y yo se programó el ingreso a Chile. Según lo establecido, Pablo lo haría primero con Eduardo, para tomar contacto con el movimiento, impartir algunas directivas, ofrecer una conferencia de prensa y salir. Inmediatamente después entraría John para hacerce cargo del Frente de Operaciones y, finalmente, me correspondería el turno a mí si es que era necesario, quedando la posibilidad de no hacerlo e instalarme en algún pueblo fronterizo para montar un aparato clandestino de propaganda contra el gobierno de Allende. La forma para llegar a Chile sería atravesando la cordillera a pie.

Los primeros días de septiembre Pablo emprendió viaje con Díaz a Neuquén, al sur de Argentina. Luciendo bi-

gotes y barbas los dos, y premunidos de documentación falsa —cédulas chilenas de identidad llevadas subrecticiamente por mi esposa a Buenos Aires— llegaron a dicho punto en avión comercial para proseguir en camioneta —de otro chileno— a Junín, y de ahí, por la cuesta Las Raíces, hasta los primeros faldeos cordilleranos.

En Mahuil Malal los recibió un arriero, cerca de las 20 horas del mismo día. Quince grados bajo cero les anticipaban lo que les esperaba. Carne de jabalí, mate amargo y algunos intercambios de ideas sobre la jornada que tendrían que cumplir coronaron la etapa antes de disponerse a dormir sobre paja y en el suelo.

Eran las tres de la madrugada cuando el arriero dueño de la casa despertó a Pablo y Eduardo Díaz, sus dos huéspedes. Los tres caballos ya estaban ensillados para iniciar el largo trayecto que los llevaría a Chile. En el interior de la modesta vivienda el fogón aún mantenía algunas brasas encendidas. Un mate amargo los desentumeció.

Cuando iniciaron el viaje, la noche cordillerana mostraba todo su esplendor. La luz de la luna, proyectada sobre los árboles, formaba extrañas sombras. En silencio recorrieron los kilómetros que les separaban del volcán Lanín. Aún estaban en territorio argentino. La nieve dificultaba el avance de los caballos.

En las conversaciones previas con el arriero se acordó que éste los acompañaría sólo hasta la zona limítrofe con Chile. Desde ese punto, Pablo y Eduardo Díaz debían continuar a pie. Y así ocurrió. Ciento cincuenta metros antes de una alambrada que no se veía, pero que al guía le constaba se encontraba allí, debieron pagar a este último y devolverle las cabalgaduras.

A poco de caminar los dos dirigentes sintieron los efectos de los tres mil metros de altura y experimentaron dificultades para continuar avanzando. La nieve, caída en los últimos días, se mantenía blanda. En ambos se planteó la duda de si seguir o no adelante. Totalmente solos en plena cordillera y muy cerca de un puesto de gendarmería, la situación no era del todo confortable. Si se les sorprendía, lo más probable es que se les detuviese. A

todo esto, la famosa alambrada no aparecía por parte alguna.

Mientras atravesaban un bosque de araucarias divisaron a lo lejos la alambrada indicadora del límite. Con dificultad se encaminaron hacia ella. Como aún era de noche no se percataron que antes de ésta había una quebrada no muy profunda, pero que impedía el paso. Para fortuna de los dos poco experimentados exploradores, un árbol caído les franqueó el acceso al otro lado.

Pero los problemas no terminaron allí. Un kilómetro más adelante se dieron cuenta de que un animal, supuestamente un perro, merodeaba por la zona donde debían pasar. Esto era indicativo de la presencia de personas que bien podían ser gendarmes rondando la faja entre ambos límites. Pero no era perro. Se trataba de un puma que, naturalmente, se transformaba en dificultad, ya que ni Pablo ni Díaz portaban armas. Mas no sucedió nada y la marcha se reanudó. Ya había amanecido y comenzaba la mañana cuando llegaron al camino internacional del paso Tromen. Los recibió un letrero en el que se leía "Bienvenido a Chile".

El día anterior a la partida de Buenos Aires, Eduardo Díaz llamó a Temuco anunciando la llegada de Pablo. Esto puso en marcha un operativo destinado a recibirlos y trasladarlos a un punto seguro.

Por eso a las dos y media de la tarde, Pablo y Díaz, que ya se encontraban más allá del lago Quillelgüe, empezaron a preocuparse porque no aparecía nadie, dudando de si la conversación en clave sostenida con Temuco fue comprendida o no.

A las tres de la tarde un vehículo surgió en la lejanía. Cinco militantes del Frente de Operaciones venían en él, y en ellos recayó la responsabilidad de trasladar a los dirigentes hasta la misma ciudad de Temuco.

Y el domingo 9 en la noche, luego de sostener conversaciones con dirigentes del movimiento, Pablo fue entrevistado por el director de Radio Ñielol, Armando Garrido, y el periodista de radio Cooperativa, también de Temuco, Hernán Espina. El encuentro se verificó en una

modesta casa de un campesino de Patria y Libertad en las afueras de Temuco.

* * *

Sin saber el destino de Pablo y Eduardo Díaz y si habían logrado ingresar a Chile, John y yo esperamos en Buenos Aires, sorprendiéndonos, la mañana del 11 de septiembre, las noticias radiales que indicaban que en Chile las Fuerzas Armadas y Carabineros, en una acción institucional, decidieron deponer a Allende y terminar con su nefasta administración.

Dos días más tarde se anunció en Santiago que el Frente Nacionalista Patria y Libertad estaba disuelto.

"NADIE PUEDE CERRARLE EL CAMINO A LA VERDAD Y PARA HACER AVANZAR SU CAUSA ESTOY PRONTO A ACEPTAR LA MUERTE. PERO TAL VEZ MUCHAS LECCIONES PUEDEN ENSEÑARNOS FINAL MENTE QUE NO SE DEBE ATAJARLE LA PLUMA AL ESCRITOR DURANTE SU VIDA. EN NINGUNA EPOCA HA ENNOBLECIDO ESTO A NUESTRA HISTORIA".

(Carta de A.Solzhenitsyn del 16 de mayo de 1967, al Cuarto Congreso Nacional de Escritores Soviéticos, denunciando la censura).

Gústele o no a algunos
Patria y Libertad fue
una realidad en Chile
y, en mayor o menor
grado de importancia,
cumplió un rol
en los duros
y muchas
veces
amargos días
de la histórica
resistencia opuesta
al régimen marxista que
encabezó Salvador Allende.
Se pudo discrepar de sus
ideas u opiniones, de
su forma para analizar
la realidad nacional,
de las soluciones
planteadas y de
los métodos de
lucha
que empleó.
Pero
es
imposible
afirmar hoy
que este movimiento
ya disuelto, jamás existió
o careció de figuración nacional.